ORANDO
con los ojos abiertos



Desarrollando una vida de Oración



Texto base: *Ora con los ojos abiertos* Richard L. Pratt.
Material de estudio: Francisco Limón

Contenido

Prefacio

Este libro es sobre la oración, una de nuestras mayores bendiciones y una de nuestras mayores luchas. Dondequiera que voy los creyentes comparten la misma carga. Por instinto sabemos que la oración es esencial a la vida cristiana y por el mismo motivo es un tema para el cual buscamos ayuda. Pero constantemente nos encontramos con la ineptitud de nuestras vidas de oración. ¿Cómo podemos mejorar nuestras oraciones? ¿Qué podemos hacer para que la comunicación con Dios sea más y más satisfactoria? Este libro intenta responder a estas preguntas.

Como el título ya lo indica, el tema central de estos capítulos es aprender a orar con nuestros ojos abiertos. No me refiero a nuestros ojos físicos, sino a nuestros ojos del corazón. Es preciso que examinemos lo que pensamos, hacemos y sentimos en la oración. Demasiadas veces encaramos la comunicación con Dios sin pensar demasiado en ella. Nuestros hábitos toman el control y finalmente quedamos a merced de patrones que nunca han sido examinados. En este libro vamos a considerar, sin concesiones, algunas dimensiones importantes de la oración cristiana.

Después del primer capítulo, que presenta una perspectiva de los fundamentos de este libro, la obra está dividida en tres partes principales. La primera parte (capítulos 2 al 5) investiga cómo hacer para que al orar centremos la atención más cuidadosamente en Dios. La segunda parte (capítulos 6 al 9) investiga de qué manera podemos mirarnos más efectivamente a nosotros mismos cuando hablamos con Dios. La tercera parte (capítulos 10 al 13) considera directamente la forma en que podemos mejorar, al orar, nuestra habilidad de comunicarnos con Dios. El capítulo 14 ofrece algunas sugerencias finales sobre cómo poner en acción el contenido

de este libro. El formato de la obra ha sido diseñado para el sistema de cuatrimestres usado en muchos de nuestros grupos de estudio y en escuelas de iglesia.

Este no es un libro para ser leído de una sola vez. Los lectores lo aprovecharán si practican el contenido de un capítulo antes de continuar con el siguiente. Cada capítulo termina con preguntas y ejercicios diseñados para ayudar a los lectores a incorporar el contenido en sus vidas. Acentúo mi sugerencia de que los lectores estudien un capítulo por semana dedicando algún tiempo a lo largo de esos días para practicar lo que han aprendido.

Este libro solamente trata con unas pocas dimensiones de la oración. No ofrece fórmulas mágicas; no promete una solución completa a los problemas. Sin embargo, refleja aproximadamente diez años de mi propia lucha buscando una vida de oración más satisfactoria y de mayor honra para Dios. Ciertamente esa búsqueda continúa; aún no he llegado. No obstante, tengo la esperanza de que las sugerencias de este libro alentarán a otros a unirse en el peregrinar de la oración, un viaje final será nuestro encuentro cara a cara con Dios.

Richard L. Pratt, Jr.
Seminario Teológico Reformado

Semana 1

El problema de la oración

Otra vez le pasó lo mismo. Por tercera vez, en sólo cinco minutos, se le fue o que estaba orando. En efecto, tanto se distrajo que ni podía recordar qué había estado diciendo. Enderezándose en la cama y ajustando las sábanas alrededor suyo pensó que era ridículo que tuviese ese problema. Era absolutamente inexcusable. Nunca le había resultado fácil orar. Ahora, con los ojos apretados se lamentaba: «Es increíble, hace diez años que soy cristiano y todavía me cuesta tanto orar».

Muchos cristianos experimentan la misma frustración en su vida de oración. Creyentes nuevos, cristianos maduros, pastores, evangelistas famosos, nadie se escapa. Muchos líderes de renombre tendrían que admitir con vergüenza que en 1 a oración no tienen mucho éxito. Lo mismo ocurre con la mayoría de nosotros. Sabemos que la oración es una de las mayores bendiciones que Dios nos ofrece, pero también sabemos que es fuente de frustración y culpabilidad. Cuando escuchamos testimonios acerca de respuestas dramáticas a la oración, nuestros corazones anhelan lo mismo. Una vida llena de oración es una vida de gran bendición. Pero aparentemente tal bendición solo es para unos pocos.

El resto de nosotros, aprisionados por la frustración, simplemente descartamos a la oración de nuestras vidas. Nuestros horarios sobrecargados y las exigentes responsabilidades que enfrentamos desplazan la conversación con Dios a los rincones oscuros y polvorientos de nuestra vida. De vez en cuando deslizamos una palabra de oración, y nos parece tan hueca. Esta cruenta realidad plantea un número de interrogantes: ¿Realmente es posible que los cristianos tengan la esperanza de experimentar las bendiciones de la oración en una forma más plena? ¿Es posible que sus oraciones lleguen a ser lo que Dios quiere que sean? ¿Cuál es el problema con la oración? En los siguientes capítulos buscaremos responder estas preguntas. Esperamos que

estas respuestas equipen a los cristianos a disfrutar más plenamente las muchas riquezas de la oración.

¿Adonde nos dirigimos para encontrar ayuda? Como la Palabra de Dios es nuestra guía en todos los asuntos de fe y vida, nos dirigimos a la Biblia en busca de las soluciones para el problema de la oración. De inmediato recordamos el Padrenuestro o de algunos otros pasajes del Nuevo Testamento. Sin embargo, la Biblia tiene mucho más que decir acerca de la oración. Por ejemplo, los Salmos del Antiguo Testamento contienen muchas más oraciones que cualquier otra porción de las Escrituras. Los Salmos encierran una colección de oraciones inspiradas que el pueblo de Dios cantaba y recitaba en todo tipo de circunstancias: durante la adoración, mientras viajaban y en las actividades diarias en el hogar. Estas oraciones proyectan el espectro completo de las emociones humanas, desde el gozo exuberante hasta la frenética desesperación. Lamentablemente los creyentes muchas veces ignoran los Salmos y muchos otros textos de la Biblia que nos enseñan a orar. Por eso, en este estudio no vamos a limitarnos a unos pocos textos bien conocidos, sino que examinaremos los Salmos y a otros textos menos familiares de la Biblia. En ellos encontraremos nueva luz que nos guiará en esta área de nuestra vida.

Pero antes de continuar tenemos que definir cuidadosamente el tema que estamos tratando. La palabra «oración» puede referirse a muchas cosas. Puede ser el poema infantil que se recita antes de comer para dar gracias por los alimentos, puede apuntar a pensamientos que de paso dirigimos a Dios, puede indicar lamentos profundos o alabanzas gozosas. Todo ello comúnmente se define como oración. Ocasionalmente el significado del término se extiende para incluir otros tipos de actividades como, por ejemplo, una pintura, un recital de música, una danza litúrgica. No obstante, la mayoría de la gente concordará de que estos son usos extraordinarios de la palabra.

Desde un punto de vista bíblico, la oración puede ser definida como la *comunicación del creyente con Dios.* Esta definición sugiere tres elementos que constituyen la oración: (1) *Dios,* (2) el *creyente* y (3) la *comunicación.* Si falta cualquiera de estos componentes, no puede haber oración. Quizá no tengamos acceso a un templo tranquilo, no tengamos mucho tiempo, o

quizá no haya amigos ni compañeros de oración cerca. Por muy buenos que sean estos elementos, ninguno de ellos es esencial para la oración. En cambio, si eliminamos a Dios, al creyente o la comunicación, la oración se hace imposible. Sin Dios nadie escucha, sin el creyente nadie habla, sin comunicación no se dice nada.

Estos tres elementos son esenciales para una comunicación con Dios que sea fructífera y edificante. Ignorar cualquiera de ellos es anular la oración, pero si le prestamos atención a cada uno, nos llevarán a una vida de oración más vibrante.

EL DESTINATARIO DE LA ORACIÓN

De acuerdo con nuestra definición, el primer componente de la oración es Dios. En algún momento, todo cristiano se pregunta qué papel juega Dios exactamente en la oración. Las Escrituras enseñan que Dios asume muchos papeles. Por ejemplo, asume el rol de Señor y Dispensador de la vida. Es Dios quien sostiene la vida, con lo cual nos da la posibilidad de orar. Más aún, perdona el pecado que de otra manera nos impediría a acercarnos a él. Sin embargo, quizá su papel más significativo sea el de recibir nuestras oraciones. Tal como escribió el salmista.

«Escucha, oh *Dios**, mi oración;
presta oído a las palabras de mi boca» (Sal. 54:2).

Con demasiada frecuencia los cristianos dan por sentado que Dios escuche sus oraciones. Debemos valorar en toda su magnitud este don tan notable que nos ha sido concedido de pura gracia. Si a veces al ser humano le resulta difícil darse el tiempo para hablar con personas que tienen poco que ofrecerle, ¿cuánto más deberíamos maravillarnos de saber que el Creador del universo se inclina para escuchar a sus frágiles y finitas criaturas? Nosotros le hablamos a Dios y él nos escucha.

El descubrir que de hecho nuestro Creador nos escucha, debería impactarnos de tal forma, que nos preocupemos de la forma en que le hablamos. Desde temprana edad, los humanos aprendemos a ajustar nuestra conversación para que sea apta a nuestros interlocutores. Poco tiempo después de que mi familia se mudo al norte de nuestro país, mi hija de cinco

años comenzó a hablar inglés en dos formas distintas. Con su madre y conmigo hablaba con el acento levemente sureño característico de nuestro hogar. Pero con sus amigos y vecinos hablaba como si toda su vida hubiese vivido en el norte. Los adultos hacen ajustes similares en su conversación. En el matrimonio, la pareja habla en formas que nunca usarían con otros. Los empleados hablan uno al otro de una manera que no usarían con sus empleadores. Nuestras conversaciones comunes reflejan la actitud que tenemos hacia quien escucha, y lo mismo ocurre en la oración. Nuestros pensamientos y nuestras actitudes con respecto a Dios determinan en gran parte la forma en que nos dirigimos a él.

Ponga atención a las oraciones de alguien que proviene de una iglesia diferente a la suya. Los creyentes que consideran a Dios principalmente como un amigo personal elevarán oraciones muy informales. Pero si piensan en Dios como el Rey soberano del universo, sus oraciones tenderán a ser más formales y reverentes. Los cristianos acomodan su comunicación con Dios de modo que concuerde con la percepción que tienen de él.



¿Cuáles son las palabras más comunes con las que usted inicia una oración?

____

Escribe de una manera breve quien es Dios para ti

____

____

Nuestra percepción de Dios afecta cada aspecto de nuestra vida de oración. Por ejemplo, a muchos cristianos les aburre orar, mayormente porque su percepción de Dios es muy estrecha. No debe asombrarnos el que perdamos interés en la oración, cuando el concepto que tenemos de Dios es tan limitado. Al acentuar sólo uno o dos de los atributos de Dios, en desmedro de todos los demás, inevitablemente lo reducimos a un cuadro en blanco y negro de dos dimensiones. Imagínese a sí mismo hablándole al boceto en blanco y negro de un amigo querido. Tal monólogo será monótono y poco beneficioso. Lamentablemente es por ese mismo motivo que la oración puede volverse monótona. Si no profundizamos nuestra

experiencia de Dios y de sus muchas características, nuestras oraciones no alcanzarán la plenitud de su potencial.

La Biblia describe a Dios como misteriosa y asombrosamente multifacético. El es amor, santidad, justicia, misericordia, belleza, perfección, vida, ira— por mencionar algunas de sus cualidades. Todos los atributos de Dios revelan diferentes aspectos de su personalidad. Según las circunstancias por las que estemos pasando, algunas dimensiones de su carácter tendrán más significado para nosotros. Pero el cristiano nunca debiera conformarse con un concepto monofacético de Dios. Para que nuestras oraciones estén llenas de vida y dinamismo, debemos estar siempre profundizando nuestra conciencia de Dios, de modo que abarque todas las cualidades que las Escrituras revelan.

Los Salmos ilustran la importancia de prestar atención a las muchas facetas del carácter de Dios. En sus oraciones, los salmistas mencionan muchos atributos de él. En una de ellas la atención se centra en su confiabilidad:

> «A ti clamo, señor, roca mía;
> no te desentiendas de mí» (Sal. 28:1).

En otro Salmo se subraya su fuerza:

> «¡Cuánto te amo, señor, fuerza mía!» (Sal. 18:1).

Al igual que los salmistas, cuando oramos a Dios debiéramos aprender a centrar nuestra atención en sus maravillosas cualidades. Si estamos heridos, podríamos fijarnos en el amor de Dios, para aliviar así nuestro dolor. Si sufrimos las injusticias que nos han hecho, tal vez apreciemos la justicia de Dios.



Menciona algunos de los atributos o cualidades de Dios que se pueden usar en la oración:

____

____

Para la oración es esencial que nos centremos en Dios. Sólo en la medida en e profundicemos nuestro entendimiento y apreciación de él, nuestra comunicación con Dios crecerá tanto en calidad como en valor.

LA FUENTE DE LA ORACIÓN

El segundo elemento en nuestra definición es el creyente. El salmista escribió:

> «Escucha, oh Dios, *mi* oración;
> presta oído a las palabras de *mi* boca» (Sal. 54:2).

La oración siempre incluye una fuente humana. Aunque a fin de cuentas es Dios mismo quien nos da la habilidad para orar, en su calidad de criatura el ser humano todavía sirve como fuente de la comunicación. La oración emerge de la mente y del corazón humano. Aun cuando el cristiano use palabras escritas o provenientes de otros, las hace suyas al ofrecerlas a Dios. En este sentido nosotros somos la fuente de la comunicación con Dios.

Debido a que la oración encuentra su fuente en nosotros los creyentes, al orar debemos prestar atención a nosotros mismos. Cuanto más conscientes, estemos de nosotros mismos, más sinceras se convertirán nuestras oraciones. Una vez participé en un taller para matrimonios que trataba sobre la comunicación. Una de las lecciones más memorables que aprendí fue: «cómo hablar por mí mismo». En el grupo descubrirnos que cuando hablamos con nuestro cónyuge, con mucha frecuencia no examinamos nuestros propios pensamientos y sentimientos. Nos concentramos en todo, menos en expresar claramente lo que hay en la profundidad de nuestro interior. ¡Cuan poco nos conocemos a nosotros mismos y con cuánta deficiencia expresamos lo que conocemos de nosotros! El entenderse a uno mismo y el saber expresarse a sí mismo son aspectos fundamentales de una comunicación fructífera. La comunicación con Dios no es diferente. Cuando oramos debemos aprender a hablar por nosotros mismos».

Al orar los salmistas estaban profundamente conscientes de sus propios pensamientos y actitudes. A veces expresaban júbilo:

> «¡Aleluya! ¡Alabado sea el señor!
> Alaba, alma mía, al señor» (Sal. 146:1).

A veces expresan fuertes deseos:

«Ante ti, Señor, están todos mis deseos,
no te son un secreto mis anhelos.

Late mi corazón con violencia, las fuerzas me abandonan, hasta la
luz de mis ojos se apaga» (Sal. 38:9-10).

Otras veces incluso admiten su profundo desaliento:

«Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has abandonado?
Lejos estás para salvarme, lejos de mis palabras de lamento.
Dios mío, clamo de día y no me respondes;
clamo de noche y no hallo reposo» (Sal. 22:1 -2).



Conocerse a sí mismo

Estos ejemplos ilustran cómo el estar consciente de lo que pasa en uno mismo puede agregar una dimensión profunda a la oración. Es preciso que determinemos cabalmente lo que está ocurriendo en nuestro interior: ¿Cómo me siento? ¿Qué estoy pensando? ¿Cuáles son mis actitudes, ideas y circunstancias? (véase la ilustración).



¿Con que palabras te definirías a ti mismo? ¿Cuáles son tus características más sobresalientes?

____

____

En sus conversaciones la gente se compromete en diversos grados. A veces las respuestas superficiales bastan. Nos preguntan: «¿Cómo te va?», y

respondemos: «bien». Este intercambio se basa en costumbres de cortesía con escaso interés en la sinceridad. Pero en otros momentos, cuando percibimos la magnitud de una situación, sentimos la necesidad de buscar en nuestro interior para expresar nuestros sentimientos más profundos. ¿Quién puede estar satisfecho con un cliché, cuando nos enteramos que el bebé de una pareja de amigos íntimos nació sanito? ¿Quién puede esconderse detrás de una superficialidad cordial cuando un matrimonio con problemas vuelve a reconciliarse? Tanto hombres como mujeres llegan a conocerse mutuamente cuando comienzan a hablar francamente de sí mismos y de sus sentimientos. A veces aun las palabras de enojo pueden profundizar una relación. En algunas situaciones bastará la conversación superficial, pero asuntos de peso y asuntos personales requieren palabras que provengan del corazón.

¿Provienen del corazón nuestras oraciones? Al orar los cristianos muchas veces dicen una frase trillada tras otra. Repiten oraciones que han oído, aun cuando no expresan sus propios pensamientos o sentimientos. En efecto, muchos cristianos se escandalizarían al escuchar una oración que exprese dolor y agudo desaliento. Más bien esperamos una serie de frases piadosas que nos conduzcan a salvo a través del ritual. Es triste que con frecuencia logramos justamente lo que queremos, es decir, un mero ritual. Si los cristianos desean establecer un contacto profundo y personal con Dios, deben renunciar a la oración superficial. Como los salmistas, también nosotros tenemos que examinarnos y expresarnos a nosotros mismos tan honesta y concretamente como nos sea posible.



¿Qué palabras repites con más frecuencia en tu oración? (es posible que consultes con alguien más que te ha escuchado orar)

LAS PALABRAS DE LA COMUNICACIÓN

Estos ejemplos ilustran cómo el estar consciente de lo que pasa La comunicación es el tercer elemento esencial en la oración. Al orar los cristianos deben estar conscientes de sus palabras. El salmista lo acierta de la siguiente manera:

> «Escucha, oh Dios, mi *oración;*
> presta oído a las *palabras de mi boca»* (Sal. 54:2).

Sin lugar a dudas que las palabras son incapaces de expresar todo lo que hay en nuestro corazón. Pero en tales circunstancias nos consuela saber que el Espíritu nos entiende e intercede por nosotros:

> «Así mismo, en nuestra debilidad el Espíritu acude a ayudarnos. No sabemos qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Y Dios, que examina los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los creyentes conforme a la voluntad de Dios» (Ro. 8:26-27).

Sin embargo, a pesar de la obra del Espíritu nosotros debiéramos estar muy atentos a nuestras palabras, ya que éstas bien impiden o facilitan nuestra comunicación con Dios.

Un funeral no es lugar apropiado para contar chistes. Una biblioteca no es el lugar apropiado para gritar un gol de fútbol. Si queremos entretener podemos contar historias. Si necesitamos información, hacemos preguntas. Con todo, es triste que los cristianos casi no usen tanta variedad cuando hablan con Dios. Más bien tienden a seguir uno o dos patrones de oración, no importa cuáles sean sus circunstancias o intenciones. Aunque las oraciones de un cristiano puedan diferir de las de otro, generalmente siguen patrones similares. Algunos creyentes utilizan el modelo «Jesús, otros, uno mismo». Otros siguen el patrón de «adoración, confesión, gratitud, súplica». Estos modelos ayudan especialmente a los creyentes nuevos, pues les permiten mantener un equilibrio entre las diversas partes de la oración. Sin embargo, los modelos no son capaces de suplir las diversas necesidades que experimentamos. Ni siquiera el Padrenuestro (Mt. 6:9-13; Le. 11:2-4) ha de tenerse como un modelo apto para comunicarnos con Dios en todas las situaciones de la vida. Aunque es una fuente rica para aprender a orar, el Padrenuestro es sólo un bosquejo resumido que Jesús dio como guía general para la oración, no como regla específica. Jesús mismo oraba en formas que no seguían precisamente el modelo del Padrenuestro (véase Jn. 17:1-26). Ningún modelo es capaz de comunicar todos los intereses del corazón humano.

Es por eso que los Salmos nos son tan útiles como ejemplos de oración.

Los salmistas se elevan en acciones de gracias:

> «Den gracias al señor, porque él es bueno;
> *su gran amor perdura para siempre*» (Sal. 136:1).

También ofrecen lamentos:

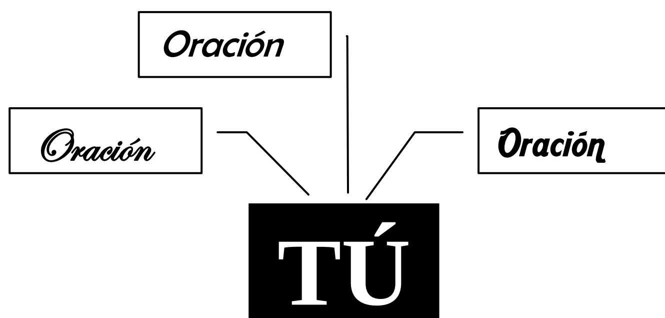
> «Tu ira en verdad nos consume,
> tu indignación nos aterra» (Sal. 90:7).

Hacen afirmaciones:

> «Llegaré entonces al altar de Dios,
> del Dios de mi alegría y de mi deleite, y allí, oh Dios, mi Dios
> te alabaré al son del arpa» (Sal. 43:4).

Plantean interrogantes:

> «¿Nos rechazará el Señor para siempre?
> ¿No volverá a mostrarnos su buena voluntad?» (Sal. 77:7).



No orar siempre lo mismo.
Es importante ser variado en la oración

Al orar, los salmistas usaban todo tipo de expresiones y patrones. Lo mismo debieran hacer los creyentes modernos. Una madre que acaba de perder a su hijo quizá no esté en condiciones de comenzar su oración con una adoración. Es libre para expresar su pena y su dolor. Un padre no tiene

que confesar primero sus pecados, antes de dar gracias por los logros de sus hijos. Puede, simplemente, alabar a Dios. Siguiendo el ejemplo de los salmistas, los cristianos deberían variar el contenido y la forma de sus oraciones, conforme a sus circunstancias y la forma en que cada uno responde a ellas (véase la ilustración de la página anterior).

La variedad en la oración es vital para una comunicación eficaz con Dios. Recuerdo que cuando era adolescente hice un largo viaje en ómnibus al lado de una chica que no conocía bien. Con el solo hecho de estar separado de mis amigos ya lo estaba pasando mal, pero mi compañera de viaje hizo que aquellas horas fuesen casi insoportables. Sólo hablaba de las buenas notas que se sacaba en el colegio. Cada vez que yo trataba de cambiar el tema, ella volvía al mismo asunto. Demás está decir que me sentía miserable. De la misma forma, si una y otra vez seguimos el mismo patrón de conversación con Dios, destruiremos una vida de oración así como se destruye una conversación terrenal. Diciendo las mismas palabras, de la misma manera, a la misma hora, una y otra vez, le robaremos toda vitalidad a nuestra comunicación con Dios. Pero si aprendemos de los salmistas y de otras figuras bíblicas, si empezamos a imitar la libertad y creatividad de sus oraciones, entonces podemos esperar que nuestra comunicación con Dios se enriquezca y nos inspire cada día más.

Los capítulos que siguen analizarán cuidadosamente los tres elementos cruciales de la oración que bosquejamos en el presente capítulo. Si examinamos con detención lo que la Biblia dice acerca de Dios, de nosotros mismos y de nuestra comunicación, podremos comenzar a vencer los frustrantes problemas que tenemos con la oración y a experimentar las riquezas de la gran bendición de hablar con Dios.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Cuál es la definición de oración que se da en este capítulo? ¿Cuál es la base bíblica para esta definición? Distinga entre los aspectos esenciales y los no esenciales de la oración?
2. ¿Por qué podemos decir que Dios es el receptor de la oración? ¿Cómo es que el rol que Dios cumple como oyente puede influir en la forma en que oramos? ¿Por qué necesitamos profundizar y clarificar continuamente nuestro concepto de Dios?
3. ¿Qué papel juega el creyente en la oración? ¿Por qué los creyentes deberían prestar atención a como oran? ¿Es posible que pongamos demasiada atención en nosotros mismos?
4. ¿Qué papel juegan nuestras palabras en la oración? ¿Por qué son tan importantes? ¿Por qué necesitamos variar la forma en que expresamos nuestras oraciones?

EJERCICIOS

1. Lea cuidadosamente el Salmo 56:1 -13. (a) Anote tres formas en las que el salmista piensa acerca de Dios, (b) Anote también tres formas en las que el salmista se percibe a sí mismo en la oración, (c) Finalmente, enumere tres aspectos en que esta oración difiere del modelo que usted usa para sus oraciones.

Dios	El Salmista
______________________	______________________
______________________	______________________
______________________	______________________

____

____

2. Lea las siguientes oraciones. Compare y contraste la atención que cada una da a Dios, la forma en que se enfoca al creyente y los estilos de comunicación.

A. Oh Señor, tú que has ordenado este maravilloso mundo, en todo tiempo llena mi corazón de confianza en ti. Haz que viva consagrado a tus propósitos eternos, tanto en esta vida como en la venidera. Amén.

B. Oh Señor de toda pureza y bondad, te pedimos que purifiques nuestras vidas. Ayúdanos a conocerte cada día más y úsanos para que otros te conozcan por medio nuestro. Haznos humildes y llenos de amor; haznos prestos al servicio. No sólo te pedimos que nos protejas, sino que seamos leales a ti. Amén.

3. Usando tanto como pueda la siguiente guía, escriba una oración en la cual usted ponga su atención en Dios, en sí mismo y en su comunicación con él. No deje de mencionar por qué es que usted espera hacer esto. Luego lea esta oración delante del Señor.

Oh Señor, buscamos tu gracia para comenzar este estudio sobre la oración. Ayúdanos a enfocar nuestro corazón en ti porque ____________________

____

(exprese las razones de esta petición)

____

Ayúdanos a mirarnos cuidadosamente a nosotros mismos, porque

____

(las razones de esta petición)

____

Ayúdanos a prestar atención a lo que decimos, porque ________________

____

(exprese las razones de esta petición)

____

Al ser bendecidos por ti en este esfuerzo, nosotros nos comprometemos a ____

(haga una promesa a Dios)

____

____

____. Amén.

EJERCICIO AMPLIADO

En esta semana, antes de tres comidas, tómese unos momentos para escribir una bendición para los alimentos de cuatro o cinco oraciones gramaticales. Cuide de variar su enfoque de Dios, de sí mismo y del tipo de oración que está elevando. Conserve estas oraciones y compárelas a lo largo de la semana. Pregúntese a sí mismo: «¿De qué manera estoy profundizando mi percepción :e Dios, de mí mismo y de mis oraciones?»

PRIMERA PARTE

Conociendo a Dios

Semana 2

Mirada de siervo

Las personas se miran unas a otras de muchas maneras. La mirada penetrante de un abogado que interroga a un testigo difiere grandemente de la mirada anhelante que puede darse entre dos enamorados. El examen impersonal que un médico hace de su paciente no se puede comparar con la tierna atención que una madre le presta a su hijo o hija que está enferma. La forma en que miramos a otras personas cambia según las circunstancias. La amable mirada de una abuela puede cambiar dramáticamente, si ve que su nieto de dos años se acerca a paso tambaleante a su jarrón de cristal favorito. El comentario torpe de un amigo puede tornar la sonrisa en una mueca de asentimiento.

Tal como ocurre en las relaciones humanas, los creyentes miran a Dios de formas distintas. A veces le miramos con ojos de amor, otras veces nuestro corazón se llena de asombro y reverencia. En el capítulo anterior descubrimos que es vital para la oración que pongamos nuestra atención en Dios. ¿Pero qué clase de atención debemos darle? ¿Qué actitud debe reflejar nuestra mirada? Las Escrituras nos presentan muchas opciones, pero fundamental a todas ellas es la capacidad de mirar a Dios con ojos de siervo.

NUESTRA DEPENDENCIA DE DIOS

Cuando consideramos cuan grande es nuestra dependencia de Dios, comprendemos que los cristianos debieran asumir una actitud de siervos necesitados. De alguna manera, la mayoría de los cristianos reconocen que dependen de Dios, pero fácilmente olvidan hasta qué punto lo necesitan. Los salmistas hablan claramente del alcance de la dependencia humana. El Salmo 104, por ejemplo, describe la obra de Dios en la creación del universo:

> «Te cubres de luz como con un manto;
>   extiendes los cielos como un velo.
> Afirmas sobre las aguas tus altos aposentos

y haces de las nubes tus carros de guerra.
Tú pusiste la tierra sobre sus cimientos,
y de allí jamás se moverá» (vv. 2-3a, 5).

Al darse cuenta del magnificente poder de Dios, el salmista también habla de las diversas criaturas de la tierra:

«Todos ellos esperan de ti
que a su tiempo les des su alimento.
Tú les das, y ellos recogen;
abres la mano, y se colman de bienes.
Si escondes tu rostro, se aterran;
si les quitas el aliento, mueren y
vuelven al polvo» (vv. 27-29).

La mano sustentadora de Dios abarca todas las dimensiones del universo. Si dejara de preocuparse, todo volvería a la nada. Pablo resume esta verdad, diciendo:

«Él es anterior a todas las cosas,
que por medio de él forman un todo coherente» (Col. 1:17).

Todos los aspectos de la creación—grandes y pequeños, animados e inanimados—dependen constantemente del poder sustentador de Dios. Ningún aspecto del universo está fuera de su protección; ninguna parte de la creación existe sin depender de él.

Reconocer nuestra gran necesidad de Dios determina la manera en que miramos hacia él cuando oramos. En el Salmo 123:2 leemos:

«Como dirigen los esclavos la mirada
hacia la mano de su amo,
como dirige la esclava la mirada
hacia la mano de su ama,
así dirigimos la mirada al señor nuestro Dios,
hasta que nos muestre compasión».

Este texto afirma que la comunión que tenemos con Dios en oración se asemeja a la relación de un siervo y su patrón. En la actualidad esta imagen conjura una visión de terrible abuso racial y social. Hay que considerar, sin embargo, que en el mundo del Antiguo Testamento no siempre había

antagonismo entre esclavos y amos. Por cierto, se tenía como un acto de inmensa bondad, cuando israelitas acomodados contrataban como siervos a sus compatriotas en desgracia. En tales casos, sólo la generosidad del patrón se interponía entre el siervo y la muerte por inanición. Como siervos de Dios, dependemos de él en forma absoluta. Sólo su mano se interpone entre nosotros y la muerte eterna. Es por eso que somos deudores suyos en calidad de siervos. Podemos pensar en Dios de muchas maneras: como un padre amoroso, un rey poderoso, un justo juez, por mencionar algunas. Pero en la base de todas estas perspectivas está el concepto de nosotros mismos como siervos necesitados. Sólo reconociendo nuestra completa dependencia de él podremos comenzar a abordar la oración con un enfoque apropiado de Dios.

Nuestra condición de siervos necesitados nos revela la importancia de que tomemos tiempo para orar. Muchos cristianos se quejan de estar demasiado ocupados para hablar con Dios. Siempre estamos corriendo: trabajando sobretiempo, transportando a los niños de un lado y a otro, preparándonos para la escuela, yendo a la iglesia y entreteniendo a la familia y a los amigos. Desafortunadamente, comenzamos a vivir como si no necesitásemos de Dios. Pero llega el tiempo en que muchos se dan cuenta de lo fútil que es este tipo de vida. Contemplan cómo sus mejores esfuerzos se desmoronan por causas que están más allá de su control. Hombres y mujeres trabajan arduamente para alcanzar la cima de sus profesiones, sólo para descubrir después que están muriendo de alguna enfermedad incurable. Los padres luchan durante años para criar a sus hijos, sólo para verlos rebelarse contra la educación que recibieron. Después de atravesar por semejantes tragedias, finalmente muchos cristianos comprenden que necesitan a Dios, y entonces resuelven ocupar tiempo en la oración. El problema es que tal comprensión les llega sólo después de grandes sufrimientos.

Una vez hablé con una anciana que tenía reputación de ser una guerrera de la oración. Los miembros de la iglesia con frecuencia le pedían que orase por necesidades especiales. Cuando le pregunté acerca de su entrega a la oración, con sus ojos llenos de lágrimas me contó esta historia: dos años después de casarse quedó viuda y con un hijo. Entonces tomó la decisión de hacer de ese niño el mejor cristiano posible. Leyó libros sobre cómo criar hijos, lo envió a las mejores escuelas, le dedicó mucho tiempo, «pero» confesó «muy pocas veces oraba por él». Su historia tuvo un final trágico.

Agobiado por los fracasos, su hijo decidió suicidarse a los veinticinco años. «Recién entonces», me dijo la mujer, «vi que había dependido demasiado de mí misma y no suficientemente de Dios». De manera que ahora se dedicaba a orar. De la impotencia propia de la criatura, ella se volvió al omnipotente Creador. Experiencias trágicas como esta, demuestran la importancia de confiar en Dios y no en nuestra escasa fuerza. Él es nuestro Soberano, nuestros destinos están en sus manos. Por eso, mirar a Dios en oración es una parte esencial de la vida cristiana.

Comprender que dependemos de Dios también nos previene de orar por simple obligación religiosa. Muchas veces los líderes cristianos tratan de motivar a otros a que oren, diciéndoles que la oración es un acto de inescapable obediencia. Es cierto que la oración es un deber cristiano. Pablo nos mandó «oren sin cesar» (1 Ts. 5:17). Con todo, si sólo exageramos el carácter obligatorio de la oración, puede producirse un rechazo que lleve a los cristianos a orar menos.

Este principio se ve también en las relaciones humanas. Durante el tiempo de Navidad vemos a un viejo amigo y prometemos escribirle en el transcurso del año. Antes de darnos cuenta han pasado varios meses y todavía no le hemos escrito. Mientras más nos demoramos más difícil nos resulta escribir. Si llega a pasar un año, virtualmente será casi imposible levantar el lapicero. De la misma manera, cuando consideramos que la oración es principalmente un deber, nuestro fracaso nos lleva a sentimientos de culpa. A la su vez, la culpabilidad hace que nos sea más difícil el hablar con Dios.

Para evitar esta espiral descendente debemos dejar de considerar a la oración únicamente como una obligación y, en cambio, verla también como algo esencial a la vida. Al fin y al cabo, toda clase de oración descansa sobre nuestra dependencia de Dios. Las peticiones se basan en lo que necesitamos. La confesión de pecado señala a nuestra esperanza de ser perdonados por Dios. La intercesión expresa las necesidades de otros. La alabanza reconoce que Dios nos bendice con grandes dones. Si consideramos nuestra absoluta dependencia de Dios en toda su extensión, la obligación se vuelve algo más que una obligación; se vuelve una forma de reconocer a aquel que provee para todas nuestras necesidades.

Con esta perspectiva, podemos sacar a la oración de la lista de cosas aburridas, para colocarla donde corresponde, es decir, entre los asuntos esenciales de una existencia con sentido. La oración fructífera y vivificante descansa firmemente sobre el fundamento de reconocer nuestra necesidad de Dios; comienza con la actitud de un siervo que depende de su señor.



¿Cuál ha de ser nuestra motivación para orar?

____

Escribe algunas razones que te motiven a orar

____

____

CON LA MIRADA FIJA

Uno de los primeros discursos públicos que pronuncié fue en el aula de la escuela secundaria. Durante muchos días junté la información pertinente, es decir, todos los qué, los dónde, los cómo, y los por qué. Preparé un bosquejo y practiqué técnicas dramáticas para mejorar mi presentación. Ensayé hasta estar seguro de obtener una buena nota. Cuando llegó el gran día, pronuncié mi discurso tal cual lo había preparado. Pero me llevé una gran sorpresa, cuando vi que la maestra no estaba tan contenta como yo con el discurso. Su comentario fue penetrante: «Buen contenido, pero nunca nos miraste a la cara. Nunca pude saber qué te interesaba más, si nosotros o tus notas». Ese día aprendí una importante lección: la única forma de demostrarle a la gente que la respetamos y que nos interesan, es cuando la miramos a la cara mientras les hablamos.

El Salmo 1 23:2 sugiere que lo mismo ocurre cuando hablamos con Dios. La mirada de un siervo no es un vistazo ocasional que dirigimos a Dios, sino que fijamos nuestra vista en él:

«Como dirigen los esclavos la mirada
    hacia la mano de su amo,
como dirige la esclava la mirada
    hacia la mano de su ama,
así dirigimos la mirada al señor nuestro Dios,
    hasta que nos muestre compasión».

Estos siervos fijan sus ojos en la mano del amo. Tan intensa es su atención que rehúsan a mirar a otra parte, «hasta que nos muestre compasión». No hay ningún soñar despierto que pueda distraer este tipo de oración. La mirada del se centra en su Señor.

Este retrato contrasta agudamente con muchas de nuestras oraciones. En vez de centrarse en Dios, muchos cristianos sólo lo miran ocasionalmente. Lo normal es que nuestras oraciones comiencen con un vocativo dirigido a Dios: «Padre nuestro», o «Señor Jesús», o «Padre celestial». También acostumbramos a intercalar a cada rato su nombre a lo largo de la oración: Señor... Señor. . . Señor. . . ». Lo típico es que nuestras oraciones terminen con la frase «en el nombre de Jesús. Amén». En la mayoría de los casos esta es toda la atención que Dios recibe. En una oración que dura diez minutos, dedicaremos menos de sesenta segundos para centrarnos primordialmente en el. Aparte de algunas frases que tiramos por aquí y por allá, nuestra oración podría estar igualmente dirigida a una estrella que a Dios.



La oración se centra ante todo en Dios

Esta negligencia con respecto a Dios revela un malentendido en cuanto a la oración. Con frecuencia tratamos a la oración como a una lista de compras. Entramos al supermercado de Dios. Hacemos una reverencia protocolar en dirección suya, y luego procedemos a ocuparnos de la verdadera razón que nos trajo, es decir, la lista de compras. Dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo a enumerar nuestros pedidos, uno tras otro. Dios mismo ocupa un segundo lugar. En efecto, este hábito de ignorar a Dios sugiere que preferiríamos que estuviera ausente del negocio para que

no tuviéramos que preocuparnos de él. Cuan fácilmente olvidamos que estamos tratando con una persona divina y no con un catálogo celestial de productos. Cuando acentuamos demasiado las *cosas* que necesitamos, estamos expuestos a descuidar a aquel y a *quien* necesitamos (véase la ilustración).

Estas observaciones deberían detenernos a cada uno, para hacernos pensar en nuestras oraciones. ¿En qué pensamos cuando estamos orando? Con mucha facilidad los cristianos pueden concentrarse de tal manera en sus necesidades materiales y espirituales, que desplacen todo pensamiento acerca de Dios. Cuando un amigo está gravemente enfermo es normal que uno piense en él. Cuando encaramos circunstancias difíciles es natural que nos preocupemos por ellas. Hasta cierto punto es normal que pongamos nuestra atención a estas cosas. Sin embargo, aun en casos extremos como estos debemos cuidarnos de no reducir la oración a una obsesión exclusiva por nuestras necesidades. Dar a Dios una atención esporádica y tibia nunca producirá una oración que enriquezca la vida. Debemos cultivar la mirada de siervo, una mirada fija en Dios.

MIRAR Y DIRIGIRSE A DIOS

Hay muchas maneras de desarrollar la costumbre de mirar fijamente a Dios. En cierta medida cada persona tiene que hacerlo a su modo. No todas las sugerencias ofrecidas en estos capítulos serán igualmente adecuadas para todas las personas. Sin embargo, hay muchos principios bíblicos que ofrecen valiosas direcciones para todos nosotros. En lo que resta de este capítulo exploraremos una forma de comenzar a prestarle más atención a Dios en nuestra oración.

Un método eficaz de dar atención a Dios es dirigirnos a él con términos significativos. Normalmente nos dirigimos a él con unos pocos títulos: «Padre», «Dios». «Señor», «Jesús» o «Cristo». Todos estos nombres están cargados de un maravilloso significado y deben ser utilizados en la oración. No obstante, ocurre a menudo que los cristianos usan tanto estos términos particulares, que terminan perdiendo su significado. ¿Cuántas veces nos detenemos a pensar en lo que significa exclamar: «Padre», «Dios», «Señor», «Jesús» o «Cristo»? A juzgar por la importancia que le damos a estas palabras, con la misma facilidad podríamos decir: «¡Oiga, usted el de allá arriba!» El hábito de dirigirnos a Dios en estas formas tan familiares puede

distraer nuestros pensamientos de modo que ya no nos ocupemos intensamente de Dios.

En el matrimonio, la pareja con frecuencia desarrollan nombres y sobrenombres cariñosos para dirigirse el uno al otro: «cariño», «querida», «tesoro», «dulzura». Sin lugar a duda que cuando recién comienzan a utilizar estos nombres, los mismos estarán llenos de significado. Sin embargo, a medida que transcurren los años, los cónyuges tienden a usar estos términos familiares sin pensar en lo que significaban tiempo atrás. Incluso hasta en una acalorada discusión podrían decirse: «querido», «cariño». Por eso, el buscar formas nuevas y significativas para dirigirse el uno al otro puede renovar el matrimonio y despertar sentimientos que reaviven y fortalezcan la relación.

De igual modo, uno de los primeros pasos para renovar la atención que le damos a Dios en la oración es usar términos diferentes para dirigirnos a él. La variación crea un nuevo interés en Dios .Por ejemplo, pensar en él como «Rey exaltado», «Dueño del universo», «Dador de la vida», «Fortaleza», es algo que inmediatamente revivirá nuestro corazón. Formas inusuales de invocar a Dios, evocan en nosotros todo tipo de conceptos y actitudes. Estas formas nos ayudan; a pensar con más claridad en lo que Dios es y en lo que él hace por nosotros.

La Biblia provee un sin número de formas para dirigirnos a Dios. Considere, por ejemplo, los muchos títulos dados a Jesús en el Antiguo y Nuevo Testamento: «juez justo» (2 Ti. 4:8), «cabeza de la iglesia» (Ef. 1:22), «primogénito de toda la creación» (Col. 1:15), «primogénito entre muchos hermanos» (Ro. 8:29), «Rey de reyes y Señor de señores» (Ap. 19:16), «estrella de la mañana» (Ap. 22:16), «intercesor» (1 Jn. 2:1), «Verbo que es vida» (1 Jn. 1:1), «el Alfa y la Omega» (Ap. 1:8), «piedra angular» (Ef. 2:20), «Príncipe de paz» (Is. 9:6), «Cordero de Dios» (Jn. 1:29), «la resurrección y la vida» (Jn. 1 1:25). Es lamentable que muy pocas veces escuchemos que la gente use estos títulos en alguna oración. Con todo, cada uno de ellos está cargado de un poderoso significado que nos acerca a Dios (véase el Apéndice A para una lista más completa de nombres y títulos divinos).



En tu propia experiencia. ¿Quién ha sido Dios para ti?

¿De que forma podrías entonces llamarlo? _______________

____

Recientemente, uno de mis estudiantes decidió dirigirse a Dios en formas no comunes, cuando oraba al frente de la iglesia. Los miembros de la iglesia respondieron con entusiasmo. Le dijeron que las palabras que eligió para orar captaron su atención haciendo que tuvieran una comunión con Dios mucho más profunda. Si más a menudo usáramos las diversas formas que hay para dirigirnos a Dios, el resultado sería un asombroso despertar de interés y devoción.

Si disponemos de tantas posibilidades para dirigirnos a Dios, ¿cómo escoger entre todas ellas? El Salmo 68 nos da un principio útil:

«Padre de los huérfanos y defensor de las viudas
es Dios en su morada santa» (v. 5).

Este pasaje expresa la verdad de que personas distintas necesitan a Dios en forma diferente. Dios se revela a sí mismo como esposo protector de la viuda y como padre del huérfano. Su carácter es tan rico y multifacético que nos trata conforme a nuestras necesidades individuales. La propia vida de Jesús demostró esta cualidad divina. Fue un médico para los enfermos y luz para los que estaban en tinieblas. Para los oprimidos fue el rey libertador. El evangelio presenta a Jesús como a aquel que suple toda la variedad de las necesidades creadas por el pecado y la rebelión contra Dios. En su gracia, Dios se manifiesta a sí mismo como la respuesta a nuestras circunstancias individuales.

Los Salmos con frecuencia invocan a Dios en formas que corresponden directamente a las necesidades del que ora. Cuando el salmista anhela ser perdonado, se dirige a Dios usando las palabras que corresponden:

«Restaúranos una vez más, Dios y salvador nuestro,
pon fin a tu disgusto con nosotros» (Sal. 85:4).

En un contexto que trata de la reversión de la calamidad, el salmista dice:

«Señor, tú has sido nuestro refugio
generación tras generación» (Sal. 90:1).

Cuando se habla de retribuir la maldad, el salmista se dirige a Dios con estas palabras:

«Levántate, Juez de la tierra,
y dales su merecido a los soberbios» (Sal. 94:2).

En la actualidad, nosotros también podemos invocar a Dios en formas que sean apropiadas a nuestras necesidades. En tiempos de dolor, podemos dirigirnos a él como a nuestro «Consolador». Cuando estamos desalentados, podemos dirigirnos a él como a nuestra «Esperanza» y «Valentía». Con oraciones gozosas podemos hablar de Dios como de nuestra «Fuerza» y «Cántico». Cualquiera sea el caso, si nos dirigimos a Dios con palabras pertinentes a lo que estamos orando, nos concentraremos en él con mucha más fuerza. De esta manera, evitamos prestar atención sólo a nuestras necesidades y así logramos centrar nuestras oraciones en él, en aquel que puede tratar con nuestras necesidades.

En este capítulo hemos visto lo importante que es centrar nuestra atención en Dios cuando oramos. La actitud de un siervo necesitado es fundamental para toda oración. Cuando oramos nuestro corazón tiene que centrarse intensamente en Dios. Esta fijación de la vista puede reforzarse si somos variados y selectivos en las palabras que usamos para dirigirnos a Dios. Estas ideas nos pueden ayudar a convertir nuestras oraciones en la mirada de un siervo.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Cuánto dependemos de Dios? ¿En qué sentido es este concepto fundamental para la oración?
2. ¿Por qué al orar debemos fijar la vista en Dios? ¿Cuáles son formas frecuentes en que los cristianos prestan poca atención a Dios en sus oraciones?
3. ¿Cuáles son algunas de las muchas formas en que la Biblia se dirige a Dios? ¿Cuáles son los valores y los peligros de invocar a Dios con nombres y títulos gastados por el uso? ¿Qué principio de selección debiéramos utilizar al dirigirnos a Dios en oración?

EJERCICIOS

1. Enumere cuatro áreas de su vida en las cuales usted olvida fácilmente lo mucho que necesita a Dios en esas áreas.
2. Forme parejas entre las formas de dirigirse a Dios de la primera columna y las peticiones de la segunda columna. ¿Por qué escogió esas parejas en particular?

Formas de dirigirse a Dios	**Peticiones**
Luz del mundo	refugiémonos en ti
Fuente de sabiduría	moldéanos a la imagen de Cristo
Señor de los ejércitos celestiales	guárdanos del mal
Alfarero	guárdanos del mal
Refugio seguro	derrota a nuestros enemigos
Ayudador	pon fin a la guerra
Roca y fortaleza	penetra nuestras tinieblas
Pan de vida	danos el poder que necesitamos
Príncipe de paz	concédenos discernimiento
Dadores de dones	llena nuestras almas hambrientas
Soberano todopoderoso	manifiesta tu poder

3. Usando tanto como pueda la siguiente guía, escriba una oración de seis a ocho oraciones gramaticales, en las que usted le expresa a Dios las diversas formas en que lo necesita (véase también el Apéndice A).

Cuánto te necesitamos, ______________________________________
(diríjase a Dios en una forma particular)

____

Cuando pensamos en cuánto dependemos de ti, nos inclinamos en humildad y gratitud. Dependemos de ti para ser ___________________

____
(describa una cualidad de Dios que suple alguna de las necesidades que usted tiene)

____

porque ____

(describa de qué manera usted necesita a Dios)

____

____

____

Confesamos, oh Señor, que con mucha frecuencia olvidamos cuánto dependemos de ti. Cuan maravillosamente provees para nuestras necesidades. Amén

EJERCICIO AMPLIADO

Durante esta semana tómese el tiempo para orar, al menos tres veces, sin pedir nada. En cambio, use el tiempo de oración exclusivamente para reflexionar con cuidado sobre la necesidad que usted tiene de algunas de las cualidades de Dios. En cada caso, trate de enfocar su atención en una cualidad diferente de Dios. La guía del ejercicio 3 puede ser una ayuda.

Semana 3

Fascinados con el carácter de Dios

¿Cuándo fue la última vez que usted quedó fascinado con Dios? En algún momento de la vida, cada uno de nosotros ha llegado a conocer a alguien a quien admiraba intensamente. Admiramos a los atletas por su fuerza y a los músicos por su talento. Nos asombran las habilidades del escultor. Nos fascina el carisma de los hombres de estado. En cambio, pocas veces quedamos tan fascinados o asombrados ante Dios. La vida cristiana está llena de oportunidades para experimentar un sentimiento de asombro y admiración en cuanto a Dios. Estas oportunidades nos llegan a través de muchas actividades cristianas, pero una de las oportunidades más importantes es la oración. En este capítulo vamos a explorar algunas de las formas en que la oración puede cultivar nuestra fascinación con Dios.

CONTEMPLANDO EL CARÁCTER DE DIOS

La fascinación de Dios surge de una apreciación entusiasta de lo que él es. Si bien los incrédulos están ciegos para las maravillas de Dios, a los creyentes se les ha permitido dar una mirada a la gloria de Dios.

En efecto, cuánto más nos esforzamos por descubrir las incomparables cualidades de Dios, tanto más anonadados quedaremos. Considere la maravilla cié Dios, así como el salmista contempló su belleza:

> «Una sola cosa le pido al señor,
> y es lo único que persigo:
> habitar en la casa del señor
> todos los días de mi vida,
> para contemplar la hermosura del señor
> y recrearme en su templo» (Sal. 27:4).

Otro Salmo se centra en la justicia de Dios:

> «La justicia y el derecho son el fundamento de tu trono,
> y tus heraldos, el amor y la verdad» (Sal. 89:14).

Estas palabras expresan una actitud de admiración y asombro. La magnitud y la perfección del carácter de Dios sobrecogen nuestras débiles mentes atadas a esta tierra. ¿Cómo es posible que alguien sea tan perfecto? ¿Quién podría siquiera comenzar a compararse con Dios en su magnificencia?

Lamentablemente muchos cristianos pasan largos períodos de tiempo sin este sentido de fascinación con Dios. Dios llega a ser una parte tan común de sus vidas, que sus pensamientos acerca de él se vuelven insípidos y carentes de toda inspiración.

En muchas áreas de la vida, la familiaridad destruye la habilidad de apreciar y admirar a otra persona. Cuando los novios se casan, su afecto es intenso. Algunos años y un par de hijos después, esa colorida y cálida relación puede haberse reducido a una fría tonalidad gris. La familiaridad transforma a ese parangón de masculinidad y a ese modelo de femineidad en el mobiliario de la vida cotidiana. De la misma manera, los creyentes descubren que su amor hacia Dios se desvanece. Tal como Jesús advierte a la iglesia de Efeso:

> «tengo en tu contra que has abandonado tu primer amor» (Ap. 2:4).

Tal como se va opacando el brillo de un automóvil nuevo, con el tiempo nuestro asombro ante Dios también puede empañarse. Nos acostumbramos tanto a recibir su cuidado, que terminamos habituándonos a él. Así como es preciso limpiar y lustrar una y otra vez el automóvil, también debemos esforzarnos por mantener limpia y radiante nuestra percepción de Dios. Debemos buscar continuamente aquellas formas que nos permitan redescubrir sus maravillas.

La oración es un medio excelente para refrescar nuestra apreciación de Dios. El solo hecho de mencionarle a Dios sus excelentes cualidades, despierta el asombro de nuestro corazón. En la vida cotidiana pensamos mucho en las personas que admiramos. Nos sentamos y soñamos despiertos con ellos. A nuestros amigos les hablamos de nuestros héroes. Cuanto más hablamos, tanto más los admiramos.

Una vez un amigo me invitó a concurrir a una conferencia especial en la universidad. Como no conocía al conferencista, la idea de quedarme hasta tarde no me entusiasmaba mucho. Pero por cortesía hacia mi amigo me

quedé, a pesar de que estaba seguro de que me aburriría. Al escuchar la presentación que un profesor hizo del conferencista y al oír cómo acumulaba palabras de admiración, mi actitud empezó a cambiar. Al final de la presentación ya estaba listo para oír su discurso. El solo oír las cosas que se decían de aquel hombre me llenó de admiración por él. De igual modo, a través de la oración tenemos el privilegio de repasar las cualidades de Dios. Al contemplar las maravillas del carácter de Dios, nuestra fascinación por él crecerá más y más.

El Salmo 18:1-3 nos muestra claramente que la oración está muy ligada a la fascinación y a la contemplación:

> «¡Cuánto te amo, señor, fuerza mía!
> El señor es mi roca, mi amparo, mi libertador;
>   es mi Dios, el peñasco en que me refugio.
> Es mi escudo, el poder que me salva,
>   ¡mi más alto escondite!
> Invoco al señor, que es digno de alabanza,
>   y quedo a salvo de mis enemigos».

El salmista se deleita en Dios. El Salmo 18 es una acción de gracias por una bendición recibida de Dios. Lo que Dios hizo por el salmista hace que este eleve su voz con un entusiasmo que no le es posible ocultar. Exclama: «¡Cuánto te amo, señor» (18:1). Sin embargo, ¿cómo se manifiesta esta amorosa apreciación? El salmista centra su atención en el carácter de Dios. En su esfuerzo por expresar la bondad de Dios, en los versículos íniciales amontona metáforas y descripciones. Exclama diciendo: «fuerza mía», «mi roca», «mi amparo», «mi libertador», «mi Dios», «mi escudo», «el poder que me salva», mi más alto escondite» y «es digno de alabanza». Estas múltiples descripciones reflejan que el salmista está centrado del todo en Dios en su oración. Su admiración lo lleva a hablar del carácter de Dios.

Es triste, sin embargo, que lo normal sea que los cristianos ignoren las cualidades de Dios en sus oraciones. Quizá digan algo como: «Gracias por ser quien eres», pero no se detienen a expresar en más detalle lo que Dios realmente es. No estamos diciendo que todas las oraciones deben incluir una reflexión profunda sobre el carácter de Dios. Pero si nuestras oraciones excluyen regularmente la reflexión en las magnificentes cualidades de Dios, vamos a perdernos el gozo de descubrir en forma renovada la maravilla de

Dios (véase el Apéndice B, el cual contiene una lista de atributos divinos).



Elige dos de los atributos de Dios y escribe porque los consideras importantes

____

____

CONTEMPLANDO A DIOS POR MEDIO DE LA DESCRIPCIÓN

La contemplación del carácter de Dios puede tomar muchas formas. Las oraciones bíblicas lo hacen incluyendo una breve descripción de los atributos de Dios. Cuando describimos a Dios, sus atributos toman un lugar privilegiado en nuestros pensamientos e influyen en nosotros a distintos niveles. Al hablar de su misericordia sentimos su bondad y paciencia con nuestras debilidades. Al reflexionar en su amor íntimo experimentamos su calidez y ternura. Estas y otras dimensiones del carácter de Dios pueden ser descritas en la oración, de tal manera que nos sintamos impulsados a apreciar cada vez más profundamente al Señor.

Muchas oraciones bíblicas contienen breves descripciones de Dios. Muchas veces los salmistas no se contentan con sólo invocar a Dios o con un simple nombre o título. Por ejemplo, en el Salmo 65: lb-2 leemos:

> «A ti se te deben cumplir los votos,
> porque escuchas la oración.
> A ti acude todo mortal».

En el Salmo 68:35 volvemos a encontrar:

> «En tu santuario, oh Dios, eres imponente;
> ¡el Dios de Israel da poder y fuerza a su pueblo!
> ¡Bendito sea Dios!»

En ambas oraciones el salmista describe aspectos específicos del carácter de Dios. Particularmente gráfica es la oración de Salomón cuando se dedicó el templo:

> «Jehová Dios de Israel, no hay Dios como tú, ni arriba en los cielos ni abajo en la tierra, que guardas el pacto y la misericordia a tus siervos, los que andan delante de ti con todo su corazón» (IR. 8:23).

Otro ejemplo sobresaliente lo encontramos en la bien conocida oración de Daniel:

> «Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos» (Dn. 9:4).

Estos dos ejemplos nos demuestran cuan elaborados pueden ser los retratos de Dios que se trazan en oración. Jesús mismo utilizaba este método para enfocar la atención en Dios. Quería que sus seguidores recordasen la soberanía de su Padre divino, por lo tanto les enseñó a orar:

> «Padre nuestro que estás en el cielo» (Mt. 6:9).

Dicho en forma sencilla, la práctica de incluir descripciones de Dios en nuestras oraciones nos ayuda a enfocarnos intensamente en el carácter de Dios. Por cierto, hablar de las cualidades de Dios no es garantía de que lo apreciemos con mayor profundidad. Podemos pasar tan superficialmente sobre estas palabras como sobre sus muchos nombres y títulos. De todos modos, la contemplación de sus atributos provee una *oportunidad* para lograr una nueva forma de mirar a Dios. Repasar uno de los atributos sobresalientes de Dios en medio de la oración, puede llevarnos a abandonar nuestros pensamientos centrados en este mundo, para cambiarlos por una contemplación de la gloria de Dios.



Para profundizar busca en un diccionario uno de los atributos de Dios que elegiste. Escribe a continuación de que forma se complementa con lo que ya sabías.

____

____

Las descripciones de Dios son particularmente significativas cuando concuerdan con los intereses más amplios de una oración. En el caso de Daniel 9:4-19, el profeta pide que Dios haga que los judíos cautivos vuelvan a

su tierra. En línea con este intenso interés, Daniel comienza su oración haciendo diversas descripciones de Dios. Habla de Dios como de aquel que es grande y temible (9:4). Daniel espera que sea quebrantado el poder que Babilonia tiene sobre Israel. En consecuencia, se centra en la majestad de Dios. Daniel le dice a Dios «guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos» (9:4). Daniel espera de que Dios seguirá siendo fiel a sus promesas, por lo cual su foco de atención es la fidelidad de Dios. El profeta encuentra la confianza que necesita, porque es capaz de contemplar estas características divinas en su oración.

Nosotros también enfrentamos circunstancias que acercan nuestro corazón a Dios de una manera muy especial. Describir a Dios con rasgos que respondan a nuestras necesidades nos traerá esperanza y fortaleza. En una ocasión, aconsejé a un joven que por su pasado tenía una autoestima terriblemente baja. Después de orar varias veces junto con él, comencé a notar que siempre enfatizaba el carácter excelso, poderoso y temible de Dios. Sus temas constantes eran la justicia y el juicio. No era extraño, pues, que no pudiese mentirse perdonado. Nunca mencionaba la misericordia, la paciencia y la bondad de Dios. Cuando se me presentó una oportunidad adecuada, le sugerí que orase contemplando el perdón y la paciencia de Dios. Después de intentarlo, aún no había resuelto completamente su problema, pero la expresión de su rostro me decía que había comenzado a ver la importancia de enfocar estas cualidades de Dios. A veces necesitamos que se nos asegure de que Dios nos ama. En otras ocasiones necesitamos recordar su juicio. Cualesquiera sean nuestras circunstancias, las descripciones de Dios que hacemos en oración se convierten en portales que nos llevan hacia una renovación en la fe.

CONTEMPLANDO A DIOS POR MEDIO DE METÁFORAS

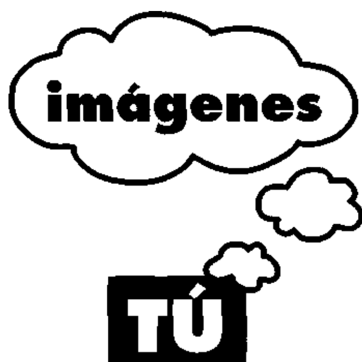
Las metáforas también son de gran ayuda en nuestra contemplación del carácter de Dios. Una metáfora es un tipo de descripción en la cual una cosa es comparada con otra. Si decimos «el tipo es un toro» damos a entender que el hombre es grande y fuerte. «La señora es una joya» implica que la mujer es preciosa.

Hablando con precisión, las metáforas implican comparaciones que se hacen sin el uso de las palabras *como* o *semejante a*. No obstante, utilizaremos el término con un sentido amplio, para incluir comparaciones

de todo tipo. Ya hemos visto cuan valioso es describir a Dios cuando oramos. Ahora consideraremos cuan importante es que usemos metáforas cuando hablamos de Dios.

¿Por qué usamos metáforas? ¿Por qué no hacer una simple descripción de las cosas en lenguaje directo? Hay muchos motivos por los que una persona puede preferir el uso de metáforas. Nosotros solamente vamos a considerar tres.

Primero, las metáforas requieren que nuestra imaginación determine significados precisos. «Es un verdadero oso» podría implicar que la persona es grande y voluminosa, o que tiene mal carácter. Cuando usamos una metáfora, estamos obligados a pensar en la comparación y luego a decidir. Las metáforas nos invitan a considerar las muchas maneras en que una cosa es semejante a otra. De esta forma, una persona inquisitiva es motivada a pensar con más profundidad e imaginación acerca de las cosas que se comparan.



Usar metáforas para estimular los sentimientos y la imaginación

Segundo, las metáforas crean imágenes vivas. Cuando consideramos una metáfora, nos vienen a la mente muchas y diferentes imágenes, sonidos, gustos, aromas y texturas. Si contemplamos la comparación de un hombre con un toro, inevitablemente nos viene a la mente la imagen del animal. Podemos ver sus anchas espaldas y oír su mugido. La comparación de una mujer con una joya evoca imágenes de piedras preciosas reflejando un espectro luminoso de resplandecientes matices. Estas imágenes abren el camino hacia una experiencia sensorial de las cosas que están siendo comparadas.

Tercero, cuando ponderamos las metáforas surgen en nosotros reacciones emocionales. Las impresiones mentales causadas por la visión y audición de un corpulento toro despertarán en nosotros sentimientos de ansiedad o nerviosismo. Pensamientos referidos a joyas hermosas y exóticas crean reacciones de aprecio y admiración. Las metáforas pueden conducirnos a una respuesta más completa hacia las cosas que se comparan (véase la ilustración).

Los Salmos están llenos de metáforas que describen a Dios. Los versículos iníciales del Salmo 18 nos proveen de un poderoso ejemplo. El salmista habla de Dios como de «fuerza mía», «mi roca», «mi amparo», «mi libertador», «el peñasco en que me refugio», «mi escudo», «el poder que me salva» (Sal. 18:1-2). Todas estas expresiones son descripciones metafóricas de Dios. Dios es como una roca, semejante a un peñasco, como un escudo.

Considere la idea de la roca. El cuadro mental que proviene de comparar a Dios con una roca es mucho más eficaz que la simple afirmación «Dios es fuerte e invariable».

Uno de los lugares que más me gusta visitar es la costa rocosa de Nueva Inglaterra. Uno se puede parar en lugares azotados por inmensas olas sin que éstas lo alcancen a uno. Qué magnífico es sentirse tan pequeño delante del océano, y al mismo tiempo tan seguro sobre la sólida roca. Cerca de mi escritorio hay una fotografía en la que estoy sobre una de aquellas gigantescas rocas. Aquel día se mantiene indeleble en mi memoria. Me sentía agobiado por graves problemas; me había retirado a aquel lugar en compañía de un buen amigo. Estando juntos de pie, de frente al amenazante mar, mi amigo me consoló diciendo: «Dios te protegerá así como te protege esta roca». En los meses que siguieron, sus palabras demostraron ser ciertas. Todavía miro a aquella fotografía y aún encuentro consuelo para mi corazón pensando en la tuerza de Dios contra el mal. Dios es como una roca para su pueblo.

Otra metáfora que la Escritura usa para hablar de Dios es la figura de la luz. Su misericordia y gracia irrumpen en este mundo de pecado y tinieblas trayendo la luz de la vida a todo aquel que cree. Muchos habitantes de la ciudad no saben cuan oscuro puede tornarse el mundo físico. En la profundidad de un bosque, cuando la luna y las estrellas están ocultas por las nubes, a uno lo rodea una densa oscuridad; una oscuridad tan negra que no

puede verse ni siquiera la propia mano frente de la cara. En semejante lugar es fácil ser sobrecogido por el terrible sentimiento de estar perdido. Uno mira frenéticamente alrededor, buscando un pequeño destello de luz que le guíe a lugar seguro. Una experiencia de esa naturaleza nos enseña lo que significa que Dios sea luz. Él es nuestra salvación de las tinieblas del pecado y de la muerte que encierran a este mundo.

El uso de metáforas para referirnos a Dios puede crear muchas y vividas experiencias imaginativas que refresquen en nosotros nuestra fascinación con Dios. Meditando en las descripciones metafóricas de Dios, podemos enriquecer nuestra percepción de él en todo tipo de circunstancias. Las metáforas referidas a Dios están entre los instrumentos más poderosos para profundizar nuestra contemplación de él y, orando, descubrir que él nos fascina.

En este capítulo hemos visto lo que significa estar fascinados con el carácter de Dios. Hemos visto que los creyentes tienen que renovar constantemente su admiración por Dios. Una forma de suplir esta necesidad es contemplar el carácter de Dios y expresar en oración sus maravillas usando descripciones sencillas y metáforas imaginativas. Con sólo un poco de esfuerzo, esta práctica puede llegar a ser parte vital de nuestra comunicación con Dios.



Escribe una metáfora acerca de Dios.

____

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Qué es estar fascinado con Dios? ¿De qué manera puede conducirnos la contemplación del carácter de Dios a estar fascinados con él?
2. ¿Cómo pueden las descripciones del carácter de Dios ayudarnos a centrar nuestra atención en él? Mencione algunas descripciones de Dios usadas en las oraciones bíblicas.

3. ¿Qué es una metáfora? ¿Cómo es que nos motiva a meditar sobre un tema? ¿Cómo crea respuestas emocionales? ¿Cuáles son algunas metáforas importantes que pueden ser usadas en la oración para describir a Dios?

EJERCICIOS

1. Haga una lista de cinco características de alguna persona que usted admira. Haga una lista de cinco de las características que usted admira de Dios. Escriba por qué le causan admiración.

2. Escoja una de metáforas que este capítulo usó para referirse a Dios. Discuta las formas en que esta metáfora realmente representa el carácter de Dios. Discuta también el impacto emocional que causa dicha metáfora.

3. Usando tanto como pueda la siguiente guía, escriba una oración de seis a ocho frases que se centre exclusivamente en el carácter de Dios (sin peticiones ni intercesiones, etc.). Véase también los apéndices A y B.

Oh Señor, tu eres ____

(Breve descripción de Dios)

____

Tú mereces todo nuestro culto y adoración. Tú eres como _________

____

(Metáfora)

____

Nosotros vemos____

(describa algunas imágenes visuales asociadas a la metáfora)

____

____

Y pensamos en ____

(describa una característica de Dios)

____

Podemos oír ____

(describa alguno de los sonidos asociados con la metáfora)

____

Y pensamos en ____
(describa una característica de Dios)

Al pensar en estas cosas nuestro corazón __________________________
(describa una reacción emocional)

____

____

Te alabamos, oh Señor, porque tú eres__________________________
(haga una breve descripción de Dios)

____

____

EJERCICIO AMPLIADO

Ore por lo menos tres veces durante esta semana con el propósito exclusivo de describir y contemplar el carácter de Dios. Tenga la precaución de usar descripciones breves y metafóricas. La guía del ejercicio le puede servir de ayuda.

Semana 4

Fascinados con las obras de Dios

El aprecio que sintamos por Dios está íntimamente ligado a sus obras. No solamente admiramos su carácter, sino que vivimos asombrados ante sus obras. Como ya hemos visto, el contemplar el carácter de Dios puede llevarnos a profundizar nuestra admiración por él. Lo mismo ocurre cuando miramos sus obras. Las obras de Dios son tan maravillosas, que despiertan un profundo aprecio hacia él. En este capítulo vamos a considerar que si en nuestras oraciones meditamos en las obras de Dios, nuestra fascinación con él será aun más grande.

CONTEMPLANDO LAS OBRAS DE DIOS

Una nota clave en la historia bíblica es que Dios revela su carácter a través de sus obras. Siempre actúa en armonía con su propia naturaleza. Por eso, al considerar los atributos de Dios, nuestras mentes se dirigen fácilmente hacia sus obras. El Salmo 36:5-9 ilustra esta progresión:

«Tu amor, señor, llega hasta los cielos;
tu fidelidad alcanza hasta las nubes.
Tu justicia es como las altas montañas;
tus juicios, como el gran océano.

Tú, señor, cuidas de hombres y animales;
¡cuan precioso, oh Dios, es tu gran amor!
Todo ser humano halla refugio
a la sombra de tus alas.
Se sacian de la abundancia de tu casa;
les das de beber de tu río de deleites.
Porque en ti está la fuente de la vida,
y en tu luz podemos ver la luz».

En las cuatro primeras líneas de este texto, el salmista nota la magnificencia del carácter de Dios. Compara el amor, la fidelidad y la justicia de Dios con las montañas. Asemeja los juicios de Dios a las profundidades del mar. En breve, los atributos de Dios son incomparables.

Desde la perspectiva del salmista, la gloria de Dios llena el universo.

¿Por qué queda maravillado ante Dios? ¿Qué lo ha llevado a tales conclusiones? La respuesta está en las líneas que siguen. El salmista, después de considerar el carácter de Dios, procede a reflexionar en sus obras. Hace notar que en su providencia, Dios cuida de todas las formas de vida, protegiendo a su pueblo como un pájaro protege a sus pichones, proveyendo de luz y agua a todos. El salmista no se limita a darnos simplemente un retrato inerte de Dios, sino que lo describe en acción.

En albores de la cinematografía, nadie podía resistir la tentación de las imágenes en movimiento. Aun hoy las diferentes películas que se producen juegan un papel preponderante en el entretenimiento, la educación y la comunicación. Uno de los principales atractivos de este medio es su capacidad de imitar las acciones de la vida. Por muy maravillosos que puedan ser los retratos y las pinturas, estas no pueden captar el movimiento, cosa que juega un papel tan esencial en nuestro mundo.

De igual modo, la acción es esencial en el arte de contar cuentos. Cuando escuchamos a alguien describiendo los episodios de un drama, podemos ver y oír los personajes interactuando unos con otros en su ambiente imaginario. Es este movimiento el que capta nuestra atención y nos introduce al mundo de lo que se relata.

A lo largo de las Escrituras, a Dios se le presenta dramáticamente involucrado en la historia del mundo y en la vida de los individuos. La Biblia describe estas actividades, a fin de resaltar nítidamente la gloria de Dios. El concentrarnos un momento en sus poderosas obras puede despertar nuestras adormecidas almas. Imaginarnos las escenas y los sonidos de la actividad de Dios puede hacer que un corazón indiferente y cansado se llene de intenso asombro ante Dios. Por tanto, ahora consideraremos algunos métodos que son útiles para ayudarnos a centrar nuestras oraciones en las obras de Dios.

Sin embargo, antes debemos definir lo que es una obra de Dios. Cuando los creyentes hablan de una obra de Dios, por lo general piensan en ciertos sucesos cruciales que se registran en la Biblia. Pensamos en la creación del mundo, en la liberación de Israel de manos de Egipto, en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Aunque estos y otros acontecimientos dramáticos son obras poderosas de Dios, hay que recordar que Dios también

obra de otras maneras.

Las Escrituras enseñan que no sólo los llamados hechos «religiosos» pueden calificarse como obras de Dios, sino que hay muchos otros sucesos que son obras de Dios. Toda la creación es el lugar de actuación de Dios. Es imposible siquiera comenzar a nombrar todo lo que él hace. En efecto, todas las cosas buenas de la vida provienen de él:

> «Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes» (Stg. 1:17a).

Incluso el mal que está en el mundo es misteriosamente restringido y usado por Dios para el cumplimiento de sus buenos propósitos:

> «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo» (Gn. 50:20).

Los ojos de la fe ven la mano de Dios en todas partes. Cuando los cristianos comienzan a ver el amplio espectro de la actividad de Dios, tienen que confesar con el salmista:

> «Muchas son, señor mi Dios,
> las maravillas que tú has hecho.
> Nos es posible enumerar
> tus bondades en favor nuestro.
> Si quisiera anunciarlas y proclamarlas,
> serían más de lo que puedo contar» (Sal. 40:5).

Por eso, al volver nuestra atención a las obras de Dios debemos estar dispuestos a considerar una amplia variedad de hechos.

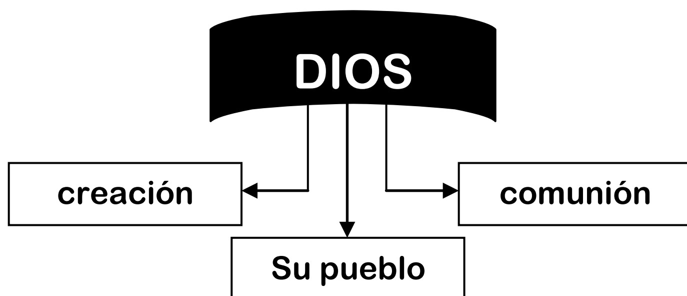
Se cuenta la historia de un anciano que paseaba por su nuevo vecindario a fin de conocer a la gente de su manzana. Al llegar a la tercera casa de la cuadra vio a un pequeño de cuatro o cinco años jugando en el patio. «¿Cómo te llamas, hijo?» le preguntó. «Me llamo Francisco», le respondió el muchacho. Al continuar la conversación, el hombre le preguntó: «¿En qué trabaja tu papá?» Francisco se paró, se rascó la cabeza, y dijo: «Mi papá se afeita todas las mañanas». El nuevo vecino no pudo más que largarse a reír. La respuesta de Francisco era correcta, pero obviamente el chico tenía una perspectiva limitada de la vida y del trabajo de su padre.



Dios actúa por medio de su providencia y en la historia de la salvación

Al igual que Francisco, los cristianos con frecuencia ven a su Padre desde una perspectiva extremadamente limitada. Reducimos nuestra apreciación de las obras de Dios a una reducida selección de sus poderosas obras. Algunos creyentes sólo se concentran en el pasado. Otros sólo reflexionan en sucesos contemporáneos. Muchas veces sólo pensamos en nuestras propias vidas. Otras veces sólo vemos la obra de Dios en las vidas de otros. Para ampliar nuestro enfoque tenemos que identificar las muchas formas diferentes en que Dios obra en este mundo. Podemos hacerlo dividiendo sus actividades en dos categorías principales: Las obras de Dios en la historia de la salvación y sus obras de providencia (véase la ilustración de arriba).

LAS OBRAS DE DIOS EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN



Dios está presente en toda la creación, cuidando a su pueblo y en la comunión personal

A lo largo de la Biblia, encontramos que Dios intervino en el curso normal de los acontecimientos para realizar poderosas obras de salvación. Aunque los hechos comprendidos en esta historia de la salvación son demasiado numerosos para que los registremos aquí, algunos se destacan en

forma prominente: El diluvio en tiempos de Noé, las migraciones de los patriarcas, el cruce del Mar Rojo, la entrega de la ley en el monte Sinaí, la conquista de la tierra prometida, el establecimiento de la monarquía, el exilio, el regreso del exilio, el ministerio terrenal de Cristo, el derramamiento del Espíritu y la segunda venida de Cristo.

Estos y muchos otros acontecimientos bíblicos llevan a efecto la salvación en medio de un mundo condenado a la muerte por el pecado. Obviamente estos hechos ocurrieron a lo largo de un extenso período de tiempo. Dios ha obrado, está obrando y obrará con poder salvador en el mundo. Por eso, al orar podemos reflexionar en la obra salvadora de Dios en la historia, contemplando lo que hizo en el pasado, lo que hace en el presente y lo que hará en el futuro (véase la última la ilustración de la página anterior).

Los sucesos antiguos son el tema de muchas oraciones en la Biblia. El Salmo 77:11-20 es un ejemplo instructivo:

> «Prefiero recordar las hazañas del señor,
>   traer a la memoria sus milagros de antaño.
> Meditaré en todas tus proezas;
>   evocaré tus obras poderosas.
>
> Santos, oh Dios, son tus caminos;
>   ¿qué dios hay tan excelso como nuestro Dios?
> Tú eres el Dios que realiza maravillas;
>   el que despliega su poder entre los pueblos.
> Con tu brazo poderoso redimiste a tu pueblo,
>   a los descendientes de Jacob y de José.
>
> Las aguas te vieron, oh Dios;
>   las aguas te vieron y se agitaron;
>   el propio abismo se estremeció con violencia.
> Derramaron su lluvia las nubes;
>   retumbaron con estruendo los cielos;
>   rasgaron el espacio tus centellas.
> Tu estruendo retumbó en el torbellino
>   y tus relámpagos iluminaron el mundo;
>   la tierra se estremeció con temblores.
> Te abriste camino en el mar;
>   te hiciste paso entre las muchas aguas,

y no se hallaron tus huellas.
Por medio de Moisés y de Aarón
guiaste como un rebaño a tu pueblo».

En este texto, el salmista afirma explícitamente que medita en las obras que Dios hizo en tiempos pasados. Como resultado, desarrolla un intenso sentido de asombro ante Dios. Sabe que ningún otro dios se puede comparar al Señor. Reconoce que Dios ha demostrado gran poder en la redención de Israel. Luego se ocupa de uno de los sucesos más cruciales del todo el Antiguo Testamento, es decir, del cruce del Mar Rojo. Con imágenes muy detalladas, el salmista cuenta cómo Dios hizo que su pueblo cruzara por el mar. La descripción que hace nos fuerza a compartir el entusiasmo. El acontecimiento cobra vida cuando leemos acerca de las aguas agitadas, del torbellino, el estruendo, el estremecimiento de la tierra y el sendero seco a través del mar. Al relatar esta antigua obra de Dios, el salmista experimenta una actitud de reverencia y de adoración muy parecida a la del pueblo que en efecto participó de aquellos acontecimientos. Por medio de una cuidadosa contemplación, el salmista llega a apreciar lo maravilloso de esta obra de Dios, aun muchos siglos después de haber ocurrido.

Los creyentes hoy deberían hacer lo mismo. La Biblia ofrece relatos detallados de muchos acontecimientos del pasado. Cualquiera de estas historias puede convertirse en el objeto de una profunda reflexión en oración. Pero lamentablemente pocas veces dedicamos tiempo en oración para ponderar estas antiguas obras de Dios.



Mencione en algunas de las obras de Dios que se han efectuado en su persona.

____

____

Ore alabando a Dios por la manera en como ha actuado anteriormente en su vida

¿Se ha preguntado alguna vez por qué no tenemos en la Biblia un libro dedicado exclusivamente a las enseñanzas de Jesús? En cambio, tenemos los

evangelios que colocan el mensaje de Jesucristo en el contexto de sus muchas obras. La razón para esto es clara. Dios no quiere que simplemente aprendamos las enseñanzas de Cristo, también quiere que recordemos los detalles de las cosas que hizo. Con frecuencia no captamos cuál es el punto central. Por ejemplo, aunque al orar los cristianos mencionan muchas veces la muerte de Cristo, pocas veces se toman el tiempo para reflexionar profundamente en ella. Por lo general sólo agradecemos a Dios por haber enviado a Jesucristo a morir por nuestros pecados. Sin embargo, una meditación detallada de dicho acontecimiento hará que nuestros corazones aprecien con mayor profundidad el amor que Dios manifestó en la muerte de Cristo.

Piense en la cruz. Las Escrituras registran detalladamente la humillación y el sufrimiento que sufrió Jesucristo, de manera que nunca lo olvidemos. Vemos su espalda lacerada, su corona de espinas y la sangre brotando de sus manos y pies. Oímos la burla de la multitud, los martillazos sobre los clavos, el llanto de la madre de Jesús y los gritos de dolor del mismo Jesús. Todos estos hechos ocurrieron para que nosotros pudiéramos ser rescatados de nuestros pecados.

Por lo tanto, debemos tomarnos el tiempo para verlos, oírlos y sentirlos en nuestro corazón.

Uno de mis ejercicios favoritos en cuanto a la oración, es orar acerca de la muerte y resurrección de Jesucristo o de algún otro acontecimiento especial en su ministerio terrenal. Guiar a grupos de creyentes en esa clase de oración siempre es una experiencia conmovedora. La tristeza y el horror de la muerte de Jesucristo nos rompe el corazón, cuando meditamos en el dolor que soportó el Salvador. Por otra parte, al pensar en la tumba vacía, el gozo y la maravilla de la resurrección quita de nuestros hombros las pesadas cargas de la vida.



Busque en su Biblia un evento del ministerio de Jesús que llama su atención. Escriba cual es: ________________________________

Ore por esta obra de Dios:

Cierta vez, un amigo me contó que su grupo de oración se había vuelto árido y aburrido. Esto lo llevó a hacer que su grupo orara pensando detalladamente en la muerte y resurrección de Jesucristo. Tiempo después me escribió para contarme que dicho ejercicio había transformado su reunión de oración en una extraordinaria experiencia de la bendición de Dios. Oraciones detalladas acerca de estos y otros sucesos salvíficos del pasado pueden vivificar nuestros corazones y conducirlos a una profunda apreciación de Dios.

Sin embargo, los Salmos no sólo hablan de las obras de salvación que Dios ejecutó en el pasado. También se centran en la experiencia de salvación en el presente. Por ejemplo, en el Salmo 18:35-43 leemos las siguientes palabras:

> «Tú me cubres con el escudo de tu salvación,
> y con tu diestra me sostienes;
> tu bondad me ha hecho prosperar.
> Me has despejado el camino,
> así que mis tobillos no flaquean.
> Perseguí a mis enemigos, les di alcance,
> y no retrocedí hasta verlos aniquilados.
> Los aplasté. Ya no pudieron levantarse.
> ¡Cayeron debajo de mis pies!
> Tú me armaste de valor para el combate;
> bajo mi planta sometiste a los rebeldes.
> Hiciste retroceder a mis enemigos,
> y así exterminé a los que me odiaban.
> Pedían ayuda; no hubo quien los salvara.
> Al señor clamaron, pero no les respondió.
> Los desmenucé. Parecían polvo disperso por el viento.
> ¡Los pisoteé como al lodo de las calles!
>
> Me has librado de una turba amotinada;
> me has puesto por encima de los paganos;
> me sirve gente que yo no conocía».

Este texto es una oración que reflexiona en la cómo Dios liberó a David de las manos de Saúl. Impacta todo el detalle con que el salmista describe los sucesos. Podemos ver y oír cómo perseguían a David. Percibimos la frustración de Saúl y de sus hombres y nos regocijamos en la humillación de

los enemigos de David. El corazón del salmista se llena de asombro ante Dios, al meditar en estos acontecimientos.

> «¡El señor vive! ¡Alabada sea mi roca!
> ¡Exaltado sea Dios mi Salvador!» (Sal. 18:46).

Los cristianos de nuestros días también pueden ver las obras salvadoras de Dios. En todas partes, a nuestro alrededor, podemos ser testigos de innumerables ejemplos de la obra salvadora de Dios para con su pueblo. Dios todavía está ocupado en redimir a los atribulados y perdidos. Cuando alguien cree por primera vez o cuando un cristiano recibe ayuda especial en un problema, podemos estar seguros que el responsable es Dios. Es posible que por tales hechos, muchas veces expresemos una palabra de agradecimiento, pero debemos ir más allá y hacer un balance más detallado que nos lleve a quedar fascinados con Dios. Tal como el salmista lo ilustra en una forma tan eficaz, la meditación cuidadosa en la obra salvadora de Dios puede convertirse en una valiosa dimensión de la oración para hoy.



Revisa los acontecimientos que han ocurrido en la última semana

¿En que manera Dios se ha hecho presente con tu familia?

____

¿En que forma Dios ha actuado en esta semana en tu ciudad?

____

Por último, las oraciones de los Salmos también señalan a las futuras obras salvadoras de Dios. El Salmo 46:8-10 nos da un hermoso cuadro de sucesos futuros:

> «Vengan y vean los portentos del señor;
> él ha traído desolación sobre la tierra.
> Ha puesto fin a las guerras
> en todos los confines de la tierra;
> ha quebrado los arcos, ha destrozado las lanzas,
> ha arrojado los carros al fuego.
> 'Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios.
> ¡Yo seré exaltado entre las naciones!
> ¡Yo seré enaltecido en la tierra!'»

En estas palabras, el salmista anticipa la gloria del mundo venidero. Será un tiempo de juicio y paz, un tiempo en el cual Dios manifestará perfecta y completamente su señorío. Una vez más, podemos advertir el cuidado con que el salmista describe estos acontecimientos. Leyendo estas palabras, podemos ver los arcos y las lanzas quebradas. La descripción gráfica del futuro crea una anticipación viva de los eventos por venir.

Este enfoque del futuro también puede ser parte de nuestras oraciones en la actualidad. Nosotros también esperamos que Dios traiga justicia y paz al mundo. Miramos hacia el futuro, hacia el día cuando Cristo vuelva trayendo toda la plenitud de la salvación. Las Escrituras nos pintan cuadros maravillosos de este acontecimiento. La aparición de Cristo en el cielo, el sonido de la trompeta y la resurrección de toda la humanidad para juicio, pueden ser temas centrales de nuestras oraciones al reflexionar sobre los hechos futuros de Dios. Al tomarnos tiempo para describir estos sucesos nuestros corazones se encenderán maravillados ante Dios.

La meditación en la obra salvadora de Dios puede darse en tres áreas: los hechos del pasado, del presente y del futuro. Al sumergirnos en estos acontecimientos, ellos mismos nos guiarán a una experiencia más plena de fascinación con Dios.

LA OBRA DE LA PROVIDENCIA DE DIOS

La obra de Dios en el mundo no termina con sus poderosas hazañas redentoras. En su providencia, Dios sustenta a cada segundo el universo. La creación, el sustento y toda otra cosa buena proviene de su mano.

Los Salmos celebran a menudo la providencia de Dios. En el Salmo 104:1, por ejemplo, encontramos estas palabras de asombro:

> «¡Alaba, alma mía, al Señor!
> Señor mi Dios, tú eres grandioso;
> te has revestido de gloria y majestad».

¿Por qué está tan fascinado con Dios el salmista? El resto del Salmo 104 nos da sus razones. Considere solamente una porción del Salmo:

> «Tú haces que los manantiales
> viertan sus aguas en las cañadas,
> y que fluyan entre las montañas.

De ellas beben todas las bestias del campo;
allí los asnos monteses calman su sed.
Las aves del cielo anidan junto a las aguas
y cantan entre el follaje.
Desde tus altos aposentos riegas las montañas;
la tierra se sacia con el fruto de tu trabajo.
Haces que crezca la hierba para el ganado,
y las plantas que la gente cultiva
para sacar de la tierra su alimento:
el vino que alegra el corazón,
el aceite que hace brillar el rostro,
y el pan que sustenta la vida.
Los árboles del señor están bien regados,
los cedros del Líbano que él plantó.
Allí las aves hacen sus nidos;
en los cipreses tienen su hogar las cigüeñas.
En las altas montañas están las cabras monteses,
y en los escarpados peñascos tienen su madrigueras los tejones» (vv. 10-18).

En este pasaje el salmista demuestra que su actitud hacia Dios resulta de contemplar sus obras de providencia. Se toma el tiempo necesario para ofrecer un relato detallado de la providencia de Dios en la naturaleza.

Cuando enseñaba a niños pequeños de la iglesia, solía prepara la misma actividad para cada día de la madre y cada día del padre. Pasábamos toda la hora escribiendo una lista de las cosas que los padres hacen por sus hijos. Al principio las respuestas venían lentamente. La mayoría de los chicos no piensan mucho en lo que sus padres hacen por ellos. Sin embargo, después de algunos momentos, los niños comenzaban a gritar sus ideas más rápidamente de lo que yo podía anotarlas. Al poco tiempo, era evidente que las madres y los padres hacen muchas cosas que al principio no se recuerdan, pero que son parte del cuidado vital para sus hijos. De muchas maneras, lo mismo ocurre con el cuidado providencial que Dios tiene de nosotros. En el diario caminar sólo nos damos cuenta de algunas pocas provisiones de Dios. Pero si nos tomamos el tiempo para meditar en ellas, la lista se vuelve más y más larga.

Cada día vemos alrededor nuestro el cuidado providencial de Dios. Sus bendiciones son innumerables. A veces son un tanto espectaculares. Por ejemplo, salir de un problema financiero, sanarse de una grave enfermedad,

ser protegido de un accidente. Otras veces notamos el cuidado de Dios en los asuntos más ordinarios de la vida, como el poder ir a hacer las compras al supermercado, el agua potable, la electricidad en nuestros hogares. No tenemos que mirar muy lejos para notar la bondadosa mano de la providencia divina.



Haz una lista las cosas que nuestro Padre Dios hace por nosotros y relaciónala con uno de sus atributos.

Obra de Dios	Atributo de Dios
___________________________	___________________________
___________________________	___________________________
___________________________	___________________________
___________________________	___________________________
___________________________	___________________________

El ejemplo que nos dan los Salmos, nos muestra el gran valor que tiene el contemplar en detalle las obras de la providencia de Dios en nuestra vida. El reflexionar en la providencia de Dios en una forma detallada puede despertar en nuestro corazón un creciente asombro respecto a Dios. Podemos describir, por ejemplo, las complejidades de los organismos vivos. Hasta las operaciones de una sola célula exhiben el esplendor de la providencia de Dios. Podemos meditar en el delicado equilibrio de la naturaleza y en ella ver la mano de Dios. También podemos mirar los sucesos de nuestras vidas personales. Frecuentemente Dios arregla nuestras circunstancias de tal manera que nos beneficien grandemente. Cuando consideramos estas y otras expresiones de la providencia de Dios, podremos ver de nuevo lo maravilloso que él es.

En este capítulo hemos considerado la importancia de contemplar en oración las obras de Dios. Partiendo de los ejemplos que encontramos en las oraciones bíblicas, hemos descubierto el valor de una meditación concreta sobre las obras por las que Dios salva y cuida de sus criaturas. Si ponemos en práctica estas ideas, nuestras oraciones se volverán en medios por los cuales quedaremos fascinados con Dios.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿De qué manera se relaciona el carácter de Dios con sus obras? ¿Por qué es útil contemplar a Dios «en acción»?
2. ¿Cuáles son las tres dimensiones principales de la actividad de Dios en la historia de la salvación? Mencione un ejemplo de una obra salvadora de Dios que fácilmente pasamos por alto.
3. Mencione algunas dimensiones de la actividad que Dios realiza en su providencia. Mencione un ejemplo de cómo frecuentemente ignoramos la importancia de este aspecto de la obra de Dios.

EJERCICIOS

1. Mencione dos grandes acontecimientos en la historia del mundo. Describa en dos o tres minutos los detalles de cada uno de esos acontecimientos.
2. Escoja un episodio del ministerio de Jesús. Describa detalladamente la secuencia de los hechos. Mencione las imágenes, los sonidos, etc., del episodio.
3. Usando tanto como pueda la siguiente guía, tome un acontecimiento bíblico y escriba una oración de seis a ocho frases describiendo exclusivamente la actividad de Dios en dicho acontecimiento (sin peticiones, intercesiones, etc.).

Oh Señor de misericordia y salvación, recordamos tu poderosa obra en

____

(nombre del acontecimiento)

____

____

Podemos ver ____

(describe los sonidos del acontecimiento)

____

____

Y podemos oír ____
(describa los sonidos del acontecimiento)

____

____

Al pensar en estas cosas, nuestro corazón ______________________
(describa su reacción emocional)

____

____

EJERCICIO AMPLIADO

Escoja otro episodio de la Biblia o alguna obra que Dios haya hecho en su vida. Al menos tres veces en esta semana, ore describiendo cuidadosamente ejemplos de la obra de Dios. Evite hacer peticiones. El ejercicio 3 le puede servir de ayuda.

Semana 5

Buscando la presencia de Dios

«¿Por qué pareciera que Dios está tan lejos?», es la pregunta que suele hacerse la gente. «Yo solía pensar en Jesús como mi mejor amigo. Ahora siento que apenas lo conozco». En algún momento de la vida a cada creyente le tocará atravesar el árido desierto de sentirse lejos de Dios. Normalmente la experiencia sólo dura poco tiempo. Pero a veces pueden pasar semanas, meses o aun años, sin que tengamos la certeza de que Dios está cerca. En los capítulos anteriores, discutimos lo importante que es desarrollar una actitud de dependencia y un corazón que esté fascinado con acercarse a Dios en oración. En este capítulo vamos a ver cómo la oración nos lleva a la presencia misma de Dios.

LA CERCANÍA DE DIOS

La oración tiene muchas formas de hacer que el creyente experimente la presencia de Dios. Pero antes de entrar en eso, debemos definir cuidadosamente lo que queremos decir con la presencia o cercanía de Dios. La Biblia habla de muchas maneras de la cercanía de Dios, desde un aspecto general hasta uno más específico. De toda esta amplia extensión, vamos a considerar tres niveles Je sentido: la presencia universal de Dios, su cuidado protector y nuestra experiencia personal de comunión con él.

Primero, pensamos en Dios como presente en todas partes. Los niños muchas veces preguntan a sus padres, «¿Dónde está Dios?» Normalmente los padres responden de manera sencilla: «Dios está en todas partes». Todos los cristianos concuerdan en que Dios es omnipresente. Está en todas partes a cada momento. En Jeremías leemos lo siguiente:

> «¿Soy yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?» (Jer. 23:23-24).

En forma similar, Pablo le dijo a los atenienses:

> «'Puesto que en él vivimos, nos movemos y existimos'. Como algunos de sus propios poetas griegos han dicho: 'De él somos descendientes'» (Hch. 17:28).

En un sentido, Dios no puede ser limitado a un lugar, puesto que está en todas partes.

Segundo, la Biblia también habla de la presencia de Dios en términos de la forma en que protege y cuida a los creyentes. Por ejemplo, Jacob oró pidiéndole a Dios que estuviese con él al huir de su hermano Esaú (Gn. 28:20-21). El éxito de José en Egipto fue atribuido a que Dios estaba presente con él (Gn. 39:2). De igual manera, Jesús mismo prometió estar con los apóstoles cuando ellos llevaran a cabo la gran comisión (Mt. 28:20). El Salmo 46:1 -2 lo expresa de la siguiente manera:

> «Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza,
> nuestra ayuda segura en momentos de angustia.
> Por eso, no temeremos
> aunque se desmorone la tierra
> y las montañas se hundan en el fondo del mar».

De acuerdo al salmista, Dios está con nosotros incluso en medio de los problemas. Allí está para ayudarnos. De esa manera, la presencia de Dios también apunta al cuidado con que protege a sus siervos.

Tercero, en muchas partes de la Biblia se habla de la presencia de Dios en el sentido de que el creyente experimenta comunión con él. Por ejemplo, leemos que Dios caminaba en el huerto de Edén al aire del día (Gn. 3:8). El día de Pentecostés el Espíritu Santo vino sobre los apóstoles de manera inmediata y personal (Hch. 2:1-4). Cuando Salomón terminó la construcción del templo de Jerusalén, reconoció que si bien Dios no podía ser contenido por sus muros, los fieles podían experimentar allí una cercanía especial de Dios.

> «Que estén tus ojos abiertos de noche y de día sobre esta casa, sobre este lugar del cual has dicho: Mi nombre estará allí; y que oigas la oración que tu siervo haga en este lugar» (1 R. 8:29).

En los días del Antiguo Testamento, el templo era el lugar donde Dios escogía habitar de manera especial. Era el sitio donde los creyentes podían

encontrar íntimamente a Dios por medio de las diversas experiencias de la adoración.

Hay diversos rasgos específicos de la experiencia de comunión con Dios que saltan a la vista cuando se compara esta experiencia con la omnipresencia de Dios. A diferencia de la presencia general de Dios que está en todas partes, la *experiencia* de la cercanía de Dios va y viene. Además, en aquellas ocasiones cuando los cristianos experimentan esta presencia especial, Dios se les acerca en formas que no pueden ser ignoradas. En este sentido la presencia de Dios es un encuentro divino-humano que afecta profundamente a los creyentes.

En la actualidad, la oración es uno de los medios más valiosos para experimentar la cercanía de Dios. Si bien ya no caminamos con Dios en el huerto de Edén ni vemos las lenguas de fuego del Pentecostés, todavía podemos encontrar a Dios mediante la oración. Hablando con él tenemos la oportunidad de experimentar su presencia especial. Tal comunión con Dios tiene resultados poderosos. Cuando nos acercamos a Dios, él nos toca en los niveles más profundos de nuestro ser.

Esta dimensión de la cercanía de Dios no es totalmente extraña a la experiencia humana común, pues solemos tener momentos únicos con la gente especial que llegamos a conocer. Recuerdo la primera vez que conocí a uno de mis profesores del Antiguo Testamento en mis estudios doctorales. Este profesor era mundialmente reconocido como uno de los mejores en su campo. Por ser un recién graduado del seminario, la idea de encontrarme con él me ponía muy nervioso. Durante los pocos momentos que pasamos juntos aquel día, a duras penas pude decir una frase completa porque sabía que estaba con alguien que era muy superior a mí. No fue una experiencia común. De la misma manera, pocos de nosotros sabríamos guardar la calma si fuésemos invitados a comer con el presidente de la nación. Nos resultaría difícil comer y conversar tranquilamente estando sentados junto al líder del país. Si encontrarnos con simple seres humanos puede afectarnos de esa manera, ¡cuánto nos afectará encontrarnos con la divinidad! La comunión con Dios no puede ser apartada ni ignorada como si fuese una experiencia común. Es una experiencia que enciende un fuego en el centro de nuestro ser, una experiencia que nos consume.

La gente reacciona de diferentes maneras ante la presencia de Dios. Sin

embargo, hay dos reacciones que surgen por lo general en el corazón de aquellos que entran a su presencia especial. Por una parte, uno se siente como golpeado por un avasallante sentido de humildad. La presencia de Dios hace que nos demos cuenta de nuestra ineptitud como criaturas y como pecadores. Adán y Eva trataron de ocultarse de la presencia de Dios cuando él se acercaba. Los israelitas se inclinaban profundamente ante él en su templo. Cuando Isaías se encontró con Dios en el templo, sus primeras palabras fueron:

> «Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos» (Is. 6:5).

Al acercarnos a Dios nos encontramos con su gloria avasallante y quedamos humillados.

Por otra parte, al entrar en la presencia especial de Dios podemos descubrir la satisfacción y el gozo de ser aceptados por él. La receptividad de Dios calma los corazones atribulados y los llena de entusiasmo y regocijo. A los que iban a adorar al templo se les alentaba a cantar alabanzas y a danzar llevados por el asombro de la presencia especial de Dios. El día de Pentecostés la gente acusó a los apóstoles de embriaguez debido al regocijo que tenían delante del Señor. Isaías descubrió una nueva confianza delante de Dios:

> «Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí» (Is. 6:8).

El hecho de experimentar íntimamente la presencia de Dios puede humillarnos, darnos seguridad, consolarnos y levantarnos. Como sea que reaccionemos en un momento determinado, lo cierto es que la cercanía de Dios no puede ser ignorada. Somos asidos profundamente por el poder de Dios y vivificados para estar más conscientes de él y de nuestra relación con él.



¿Haz experimentado la presencia de Dios? Describe tu experiencia. ______________________________________

____

____

ANHELAR LA PRESENCIA DE DIOS

Todos los cristianos desean conocer a Dios en una forma íntima y personal, pero muchas veces no se cumple este deseo. Con frecuencia oímos decir a los creyentes: «Jamás siento que Dios esté cerca de mí. ¿Oirá mis oraciones?» Carecemos de la certeza de que Dios está íntimamente interesado en nosotros. Sin embargo, los seguidores de Cristo no se resignan a permanecer en esa condición por mucho tiempo. Un matrimonio felizmente casado podría tener que separarse por algún viaje de negocios, pero pronto comenzarán a extrañarse mutuamente. Lo mismo ocurre con los verdaderos creyentes y su Dios. De vez en cuando nos las arreglamos sin buscar la presencia de Dios. Pero no nos satisface quedar en ese estado. Los verdaderos creyentes anhelan estar cerca de Dios y sentir la certeza de que él se preocupa personalmente de nosotros.

El Salmo 73:25-28 ilustra cuan intenso puede llegar a ser el anhelo de la presencia de Dios:

«¿A quién tengo en el cielo sino a ti?
    Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra.
Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu,
    pero Dios fortalece mi corazón;
    él es mi herencia eterna.
Perecerán los que se alejen de ti;
    tú destruyes a los que te son infieles.
Para mí el bien es estar cerca de Dios.
    He hecho del señor Soberano mi refugio
    para contar todas sus obras».

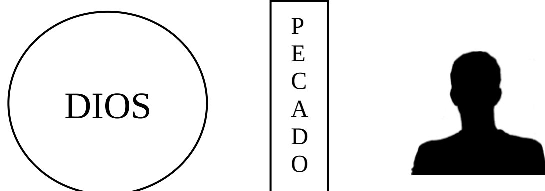
En este pasaje, el salmista medita sobre su gran necesidad de Dios. Mientras pueda estar cerca de Dios, no necesita nada más. Aun si su cuerpo llegara a fallecer, el salmista afirma que encuentra su fuerza en Dios. Los incrédulos están lejos de Dios y de seguro que su final será la destrucción. Sin embargo, el salmista mira a Dios como a un refugio ante las turbulencias y los peligros de la vida. En efecto, su mayor meta es percibir la cercanía de Dios. Esta misma meta la comparten todos los creyentes.



¿Alguna vez te haz sentido lejos de Dios? ¿Por qué? ¿Qué hiciste al respecto? ____

____

¿Por qué entonces terminamos muchas veces sintiéndonos lejos de Dios? ¿A qué se debe que nos sintamos separados de él? Muchas veces tenemos que reconocer que no sabemos por qué Dios parece distante. A veces sus caminos son inescrutables. No obstante, los dos mayores obstáculos a la intimidad con Dios son el pecado y el hecho de que no lo tomamos en cuenta.



El pecado continuo y deliberado crea una muralla entre nosotros y Dios. Incluso como creyentes sufrimos la sensación de estar separados de él por causa del pecado. Por eso confesamos nuestras transgresiones. La confesión abre la comunión entre Dios y su pueblo. De tanto en tanto, todos necesitamos buscar la restauración con Dios. Debemos orar como David después de su adulterio:

«Devuélveme la alegría de tu salvación» (Sal. 51:12).

No es extraño encontrar a los pastores tratando de solucionar este problema entre los miembros de sus iglesias. Recuerdo que en algunas ocasiones escuché a los creyentes haciendo esta pregunta: «¿Por qué siento que Dios está tan lejos de mí?» Por muy preocupante que esto pueda ser, nuestra respuesta debe tocar el tema del pecado: «¿Hay algún pecado serio o grave que lo mantiene a usted alejado de Dios?» Esta pregunta vale para todos nosotros. Si queremos estar cerca de Dios, tenemos que confesar pecados y apartarnos de prácticas que bloquean nuestra relación con él.

Sin embargo, el problema no es siempre el pecado consciente. No es preciso que estemos profundamente sumergidos en el pecado para sentirnos distantes de Dios. Puede ocurrir que confesemos nuestros pecados, tratemos de vivir una vida santa y todavía nos sintamos separados de él. ¿Por qué ocurre esto? Muchos problemas diferentes pueden ocultarse detrás de esta experiencia, pero uno de ellos es nuestra frecuente negligencia respecto a Dios en la oración.

Nos pasa lo mismo que al resto de los humanos. La mayoría de los adolescentes han sufrido la agonía de tener que salir con alguien que no les agradaba mucho. Incluso los adultos, ocasionalmente tienen que pasar un tiempo con alguien a quien quisieran evitar. Lo normal es que pongamos barreras mentales entre nosotros y esa persona. Nos mantenemos desinteresados en lo que tenga que decir y llevamos nuestra conversación al más superficial de los niveles. Pero cuando estamos con alguien a quien queremos mucho, ponemos todo nuestro corazón en la conversación y atendemos cuidadosamente a lo que esa persona dice. No sólo compartimos el mismo espacio, también compartimos de nosotros mismos.

En muchos sentidos los mismos principios se aplican a nuestra conversación con Dios. Si ignoramos a Dios en nuestras oraciones, no podemos esperar que él nos bendiga con una percepción especial de su presencia. Santiago lo pone sucintamente en las siguientes palabras.

«Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes» (Stg. 4:8a).

Note el orden de los hechos. Si queremos experimentar la cercanía de Dios tenemos que acercarnos a él. En otras palabras, al orar tenemos que buscar a Dios. Tenemos que dedicar nuestro interior a tener comunión con él en forma vibrante y personal. Si lo hacemos de esa forma, podemos esperar que Dios responda acercándose a nosotros. Responderá con íntima atención y bendición.

CAMINOS DE ACERCAMIENTO

Dios ha establecido muchos caminos para que nos acerquemos a él en oración. En los capítulos anteriores vimos dos elementos vitales en la contemplación del carácter y las obras de Dios. Este tipo de atención referida a Dios son senderos vitales para acercarnos a él. En la medida que ponemos nuestro corazón y mente en Dios nos acercamos cada vez más a él en la comunión de la oración. Pero ahora exploraremos otro camino de acercamiento a Dios.

Uno de los más grandes privilegios que los creyentes tienen es la libertad de acercarse a Dios y entrar a su morada celestial por medio de la oración. Los cristianos muchas veces se quejan de que sus oraciones nunca van más allá del techo. Es como si nuestras palabras permaneciesen atadas a la tierra y nunca alcanzaran el cielo. Sin embargo, esto no debiera sorprendernos.

Después de todo, ¿cuántas veces al orar mostramos interés por las alturas de los cielos? ¿Con qué frecuencia contemplamos la morada de Dios? En tanto que nos concentremos exclusivamente en las cosas de este mundo, no deberá sorprendernos que no tengamos la certeza de que nuestras oraciones llegan al cielo. Sin embargo, si elevamos nuestro corazón al cielo, descubriremos una creciente certeza de que nuestras oraciones están llegando a Dios y de que él nos está prestando su atención personal.

En muchas partes de la Biblia se encuentra un interés tremendo en la morada celestial. De hecho, a veces las descripciones que se dan de la actividad de Dios en el cielo son bien detalladas. El capítulo inicial de Job muestra a Dios sentado en el atrio de su trono con seres angelicales que van y vienen delante de su presencia (Job 1:6-12). Hay un diálogo que se desarrolla entre el Rey divino y su audiencia; se emiten decretos y estos son obedecidos. Muchos profetas del Antiguo Testamento experimentaron visiones del cielo y después lo que vieron relataron en sus mensajes profetices (Is. 6:1-13; 1 R. 22:19; Dn. 7:9-11). Este y muchos otros pasajes retratan al cielo como un palacio real con Dios como el Rey entronado. Está rodeado de una atenta audiencia de seres celestiales que responden a sus órdenes. Las palabras de Daniel son particularmente impactantes:

> «Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un rio de fuego procedía y salía delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos» (Dn. 7:9-10).

El Nuevo Testamento nos habla de la visión del cielo que tuvo Esteban (Hch. 7:55-56). El libro del Apocalipsis también ofrece un glorioso retrato de los reinos celestiales:

> «Al instante vino sobre mí el Espíritu y vi un trono en el cielo, y a alguien sentado en el trono. El que estaba sentado tenía un aspecto semejante a una piedra de jaspe y de cornalina. Alrededor del trono había un arco iris que se asemejaba a una esmeralda. Rodeaban al trono otros veinticuatro tronos, en los que estaban sentados veinticuatro ancianos vestidos de blanco y con una corona de oro en la cabeza. Del trono salían relámpagos, estruendos y truenos. Delante del trono ardían siete antorchas de fuego, que son los siete espíritus de Dios, y había algo parecido a un mar de vidrio, como de cristal transparente.

En el centro, alrededor del trono, había cuatro seres vivientes cubiertos de ojos por delante y por detrás. El primero de los seres vivientes era semejante a un león; el segundo, a un toro; el tercero tenía rostro como de hombre; el cuarto era semejante a un águila en vuelo. Cada uno de ellos tenía seis alas y estaba cubierto de ojos, por arriba y por debajo de las alas» (Ap. 4:2-8).

En todos estos pasajes se da un cuadro de los cielos que es similar: una magnífica corte real llena de inimaginable gloria y esplendor. En contraste con los cristianos actuales, los creyentes de aquellos días utilizaban muchas y ricas imágenes del cielo. Por supuesto, estas imágenes no eran sino vistazos a dimensiones que exceden toda comprensión humana. No obstante, cuando los escritores bíblicos pensaron en el cielo, no lo hicieron como nosotros lo hacemos, imaginándonos un espacio vacío. Más bien tenían un concepto concreto del cielo. El cielo era el espléndido palacio del divino Rey de Israel, de Dios mismo.

El centrar nuestra atención en Dios, arriba en el cielo, es una faceta importante de muchas oraciones bíblicas. En el Salmo 102:19 leemos:

«Miró el señor desde su altísimo santuario; contempló la tierra desde el cielo».

Este Salmo presenta a Dios en su morada celestial muy por encima de la creación, mirando a sus súbditos sobre la tierra. En otros Salmos encontramos retratos similares (Sal. 53:2; 33:13). El lector moderno frecuentemente pasa por alto estas palabras; su desinterés en el cielo le impide ver lo que las palabras representan. Pero si atendemos a las ricas imágenes del cielo que las palabras nos comunican, comenzamos a comprender que estas representaciones entregan un vasto complejo de ideas referidas al cielo y a la actividad de Dios allá. Una excelente meditación referida al cielo puede ser hallada en el Salmo 104:1-4:

«¡Alaba, alma mía, al Señor!
Señor mi Dios, tú eres grandioso;
  te has revestido de gloria y majestad.
Te cubres de luz como con un manto;
  extiendes los cielos como un velo.
Afirmas sobre las aguas tus altos aposentos
  y haces de las nubes tus carros de guerra.
  ¡Tú cabalgas en las alas del viento!
Haces de los vientos tus mensajeros,

y de las llamas de fuego tus servidores».

Note lo detallada que es la descripción del salmista. Habla del manto de Dios. Medita en la construcción de los aposentos de Dios. Describe su carruaje Je nubes y a sus mensajeros como viento y fuego. Con sólo una mirada fugaz a este pasaje podemos ver que el salmista está intensamente interesado en los detalles del cielo. Las imágenes y los sonidos del cielo cautivan su corazón. Su mente se esfuerza por hallar palabras para expresar su asombro ante la morada divina. Aunque el salmista describe el cielo en términos dé' vestiduras, aposentos y mensajeros humanos, sabe que no hay nada en este mundo que pueda comenzar a compararse con la escena que intenta describir. Semejante meditación ha llevado la imaginación del salmista fuera de este mundo para ponerla en la morada de Dios.

¿Es posible que en la actualidad nuestras oraciones se centren en algo similar? ¿Podemos nosotros mirar también al interior del cielo y ver allí la actividad de Dios? Tenemos que responder en forma negativa a estas preguntas. En primer lugar, al haberse completado el canon de las Escrituras, ya no esperamos revelaciones de parte de Dios como los profetas antiguos. Nuestro conocimiento de Dios y de su voluntad debe ser guiado por las Escrituras. En este sentido ni siquiera debiéramos tratar de intimar con el cielo. Lo que necesitamos saber acerca de Dios y de su voluntad ha sido revelado en las Sagradas Escrituras. En segundo lugar, no debemos identificar nuestras imágenes mentales del cielo con lo que el cielo es en realidad. Dios ha mandado que no hagamos imágenes de él (Ex. 20:4). Este mandamiento también implica que está prohibido pensar que nuestros conceptos mentales pueden captar totalmente lo que es Dios. Siempre debemos recordar que aun vemos «como en un espejo» (1 Co. 13:12).

Aun así, estas limitaciones no implican que los cristianos jamás deberían reflexionar en el cielo. Al contrario, las Escrituras nos mandan dirigir nuestras mentes hacia allí:

«Ya que han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios» (Col. 3:1).

La exhortación del apóstol es clara. Debemos contemplar aquellas cosas que son de arriba, no las de abajo. La oración del Padrenuestro también nos invita a enfocar la atención en el cielo:

«Padre nuestro que estás en el cielo...
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo» *(Mi.* 6:9, 10).

Con frecuencia olvidamos que este mundo es sólo temporal. Con pesadas cadenas, atamos nuestro corazón a las cosas de esta vida, aun en nuestras oraciones. Solamente oramos con respecto de las cosas que ocurren aquí, olvidando dirigir los ojos hacia el cielo.

La contemplación del cielo puede convertirse en una fructífera experiencia de oración. Imagínese el atrio del trono de Dios: las espléndidas imágenes y sonidos de las huestes rodeando el trono, la luz refulgente que sale del trono. Vemos a Cristo sentado junto al Padre disponiéndose a interceder. Nuestro corazón se transporta y oímos las alabanzas de criaturas angelicales exclamando: «Santo, Santo, Santo». Sólo nos queda caer de rodillas. Nos sobrecoge la majestad de la escena, nos invade una inexpresable reverencia. Nos llenamos de gozo. Por unos instantes somos presa del estupor, arrodillados en la misma presencia de Dios. Mientras sea la Escritura la que nos guíe, la meditación en oración sobre las escenas celestiales puede llevarnos a una maravillosa experiencia de la cercanía de Dios. Llenar nuestras oraciones con la meditación detallada de Dios en los cielos puede apartar nuestros corazones de este mundo de muerte para bañarlos en una refrescante comunión con Dios.

En este capítulo hemos considerado los beneficios de centrarnos en la morada de Dios. Si al orar meditamos en su carácter, sus acciones y su morada, seremos bendecidos con un sentido de estar cerca de Dios y de que Dios está cerca de nosotros.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿En qué sentidos habla la Biblia de la presencia de Dios? ¿De qué manera difieren estos? ¿De qué manera son similares?

2. ¿Por qué deberían los cristianos desear una experiencia de intimidad especial con Dios? ¿Qué beneficios podemos encontrar en esta experiencia?

EJERCICIOS

1. Lea Daniel 7:9-10 y Apocalipsis 4:2-8. Haga una lista de por lo menos

cinco realidades celestiales que usted ve y oye. Describa cuan maravillosas son estas cosas en el cielo.

2. Usando tanto como pueda la siguiente guía, escriba una oración de seis a ocho frases que se centre exclusivamente en la maravilla de Dios en el cielo (sin peticiones, sin intercesiones, etc.).

Oh ____
(Titulo o nombre divino)

El cielo está lleno de tu gloria, gloria que va más allá de toda imaginación. Podemos ver. ____
(Describa algunas visiones del cielo)

____

____

Y sentimos ____
(Describa sus reacciones emocionales)

____

Al pensar en tu morada celestial, podemos oír ___________________
(Describa algunos sonidos del cielo)

____

Y también podemos sentir _________________________________
(Describa sus reacciones emocionales)

____

EJERCICIO AMPLIADO

En dos o tres oportunidades, durante la próxima semana dedique tiempo para orar centrándose en Dios en su morada celestial. No haga peticiones. Trate también de incorporar a su oración descripciones tanto del carácter de Dios como de sus acciones. La guía en el ejercicio 2 puede serle de ayuda.

SEGUNDA PARTE

Mirándonos a nosotros mismos

Semana 6

Orando entre la primera y segunda venida de Cristo

¿Ha sentido alguna vez que la oración no guarda relación con la vida real? Después de todo vivimos en un mundo moderno que tiene poca paciencia con la gente que ora. A veces el cinismo del mundo nos hace dudar de que la comunicación con Dios tenga algo que ver con nuestras vidas. Sin darnos cuenta, dudas como esas nos tientan a abandonar la oración en favor de actividades que parecen más productivas, como estudiar la Biblia, evangelizar o ministrar a los pobres. ¿Para qué perder tiempo orando?

La Biblia nos enseña que la oración es tremendamente pertinente. No es tiempo perdido, sino un ingrediente vital en nuestro andar con Cristo.

En este capítulo, vamos a comenzar a explorar las cosas que la Biblia dice sobre la relevancia que la oración tiene para el mundo moderno. En muchos sentidos, la clave de este tema es descubrir cómo se relaciona la oración con los diferentes aspectos de nuestra vida y cómo encaja bien en momentos de felicidad, alegría, tristeza, pesar y dolor. Por esto, ahora debemos centrar nuestra atención en el segundo elemento de nuestra definición: el creyente como fuente de la oración.

LA EXPERIENCIA CRISTIANA

Para entender cuan relevante es la oración, es esencial que estemos conscientes de las diversas dimensiones de la experiencia cristiana. Dios ha diseñado la oración para que nos comuniquemos con él en toda circunstancia. Esto nos lleva a examinar de cerca las muchas facetas de nuestra experiencia. Aprender acerca de la oración en todas estas circunstancias, nos revelará cuan relevante es la oración para cada uno de nosotros.

El plan maestro que Dios hizo para la historia del mundo ha producido

una gran diversidad dentro del género humano. Por ejemplo, la gente del Lejano Oriente, la de Escandinavia y la de África difieren grandemente entre sí. Gran parte de esta variedad se debe al clima, a las costumbres y a los sistemas económicos que encontramos en dichos lugares. Pero aun si se tiene en cuenta a gente de la misma cultura, veremos que tienen distintos trasfondos personales. Un conjunto único de experiencias ha hecho que cada uno de nosotros sea diferente a los que nos rodean. Sin embargo, algunas facetas de la vida son comunes a todas las personas. Digamos que todos vivimos, todos comemos y bebemos, todos respiramos, dormimos y morimos. Estas y otras experiencias comunes constituyen el trasfondo desde el cual podemos apreciar la diversidad de la raza humana.

La vida cristiana también exhibe unidad y diversidad. Todos los creyentes tienen experiencias singulares que contribuyen significativamente a ser lo que son. Unos pertenecen a una denominación, otros a una diferente. Unos transitan por la vida siendo pobres, otros viven en riqueza. Unos están libres de problemas psicológicos, mientras que otros viven toda su vida atormentados por dificultades emocionales. Nuestros diferentes trasfondos establecen el escenario de las muchas diferencias que hay entre nosotros.

Con todo, hay ciertas experiencias que son comunes a todo creyente. El Nuevo Testamento nos enseña que, en gran medida, la vida cristiana es moldeada por el carácter de los tiempos en que nos toca vivir. Por el hecho de servir a Dios en el período comprendido entre la primera y la segunda venida de Cristo, todos tenemos conexiones vitales tanto con el pasado como con el futuro. La cruz es la base de nuestra esperanza en las promesas de Dios, pero dichas promesas no se cumplirán complemente hasta que Cristo vuelva otra vez. Por eso, el tiempo presente es para cada cristiano tanto un tiempo de gran *bendición* como un tiempo de mucha *espera.*

Cuando mi esposa y yo supimos por primera vez que estábamos esperando un bebé, nos llenamos de alegría. El saber que una nueva vida estaba creciendo en ella nos acercó el uno al otro más que nunca antes. Recuerdo claramente la mañana cuando el doctor me permitió escuchar por primera vez el latido del corazón de mi hija. ¡Qué maravilla! Aunque los nueve meses estuvieron llenos de felicidad, también hubo muchas dificultades. Al séptimo y octavo mes ya estábamos ansiosos por ver nacer a

nuestro bebé. Los días y las noches se hacían interminables y nuestros corazones anticipaban con gran anhelo el día del alumbramiento. Saber que un bebé está por nacer puede ser una gran bendición, pero también puede ser un período de larga espera.



Los cristianos viven entre la primera y segunda venida del Señor

La vida cristiana es como esperar un bebé. Hay muchas alegrías ahora en esta vida, pero miramos hacia adelante esperando el amanecer de un día mejor. Esta tensión entre la bendición y la espera es una experiencia común a todos los cristianos (véase la ilustración).

Vivir después de la resurrección de Jesucristo es compartir muchas bendiciones que vienen de Dios. Al haber consumado su obra de redención Cristo repartió muchos dones. El Antiguo Testamento miraba ansiosamente hacia el día de Cristo, como hacia un tiempo de misericordia y salvación para el mundo. Durante su ministerio terrenal, Jesús comenzó a hacer realidad las esperanzas del Antiguo Testamento y a cerrar el abismo que una vez nos separaba de Dios:

> «Por lo tanto, ustedes ya no son extraños ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios» (Ef. 2:19).

Cristo llevó nuestra culpa, para que su justicia llegue a ser nuestra:

> «Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios» (2 Co. 5:21).

Los resultados de la obra de Cristo son maravillosos. Hemos sido bendecidos de muchas maneras:

> «Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en las regiones celestiales con toda bendición espiritual en Cristo» (Ef. 1:3).

En determinados momentos estas bendiciones nos son especialmente

preciosas. Cuando nos sentimos culpables, nos alivia saber que Cristo consiguió el perdón para nosotros. Cuando atravesamos por problemas, el Espíritu nos consuela. Cuando tenemos necesidades físicas, alabamos a Dios por la forma en que las provee. Cuando nos sentimos impotentes en este mundo, nos fortalece saber que Dios ya nos ha sentado con Cristo en el cielo. De una u otra manera, cada creyente conoce alguna dimensión de las bendiciones de esta era. Las bendiciones de vivir después de la primera venida de Cristo se extienden a todos nosotros.

No obstante, la vida en nuestra era también es un tiempo de espera. Aunque Cristo obtuvo grandes victorias para nosotros en su primera venida, nosotros todavía estamos viviendo antes de la culminación de su obra salvadora. Anhelamos el retorno de Cristo porque el pecado todavía nos atribula. A veces nuestras inclinaciones al pecado crean un conflicto interior que no tiene límites:

> «Así que les digo: Vivan por el Espíritu, y no seguirán los deseos de la naturaleza pecaminosa. Porque ésta desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu desea lo que es contrario a ella. Los dos se oponen entre sí, de modo que ustedes no pueden hacer lo que quieren» (Gá. 5:16-17).

También esperamos ver el juicio de Dios contra los malvados y la recompensa de los justos:

> «Dios, que es justo, pagará con sufrimiento a quienes los hacen sufrir a ustedes. Y a ustedes que sufren, les dará descanso, lo mismo que a nosotros. Esto sucederá cuando el Señor Jesús se manifieste desde cielo entre llamas de fuego, con sus poderosos ángeles, para castigar a los que no conocen a Dios ni obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús. Ellos sufrirán el castigo de la destrucción eterna, lejos de la presencia del Señor y de la majestad de su poder, el día que venga para ser glorificado por medio de sus santos y admirado por todos los que hayan creído, entre los cuales están ustedes porque creyeron el testimonio que les dimos» (2 Ts. 1:6-10).

Esperamos la segunda venida de Cristo, pues con ella se dará fin a todo el sufrimiento, dolor y muerte que ahora caracterizan nuestra existencia:

> «Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, lo mismo que el mar. Vi además la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo,

> procedente de Dios, preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido. . . Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir» (Ap. 21:1-2,4).

Miramos hacia el día en que el anticipo de los cielos que se nos dio sea cambiado por la recompensa completa en Cristo.

Cada uno de nosotros tiene una vida diferente. Con todo, sabemos que la experiencia de todos nosotros se caracteriza por una gran tensión: experimentamos lo bueno y lo malo, descanso y dificultades, bendición y espera.



Los cristianos esperan el encuentro con su Señor y salvador. ¿Cómo esperas que sea ese encuentro?

____

____



¿En que puedes basar tu esperanza para el futuro? ¿Por qué?

____

____

RESPONDIENDO CON FE

¿Cómo hemos de responder a esta variedad de experiencias? ¿Cuál debería ser nuestra actitud al reaccionar ante lo bueno y lo malo de la vida? Es lamentable que los cristianos tiendan a irse de un extremo a otro. Por una parte, muchos creyentes están agudamente conscientes de la espera que caracteriza sus vidas, y por eso ponen gran énfasis en los pecados y problemas que les siguen molestando. Esto los hace sombríos, resentidos y negativos frente a la vida. Es difícil que el gozo y el entusiasmo sea parte de sus vidas. Aun cuando las cosas vayan bien, temen ser demasiado felices porque a la vuelta de la esquina los espera otro desencanto.

Debemos reconocer que el ser cristiano no protege a nadie de los sufrimientos. A veces los creyentes dedican tiempo y dinero a una buena causa, sólo para ver después cómo se desmorona. Muchas familias cristianas atraviesan por graves problemas. Todavía nos enfermamos y todavía

morimos. La tristeza es parte de nuestra vida. Sin embargo, la tristeza, la depresión y otras actitudes negativas no tienen por qué ser necesariamente nuestras únicas respuestas a la vida. Una y otra vez, los cristianos atraviesan tremendas dificultades: accidentes, enfermedad, persecución. Pero muchos son capaces de testificar que el amor de Dios les consoló al atravesar esas vicisitudes. Nos ocurren cosas que con frecuencia nos causan reacciones negativas. Con todo, si siempre respondemos a la vida con actitudes negativas, tenemos que preguntarnos a nosotros mismos si no habremos pasado por alto la maravilla de lo que Dios ya ha hecho por nosotros en la primer venida de Cristo. Es por eso que las Escrituras nos dicen:

> «den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús» (1 Ts. 5:18).

La gracia de Dios es capaz de ayudarnos a mantener muchas actitudes positivas, aun en medio del sufrimiento.

Por otra parte, muchos cristianos se equivocan pensando que sólo deben reaccionar a la vida en forma positiva. Sostienen que Dios ya nos ha dado tanto, que cualquier dificultad que sobrevenga es trivial. Desde este punto de vista debiéramos encarar las dificultades, diciendo simplemente: «De todas maneras, alabado sea el Señor». La única respuesta aceptable a la vida es el optimismo. Frustrarse o entristecerse es de cristianos débiles o mundanos.

Este punto de vista pasa por alto el hecho de que aun estamos esperando que Cristo vuelva en gloria. En ocasiones, el mismo Jesús reaccionó negativamente ante la vida. Ante ciertos hechos respondió con tristeza (Jn. 11:33, 34, 38) e incluso con enojo (Mr. 3:5). Tales emociones no siempre son pecaminosas. Hay un texto que incluso nos manda airarnos pero sin pecar (Ef. 4:26). Hay muchas situaciones que merecen reacciones negativas.

Algunas personas tienen más habilidad que otras para ver el lado bueno de las cosas. Con justicia admiramos a quienes pueden mantener una actitud positiva ante la vida, aun en medio de sufrimientos personales. No obstante, tenemos que ser cautelosos. Muchas veces estas mismas personas tratan las penas y dolores de los demás con un despreocupado encogerse de hombros. Cuando ello ocurre, ya no son simplemente positivos respecto de la vida. Más bien se han endurecido en cuanto al dolor del prójimo. La característica de madurez espiritual no es una constante felicidad, sino saber cómo cumplir este mandato:

> «Alégrense con los que están alegres; lloren con los que lloran» (Ro. 12:15).

Siguiendo el ejemplo de Cristo, debiéramos reconocer que a veces es apropiado reaccionar negativamente. Responder a la vida con actitudes exclusivamente positivas, demuestra una ceguera en cuanto al mal que todavía corre desenfrenado por el mundo.

En otras palabras, nuestra diversidad de experiencias debiera producir una variedad de respuestas. Las grandes bendiciones que tenemos en Cristo debieran producir gozo y alegría. Su bondad incluso puede alegrar nuestros corazones en medio de luchas y sufrimientos. Como sea, la respuesta cristiana a la vida debiera ser una respuesta honesta. Así como la vida misma es positiva y negativa, la respuesta cristiana también debe ser positiva y negativa. Las bien conocidas palabras de Eclesiastés hacen un buen resumen del asunto. Conforme al orden de Dios para la vida hay:

> «tiempo de llorar, y tiempo de reír;
> tiempo de endechar, y tiempo de bailar» (3:4).



Menciona algunas de las experiencias que haz llegado a considera como negativas. ____

¿Cómo podrías considerar esas mismas experiencias de otra manera? ____

¿Cómo puede Dios estar en medio de esas experiencias?

ABRIÉNDONOS EN ORACIÓN

Estas dos facetas de la experiencia cristiana plantean un importante interrogante. ¿De qué manera hemos de abordar en oración las dimensiones positivas y negativas de la vida? ¿Es correcto que hablemos con Dios acerca de nuestras actitudes en todas estas condiciones? En muchas partes, la Biblia indica que los cristianos deben estar dispuestos a abrir totalmente sus corazones en la presencia de Dios, cualquiera sea la condición en que se encuentre. Los Salmos nos enseñan que la *honestidad* es vital en la comunicación con Dios. En efecto, podemos ver con toda claridad lo relevante que es la oración para la vida diaria, cuando somos honestos con Dios respecto nuestras actitudes, ya sean positivas o negativas. En los

siguientes capítulos vamos a investigar dimensiones específicas de la honestidad en la oración, pero antes tenemos que considerar algunos temas preliminares.

A lo largo de los Salmos, descubrimos que los creyentes expresaban a Dios sus actitudes positivas mediante acciones de gracias y alabanzas. Cuando ocurre algo bueno los fieles responden con alabanza. Notemos el entusiasmo con que el salmista alaba a Dios:

«Te exaltaré, mi Dios y rey;
por siempre bendeciré tu nombre.
Todos los días te bendeciré;
por siempre alabaré tu nombre.

Grande es el señor, y digno de toda alabanza;
su grandeza es insondable.
Cada generación celebrará tus obras
y proclamará tus proezas.
Se hablará del esplendor de tu gloria y majestad,
y yo meditaré en tus obras maravillosas.
Se hablará del poder de tus portentos,
y yo anunciaré la grandeza de tus obras.
Se proclamará la memoria de tu inmensa bondad,
y se cantará con júbilo tu victoria» (Sal. 145:1-7).

El salmista desborda de gozo. Exclama que para siempre alabará a Dios. Hace votos de exaltar a Dios cada día. Nos dice que está entusiasmado porque ha experimentado las maravillosas bendiciones de las obras de Dios. Finalmente promete meditar y proclamar las maravillosas obras de Dios, y celebrar la abundante bondad de Dios. No cabe duda de que la oración es un canal a través del cual los creyentes le expresan a Dios sus actitudes positivas hacia la vida.

Al mismo tiempo, también encontramos ejemplos de sentimientos negativos en los Salmos. Cuando sobrevienen tiempos difíciles, los salmistas expresan en forma honesta sus reacciones a esas circunstancias. En el Salmo 69:29, el salmista escribe:

«Y a mí, que estoy pobre y adolorido,
que me proteja, oh Dios, tu salvación».

¿Por qué está en tanta agonía? Los versículos anteriores nos informan

que su dolor y angustia son el resultado de experiencias miserables. Su clamor es:

«Sálvame, Dios mío,
que las aguas ya me llegan al cuello.
Me estoy hundiendo en una ciénaga profunda,
y no tengo dónde apoyar el pie.
Estoy en medio de profundas aguas,
y me arrastra la corriente» (vv. 1-2).

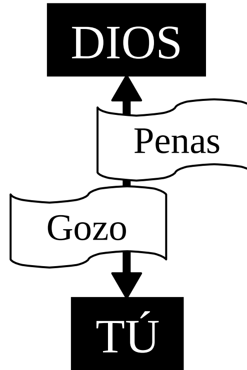
Más aun, después agrega:

«Tú bien sabes cómo me insultan,
me avergüenzan y denigran;
sabes quiénes son mis adversarios» (v. 19).

Por cierto que hacia el final del Salmo, el salmista cambia su actitud y alaba a Dios (vv. 30-36). Sin embargo, la mayor parte de su oración inspirada expresa sentimientos negativos. El salmista se ve a sí mismo hundiéndose en el lodo de falsas acusaciones, burlas y afrentas. Se ve obligado a apretar sus dientes y a esperar que la justicia prevalezca. Pero por el hecho de conocer lo pertinente que es la oración, el salmista dedica mucho tiempo a expresarle a Dios sus sentimientos negativos. Se abre delante de Dios y le comparte sus quejas y también sus alabanzas.

En cierta ocasión visité a un miembro de la iglesia cuya familia estaba atravesando por graves dificultades. El hombre había perdido su trabajo, su situación económica estaba en bancarrota, e incluso parecía que su esposa lo iba a dejar. Al conversar mostraba una agonía y dolor evidentes. Lleno de resentimiento, me contó cómo había hecho todo lo posible, pero que las circunstancias lo habían sobrepasado. Después de un momento, lo invité a que orara conmigo, y cuando comenzó a hablar con Dios cambió totalmente el tono de su voz. Puso cara de contento y comenzó a dar gracias a Dios por sus bendiciones y cuidados. Toda su conducta anterior quedó oculta durante su oración. Luego, inmediatamente después de orar, volvió a su primer estado de ánimo. Palabras de tristeza y frustración fluían de sus labios. Entonces comprendí que al empezar a orar, este hombre había pasado el control al piloto automático. Su oración tenía poco que ver con lo

que había en su corazón. Tan sólo siguió el patrón de lo que tenía como una «buena oración». Lamentablemente muchos de nosotros oramos de la misma manera, pensando que en la oración sólo son aceptables las actitudes positivas de gozo, paz y gratitud. No nos asombremos, entonces, de que nuestras oraciones estén tan poco conectadas con la realidad.



Abrir nuestros corazones a Dios con toda sinceridad

Dios no espera que reprimamos las verdaderas reacciones que tenemos hacia la vida. Así como los salmistas expresaron actitudes positivas y negativas en sus oraciones, también nosotros podemos hacerlo. Antes de acercarnos a Dios en oración, debiéramos examinar primero nuestras actitudes. ¿Cómo nos sentimos respecto de Dios, del mundo que nos rodea y de nosotros mismos? De tanto en tanto descubriremos que tenemos reacciones positivas y negativas a todas estas dimensiones de la vida. Cualquiera sea el caso, en oración debiéramos poner delante de Dios todas nuestras actitudes hacia la vida (véase la ilustración anterior).

Los cristianos vivimos entre la primera y la segunda venida de Cristo. Como resultado, bendición y espera son a la vez características de nuestra vida. La oración debería reflejar ambos lados de esta condición. En efecto, cuando hablamos francamente con Dios, abrimos de par en par la puerta hacia una fructífera y pertinente comunicación con él.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Por qué la experiencia cristiana es un tiempo de bendición? ¿Por qué es un tiempo de espera? ¿Cómo se relaciona esta tensión con la

primera y la segunda venida de Cristo?

2. Como fieles seguidores de Cristo, ¿cómo deberíamos responder a nuestras diversas experiencias? ¿Existen ejemplos en la vida de Cristo de actitudes negativas y positivas?

3. ¿Cómo podemos hacer de la oración un tiempo para abrirnos delante de Dios? ¿Qué base bíblica existe para expresar actitudes positivas y negativas en la oración?

EJERCICIOS

1. Haga una lista de cinco bendiciones que usted haya recibido como resultado de la muerte y la resurrección de Cristo. Haga también una lista de cinco cosas que usted todavía espera recibir de Cristo.

2. Tome las listas del ejercicio anterior y escoja el ejemplo más positivo y el ejemplo más negativo. Escriba una frase expresando sus actitudes hacia estas dimensiones de su vida.

3. Usando tanto como pueda la siguiente guía, escoja una bendición que experimenta la mayoría de los cristianos y una dimensión negativa de la vida por la que también tiene que pasar. Exprese en oración su actitud hacia estas dos áreas.

Señor, tú estás lleno de una gracia maravillosa, asombrados volvemos nuestros ojos a ti porque ________________________________
(nombre una bendición recibida de Dios)

____

Cuando pensamos en esta bendición, sentimos ________________
(mencione una reacción emocional)

____

____

¡Qué bueno eres con nosotros!

Dios, tu estás lleno de amor compasivo, y por eso acudimos a ti para comprender, porque ____________________________________
(describa una experiencia negativa)

____

Al pensar en esta experiencia sentimos ________________________
(Describa una reacción)

____

____

Cuanto necesitamos, cada día, tu misericordia. Amén.

EJERCICIO AMPLIADO

Durante esta semana, ore por lo menos tres veces expresando lo que siente hacia las dimensiones positivas y negativas de su vida. La guía del ejercicio 3 le puede ser ayuda.

Semana 7

En tiempos de prueba

La escena es trágica. Una joven africana yace sentada bajo un ardiente sol, demasiado débil para estar de pie. Las moscas cubren impunemente su rostro. Su vientre hinchado y sus ojos hundidos cuentan la historia. Se está muriendo de hambre. Hace dos días que comió su última ración de pastosa avena, dadas las circunstancias, fue todo un festín.

Finalmente se arrastra hasta la clínica de campaña. Un joven la toma de la mano y la lleva dentro de la carpa. «Quizá es mi turno para comer», piensa ella, «¿pero por qué me están midiendo? ¿Por qué me pesan? ¡Por favor, sólo denme algo de comer!»

En el extremo opuesto de la carpa hay dos salidas. Algunos de los niños son enviados por la salida que da a la izquierda, pero la mayoría son sacados por la derecha. La joven es sacada por la derecha, la suben a un camión y se la llevan. No hay comida suficiente para ella ni para los centenares que pasan a su lado. Lo que pasa es que cuando la comida no alcanza para todos, los más débiles son llevados a otro lugar para que mueran. No es una pesadilla, para algunos en el mundo esta escena es una horrible realidad.

Es difícil ignorar situaciones como esta. Hasta la persona más dichosa, feliz y bien ubicada se siente sacudida al saber de que hay niños que se mueren de hambre. Un cúmulo de sentimientos bullen en nuestro interior. Lamentamos el sufrimiento y la pérdida de vidas. Nos sentimos frustrados por nuestra incapacidad de remediar la situación. Incluso nos preguntamos por qué permite Dios semejante crueldad.

¿Cuál es la mejor forma de manejar estos sentimientos? ¿Existe alguna válvula de escape legítima para los problemas que abaten nuestro corazón? Además de trabajar para encontrar soluciones a tragedias como estas, también debemos volvernos a Dios en oración. En el capítulo anterior vimos que nuestras emociones negativas son parte legítima de la oración. Ahora nos toca establecer directrices que nos permitan hablar con Dios

acerca de nuestros problemas en una forma eficaz.

ACERQUÉMONOS A DIOS EN LA CONDICIÓN EN QUE ESTEMOS

Muchos creyentes insisten que los cristianos deberían estar totalmente satisfechos con las diversas situaciones que les presenta la vida. «Asegúrate de tener la actitud correcta antes de acercarte a Dios», se nos dice. Aunque este principio suena bien, lo cierto es que hará más daño que bien. La Biblia contiene un gran número de oraciones, y muchas de ellas indican con toda claridad de que si estamos atribulados, Dios quiere que nos acerquemos a él en la condición que estemos. Aun cuando nuestro corazón esté profundamente perturbado, Dios quiere que nos acerquemos a él.

Muchos Salmos enseñan que Dios quiere escucharnos cuando estamos agobiados por los problemas de la vida. El Salmo 22 indica con estremecedora claridad que Dios desea que nos acerquemos a él cuando nuestro corazón está atribulado. A todos les resulta familiar la forma en que este Salmo comienza:

«Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has abandonado?» (22: la).

Un sinnúmero de creyentes del Antiguo Testamento pronunciaron estas palabras cuando sufrían dificultades y se sentían lejos de Dios. Hoy las conocemos bien porque Jesús citó esta oración cuando atravesaba la agonía de la cruz (Mt. 27:46). Por cierto que el sufrimiento de Cristo excedió con mucho las dificultades que nosotros encaramos. En la cruz, Jesús sufrió el castigo de Dios por nuestros pecados. Jesús soportó un juicio que nosotros jamás tendremos que enfrentar, gracias a su sacrificio. Con todo, el inmaculado ejemplo de Cristo nos muestra que oraciones como la del Salmo 22 son modelos válidos que nosotros podemos seguir.

En el Salmo 22, el escritor expresa abiertamente muchas actitudes negativas ante la presencia de Dios. *Primero,* el salmista se siente mal acerca de sí mismo. Se mira y no le gusta lo que ve. Habiendo perdido todo sentido de dignidad personal, exclama:

«Pero yo, gusano soy y no hombre» (v. 6a).

Además describe su deplorable condición física:

«Como agua he sido derramado;
dislocados están todos mis huesos.
Mi corazón se ha vuelto como cera,
y se derrite en mis entrañas.
Se ha secado mi vigor como una teja;
la lengua se me pega al paladar.
¡Me has hundido en el polvo de la muerte!» (vv. 14-15).

En muchos otros Salmos podemos encontrar expresiones similares, por ejemplo en el Salmo 55:2 leemos:

«¡Óyeme y respóndeme,
porque mis angustias me perturban».

Por medio de ejemplos como estos (véase también los Salmos 69:2; 90:10) podemos identificar una de las fuentes de nuestros problemas en la vida. Nos lamentamos de nuestra propia condición. Nos quejamos de nuestra desilusión y desánimo. Estamos frustrados y perplejos. No percibimos la dignidad que tenemos como criaturas hechas a la imagen de Dios.

Segundo, el salmista expresa disgusto por las circunstancias por las que atraviesa. Le cuenta a Dios acerca de la burla que recibe:

«la gente se burla de mí,
el pueblo me desprecia.
Cuantos me ven, se ríen de mí;
lanzan insultos, meneando la cabeza» (22:6b-7).

A sus enemigos los describe como bestias poderosas y viciadas:

«Muchos toros me rodean;
fuertes todos de Basan me cercan.

Como perros de presa, me han rodeado;
me ha cercado una banda de malvados» (22:12, 16).

Otros Salmos nos describen circunstancias similares. En el Salmo 55, el autor afirma que su actitud atribulada es resultado de las acciones de quienes lo rodean:

«¡... mis angustias me perturban!
me aterran las amenazas del enemigo,
  y la opresión de los impíos,
pues me causan sufrimiento
  y en su enojo me insultan» (vv. 2b-3).

En la actualidad, también se levantan contra nosotros acusaciones falsas, se nos despide del trabajo, amigos nos traicionan, ocurren accidentes, seres queridos sufren y mueren. Todas estas circunstancias pueden desalentarnos profundamente. Nos llenamos de sufrimiento y frustración. Los Salmos nos enseñan a llevarle a Dios las frustraciones que tenemos con el mundo que nos rodea. Dios no sólo está interesado en lo que pensamos de nosotros mismos. También quiere que le hablemos de nuestras actitudes hacia las circunstancias adversas que tenemos que vivir.

Tercero, el salmista también expresa la angustia que siente respecto a Dios mismo. El Salmo 22 comienza con la pregunta:

«Dios mío, Dios mío,
  ¿por qué me has abandonado?
Lejos estás para salvarme,
  lejos de mis palabras de lamento.
Dios mío, clamo de día y no me respondes;
  clamo de noche y no hallo reposo» (vv. 1 -2).

La principal preocupación de estos versículos es que aparentemente Dios no quiere responder a la oración del salmista. Aunque no está en juego la santidad de Dios, según el limitado punto de vista que el salmista tiene de la realidad por la que atraviesa, las circunstancias presentes están en agudo contraste con el modo de obrar de Dios en el pasado. En el pasado, cuando Israel clamaba desde su tribulación, Dios respondía:

«En ti confiaron nuestros padres;
  confiaron, y tú los libraste;
a ti clamaron, y tú los salvaste;
  se apoyaron en ti, y no los defraudaste» (vv. 4-5).

Sin embargo, en la vida del salmista Dios pareciera estar silencioso e inactivo. El decaimiento del salmista es tanto mayor al tener en cuenta su larga relación con Dios:

«Fui puesto a tu cuidado
  desde antes de nacer;
desde el vientre de mi madre
  mi Dios eres tú» (v. 10).

Es por ese motivo que clama:

«No te alejes de mí,
  porque la angustia está cerca
  y no hay nadie que me ayude» (v. 11).

Aquí es preciso tener cuidado. El salmista nunca apoya la idea de que sin respeto nos enojemos o nos rebelemos al orar. Por el contrario, la devoción de los salmistas hacia Dios es evidente en su constante pedirle ayuda en las circunstancias desesperantes. Todo padre sabe cuándo un niño lo desafía y cuándo patalea y grita caprichoso, si no le dan lo que quiere. Pero el mismo padre sabe también discernir el llanto de confusión y desaliento de un niño que busca respuestas a circunstancias frustrantes y confusas. Lo mismo ocurre con Dios. Él sabe bien cuándo nos rebelamos y cuándo buscamos su ayuda en situaciones desesperantes. En este sentido, las Escrituras nos alientan a abrirnos en cuanto a nuestras actitudes hacia Dios. Además de presentarnos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea, al orar podemos comunicarle nuestras dudas y frustraciones acerca de Dios mismo.

Desafortunadamente los cristianos muchas veces tratan de ocultar sus verdaderas actitudes delante de Dios. A veces, en la vida diaria nos esforzamos por ocultarle a nuestros amigos la condición de nuestro corazón. Incluso esposos y esposas pueden negarse a abrirse el uno al otro. De la misma manera, muchas veces ponemos buena cara cuando nos acercamos a Dios, en un intento de encubrir las actitudes que nos parecen impropias. Sin embargo, Dios conoce nuestro corazón. Quizá a otras personas podemos engañar con sonrisas y palabrería, pero Dios sabe lo que nos atribula. Por eso, es mejor expresar honestamente estas actitudes en oración que tratar de ocultarlas delante Dios. La oración es un canal para expresarle a Dios la confusión y los problemas que inevitablemente penetran la vida de toda persona.



¿Qué te gustaría decirle a Dios con respecto a lo que te hace sentir mal? ______________________________________

____

EXPRESÉMONOS CON PALABRAS

A muchos cristianos les resulta difícil expresar con palabras sus problemas cuando están orando. En casa y en la iglesia, nos imaginamos que en oración sólo es aceptable expresar palabras positivas, de manera que nunca aprendemos cómo expresar nuestras actitudes negativas hacia Dios. El Salmo 22 nos provee algunos criterios que pueden ayudarnos a comunicarnos con más eficiencia en este sentido.

Note la forma particular con la que el salmista habla de sí mismo. No dice simplemente, «Señor, estoy triste», sino que utiliza un número de imágenes que le sirven para pintar un vivo retrato de sí mismo. Habla de sí como de un gusano (22:6). Tan mala es su condición, que ya no se considera un ser humano. Se describe a sí mismo como cera que se derrite (22:14). Sus problemas lo han privado de fuerza. Se ve a sí mismo como alguien que se muere de hambre (22:17). Su dolor lo ha privado de toda autoestima. A lo largo del Salmo encontramos imágenes trazadas con detalles dramáticos y memorables.

En nuestras oraciones también nosotros podemos usar imágenes vivas y descripciones detalladas de nuestra condición. Si alguien nos rechaza, nos sentimos como inútil desecho. Si así nos sentimos, debiéramos expresar ese sentimiento en oración. Debemos hablar de que nos sentimos inútiles. Los cristianos que sufren soledad pueden sentir que se van marchitando como plantas sin riego. Si así es, debieran comunicar con palabras dramáticas la aguda necesidad de tener un amigo o amiga. La oración nos da la oportunidad de decirle a Dios cómo pensamos de nosotros mismos. Retratos perturbantes de nuestra vida nos pueden ayudar a depositar nuestras cargas a los pies de Cristo y a abrirnos más plenamente a su consuelo y sanidad.

Es así como el salmista describe sus problemas en cuanto a las circunstancias que enfrenta. No se limita a decir: «Señor, aquí abajo las cosas están bastante mal»; en cambio, habla de cómo otros se burlan de él (22:7). Va al extremo de citar la burla que le hacen:

> «Éste confía en el señor,
> ¡pues que el señor lo ponga a salvo!
> Ya que en él se deleita,
> ¡que sea él quien lo libre!» (22:8).

Luego usa metáforas de toros y leones para describir a sus enfurecidos enemigos (22:12-13). Menciona cómo juegan al azar con su ropa:

> «Se reparten entre ellos mis vestidos
> y sobre mi ropa echan suertes» (22:18).

Note los detalles con que el salmista describe sus circunstancias. Nosotros también somos invitados a relatar detallada y dramáticamente lo que ocurre en nuestras vidas. Podemos hablar detalladamente con Dios de nuestras circunstancias, mencionando desde las irritaciones menores hasta las grandes crisis.

Observe la forma en que el salmista expresa sus actitudes hacia Dios. Se dirige a él en forma personal e intensa, llamándolo: «Dios mío, Dios mío» (22:1). Luego subraya de qué manera las obras de Dios parecieran estar fuera de lugar con la relación personal que tiene con Dios. Afirma que Dios no va a responder a sus oraciones aunque clame de día y de noche (22:2). Destaca la diferencia que se da entre las obras de Dios en el presente y su forma de obrar con Israel en el pasado (22:4-5). También traza un contraste entre su relación anterior con Dios y sus actuales condiciones (22:9-10). El salmista se encuentra confuso y frustrado. El comportamiento de Dios pareciera contradecir su naturaleza divina y sus promesas. Muchas veces nos planteamos el mismo tipo de preguntas que el salmista. A través de detalladas descripciones de la obra de Dios para con nosotros podemos abrirnos más plenamente a él en nuestras oraciones.

Todo creyente tiene que encontrar su propia manera de comunicarle a Dios sus problemas por medio de la oración. Personas diferentes expresarán en forma distinta sus actitudes. Si nuestras oraciones han de ser las expresiones de nuestro corazón, deberán de llevar las marcas de nuestra propia personalidad y de nuestros intereses. No obstante, el ejemplo del Salmo 22 nos demuestra que cuánto más detallados y más dramáticos seamos, tanto mejor comunicaremos nuestros problemas. Consecuentemente, al orar tenemos que prestar cuidadosa atención a nuestros lamentos acerca de nosotros mismos, a nuestras circunstancias y a nuestro Dios.



Utiliza una imagen que te pueda ayudar a conceptualizar una situación difícil. ____________________________________

LÍMITES A LOS SENTIMIENTOS NEGATIVOS

Aunque la honestidad es esencial para la oración, muchas partes de las Escrituras indican que no debemos excedernos al expresar nuestros sentimientos negativos. La libertad desenfrenada lleva al exceso. Expresar nuestros problemas a Dios, fácilmente nos podría llevar a la rebelión contra él. Por eso, es preciso atender la advertencia que nos dan las Escrituras acerca de murmurar irreverentemente contra Dios. Por ejemplo, el Salmo 95:7b-9 nos advierte solemnemente:

> «Si ustedes escuchan hoy su voz,
> no endurezcan el corazón, como en Meriba,
> como aquel día en Masa, en el desierto,
> cuando sus antepasados me tentaron,
> cuando me pusieron a prueba,
> a pesar de haber visto mis obras».

El Nuevo Testamento también nos exhorta a que evitemos el ejemplo de Israel en el desierto:

> «Ni murmuren contra Dios, como lo hicieron algunos y sucumbieron a manos del ángel destructor» (1 Co. 10:10).

Ambos pasajes nos exhortan a que no imitemos las rebeldes murmuraciones de los israelitas.

Si comparamos las murmuraciones de los israelitas en Éxodo y Números con lo que encontramos en el Salmo 22, podremos establecer límites para nuestras actitudes negativas. Las expresiones de nuestros problemas en la oración están sujetas a por lo menos tres limitaciones.

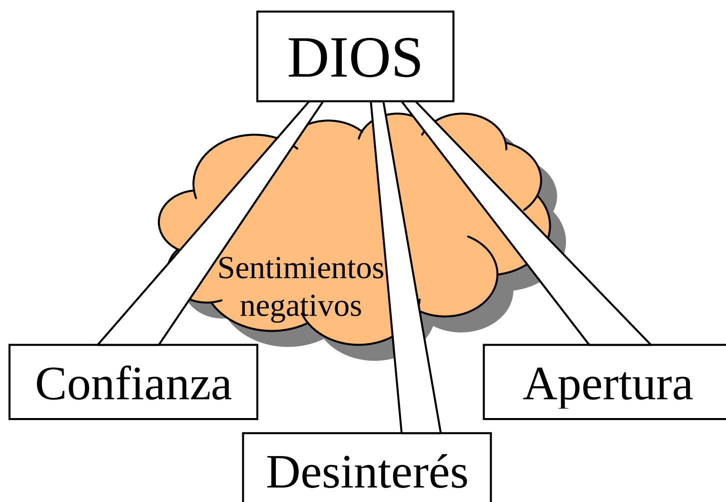
Primero, ***debemos mantener nuestra confianza fundamental en la bondad de Dios***. En su travesía por el desierto, muchas de las quejas de los israelitas ponían en duda la fidelidad de Dios (p.ej., Ex. 17:2,7). En efecto, abandonaron la fe para tomar una actitud rebelde. Por el contrario, en el Salmo 22 el salmista nunca abandona su convicción de que Dios es digno de confianza. Demuestra su lealtad a Dios dirigiéndose directamente a él en busca de ayuda. Confía que, a pesar de las experiencias difíciles por las que atraviesa, de alguna manera Dios sigue estando personalmente preocupado por él. Cuando encaramos situaciones que nos ocultan la fidelidad de Dios,

debemos comunicarle nuestras dudas y preocupaciones. Sin embargo, no importa qué problemas tengamos, debemos recordar siempre de que Dios es fiel. En este tipo de oraciones no estamos poniendo en duda la realidad del amor de Dios. Más bien le preguntamos cómo es que ciertos acontecimientos determinados armonizan con su amor. De esta forma podemos traer profundos lamentos ante Dios sin negar su santidad y fidelidad. Hablamos honestamente con Dios, esperando que una vez más nos muestre su bondad.

Segundo, ***la expresión de actitudes negativas en oración no debe venir motivada por la avaricia o el egoísmo***. En el desierto los israelitas no se conformaron con el maná que Dios les proveía. Se quejaban por no tener el lujo de la carne (Nm. 11:4-35). Esta codicia está en agudo contraste con la actitud del Salmo 22. El salmista se acerca a Dios con una necesidad genuina, no con un deseo de obtener lujos. Se están burlando del salmista, están amenazando y abusando de él. No demanda riqueza ni fama. Sus necesidades son genuinas y su actitud negativa procede de un deseo por que prevalezca la justicia. Cuando le expresamos a Dios nuestras actitudes negativas, debemos de estar seguros de que apuntamos a nuestras necesidades y no a deseos egoístas. La codicia puede ser un cáncer mordaz en la oración. Puede transformar el ruego de un humilde niño en el berrinche de un mocoso malcriado. Nos quejamos por no tener una casa nueva. Nos quejamos por que no podemos comprar la ropa costosa que queremos. Murmuramos porque no logramos tomarnos unas vacaciones espectaculares. Estos podrían ser placeres sanos, si los disfrutamos por la providencia de Dios. Sin embargo, no debemos tentar a Dios quejándonos por no tener más, cuando ya es tanto lo que tenemos. Tenemos que excluir las quejas egoístas de nuestras oraciones.

Tercero, ***los sentimientos negativos tienen que venir acompañados de una actitud abierta para recibir con gratitud la respuesta de Dios***. En el desierto, los israelitas muchas veces murmuren contra algún mandamiento de Dios (Nm. 14:1-15). No estaban dispuestos a ser instruidos o corregidos en asuntos que les concernían. El Salmo 22 exhibe una actitud diferente. El salmista se acerca a Dios con preguntas y quejas, pero también con una disposición de escuchar y aprender de Dios. Después de veintiún versículos de intensa queja y petición sus actitudes cambian. Ahora promete:

«Proclamaré tu nombre a mis hermanos;
en medio de la congregación te alabaré» (v. 22).



Hay tres cosas que ponen límites a la expresión de sentimientos negativos

Como veremos en un capítulo posterior, esta transformación probablemente fue resultado de una palabra de seguridad que el salmista recibió por medio de un sacerdote, tal como Eli lo hizo con Ana (1 S. 1:17), y como Jahaziel habló a Josafat (2 Cr. 20:15-17). Como sea, las palabras de alabanza del salmista demuestran que está dispuesto a que su actitud sea cambiada por la obra de Dios. No fue obstinado ni rebelde. Buscó a Dios en sus problemas y gozosamente recibió su bendición. En la actualidad debemos evitar las quejas obstinadas. El Espíritu Santo usa muchos medios para asegurarnos que Dios nos ama. El meditar en la Escritura, el aliento que recibimos de amigos creyentes y nuestra propia lucha interior con los problemas, todo esto nos ayuda a ver que Dios todavía se preocupa de nosotros. Como el salmista, tenemos que estar dispuestos a que Dios nos enseñe. Si nos abrimos a la obra de Espíritu Santo, la oración puede proveernos de nuevas perspectivas y enfoques de la vida, nuevos discernimientos que nos darán nuevas actitudes. Dios nos invita a expresar nuestros sentimientos negativos ante él, pero también debemos estar dispuestos a recibir su ayuda y provisión (véase la ilustración).

En este capítulo, hemos visto una dimensión vital de la comunicación con Dios. La oración es un medio por el cual podemos expresarle a Dios, con honestidad y devoción, nuestros más profundos problemas. Al aprender a hacerlo de esta manera, descubriremos que la oración puede ser una fuente de fortaleza y de aliento en tiempos de prueba.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Por qué muchos cristianos piensan que es malo orar si nuestras actitudes no son enteramente positivas? ¿Qué evidencia bíblica nos autoriza a dejar que nuestros atribulados corazones se expresen en oración?¿En qué tres cosas se concentra nuestro corazón atribulado?
2. ¿Qué técnicas usaron los salmistas para comunicar con eficacia los problemas que encaraban? ¿Cómo podemos imitarlos en la actualidad?
3. ¿Cuáles son las tres limitaciones importantes que deben controlar nuestra vida cuando expresamos en oración nuestros problemas? ¿De qué manera nos ayudan las historias de la travesía de Israel por el desierto para formular estas limitaciones?

EJERCICIOS

1. Mencione una cosa que le preocupa acerca de sí mismo, sus circunstancias y acerca de Dios. Usando los criterios presentados en este capítulo, describa cómo cada una de estas tres actitudes negativas en su vida puede ser un motivo legítimo o ilegítimo para la oración.
2. Escoja uno de los puntos legítimos mencionados en el ejercicio 1, y en tres o cuatro oraciones gramaticales describa su actitud negativa. Asegúrese de usar palabras detalladas y dramáticas para expresar su auténtica actitud hacia el asunto.
3. Escriba una oración de seis a ocho oraciones gramaticales, que se centre en un motivo de preocupación conocido por la mayoría de la gente (por ejemplo, el hambre, la guerra, problemas económicos, enfermedad, etc.)- En lo posible, use la guía que viene a continuación.

Santo Señor, tú eres ____
(descripción de Dios)

____

____

Pero cuando pensamos en ____
(mencione un problema específico)

____

____

Nuestro Corazón ____
(describa una reacción emocional)

____

____

Vemos que ____
(describa imágenes de lo que ocurre)

____

También oímos que ____
(describa sonidos de lo que ocurre)

____

Todo esto nos preocupa porque ____________________________________

____

En nuestro desamparo nos volvemos a ti para que tú _________________

________________. Óyenos, oh Señor, y ven en nuestro auxilio. Amén.

EJERCICIO AMPLIADO

En esta semana ore por lo menos tres veces con el propósito exclusivo de expresar a Dios lo preocupado que usted está por algo que ocurre en su vida. Tenga cuidado de ser honesto y dramático.

Semana 8

En tiempos de gozo

Después de esperar varios años, una joven pareja estaba por adoptar al bebé que habían anhelado durante tanto tiempo. Prolongadas entrevistas e innumerables formularios no pudieron empañar su entusiasmo. Se llenaron de rebosante gozo al anticipar la presencia de la pequeña en su hogar. Cuando finalmente arribó el bebé todo parecía perfecto, hasta tenía actitudes muy tiernas justo en el momento indicado. Sonrió para sus abuelos y vecinos. La joven pareja no podía haber estado más feliz. Pero a las dos de la mañana del día siguiente comenzaron los problemas. El bebé lloraba y lloraba. La noche siguiente pasó lo mismo, y tuvieron que tenerlo en brazos durante toda la noche. A la tercera noche sin dormir, el exhausto padre le comentó a su esposa: «Querida, yo creía que este bebé nos iba a hacer felices, pero no hace más que causar problemas».

Los padres con experiencia tendrán reacciones distintas a esta historia. Entienden que ser padres es trabajo duro que requiere dedicación. Pero también se preguntarán acerca de la actitud del padre. ¿Es necesario que el bebé sea perfecto para que este padre pueda gozarse en el precioso don que Dios le ha dado? ¿Acaso no puede maravillarse ante su hija, aun cuando le signifique muchos sacrificios? Pareciera como si este padre hubiese perdido de vista la hermosura de su bebé. Las dificultades que encaraba le robaron su gozo.

Podemos apresurarnos y criticar a este padre ingrato, pero muchos de nosotros tenemos una visión igualmente empañada en otras áreas de la vida. Nosotros también somos objeto de tremendas bendiciones, pero no las gozamos plenamente por causa de los problemas que persisten en nuestras vidas. Tenemos una maravillosa comida pero nos quejamos por tener que lavar los platos. Tenemos un hermoso hogar, pero nos quejamos cuando nos toca cortar el césped. Tenemos cuerpos sanos pero nos lamentamos por el color de nuestro cabello. En consecuencia, todos debiéramos mirar

atentamente a nuestras actitudes. ¿Cuáles son las dichas que podemos esperar por el hecho de ser creyentes? ¿Cómo haremos que estas actitudes sean parte de nuestras oraciones?

DOS CLASES DE DICHA

Cuando hablamos de la dicha cristiana, vienen a la mente una variedad de experiencias. Primero recordamos todas las ocasiones en que Dios nos concedió una dicha, llena de quietud y paz, en medio de los problemas. Muy hondo en nuestra alma Dios ha establecido la confianza de que nunca nos dejará solos. Aun cuando la vida nos presenta dificultades y problemas, sabemos que Cristo está con nosotros:

> «Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo» (Mt. 28:20b).

Según las palabras del salmista:

> «Aun si voy por valles tenebrosos,
> no temo peligro alguno
> porque tú estás a mi lado;
> tu vara de pastor me reconforta» (Sal. 23:4).

Aun cuando por todos lados nos asalten las dificultades, nunca podrán destruir completamente la paz interior que viene de la fe. La confianza en el poder de Dios nos sostiene y nos hace victoriosos, aun en la aparente derrota:

> «¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia? Así está escrito:
>
> 'Por tu causa nos vemos amenazados de muerte todo el día; nos tratan como ovejas destinadas al matadero'.
>
> Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Ro. 8:35-37).

Los no creyentes a menudo tratan de ignorar los tormentos de la vida, pero pocas veces logran ignorarlos para siempre. En algún momento de la vida, las personas sin fe en Cristo colapsan desesperadas, porque no tienen base para sostener alguna esperanza. En contraste, los cristianos pueden

sobrevivir estas pruebas con la paz y el gozo de conocer el amor de Dios. Cuando los niños se enferman, descansan en los brazos de sus amorosos padres. El cuidado paterno los aquieta y les levanta el espíritu. Como hijos de Dios, nosotros experimentamos un consuelo y una paz similar sabiendo que los brazos de nuestro Padre celestial nos rodean. En este sentido, el gozo cristiano es una simple y tranquila confianza en la fidelidad del Señor. Encaramos problema pero nos gozamos en el cuidado que Dios tiene de nosotros.

Segundo, la maravilla de ser un hijo de Dios no consiste meramente en tener paz interior en medio de las dificultades. A veces las bendiciones de Dios son tan extraordinarias, que nos invade un gran entusiasmo. A veces nos suceden cosas maravillosas. Por ejemplo, el nacimiento de un bebé sanito, la repentina recuperación de un amigo enfermo, algún gran logro en la vida. Reconocer la maravilla de estos acontecimientos hace que nuestros corazones rebosen de gozo. En efecto, los males de la vida parecieran desvanecerse ante nuestros ojos, mientras nos sumergimos en el esplendor de ese momento. Así como el sol naciente disipa las sombras de la noche, las bendiciones especiales de Dios pueden transformar las tinieblas en gloriosa delicia.

Este tipo de gozo se manifiesta en el entusiasmo del salmista, cuando dice:

> «Alaben a Dios en su santuario,
>   alábenlo en su poderoso firmamento.
> Alábenlo por sus proezas,
>   alábenlo por su inmensa grandeza.
> Alábenlo con sonido de trompeta,
>   alábenlo con el arpa y la lira.
> Alábenlo con panderos y danzas,
>   alábenlo con cuerdas y flautas.
> Alábenlo con címbalos sonoros,
>   alábenlo con címbalos resonantes.
> ¡Que todo lo que respira alabe al señor!» (Sal. 150: la-6b).

Considere el entusiasmo expresado en este Salmo. El salmista no se limita a murmullar un simple «gracias, Señor». Está tan sobrecogido por la bondad de Dios, que con todo su entusiasmo invita a todo el mundo a alabar a Dios. Comienza invitando a los cielos y a la tierra. Anuncia que la base para la

alabanza es la obra y el carácter de Dios. Incluso enumera los muchos instrumentos de alabanza en la adoración del templo. Luego con el mismo entusiasmo concluye:

> «¡Que todo lo que respira alabe al señor!» (v. 6).

El cuadro pintado en este pasaje no es el de un niño que descansa plácidamente en los brazos paternos, sino el de un hijo de Dios que da saltos, lleno del desbordante gozo y entusiasmo propios de una mañana de Navidad. Ni siquiera se mencionan las dificultades que ciertamente rodean al salmista. Han sido momentáneamente olvidadas. Sus problemas dan lugar al pleno regocijo en Dios. En este sentido el gozo cristiano puede ser una exuberante delicia en Dios.

La mayoría de los creyentes puede testificar de haber experimentado momentos de una quieta felicidad en Cristo. En cambio, es menos frecuente oír de un espíritu de exuberante celebración que cautiva el corazón de los creyentes. En el mejor de los casos, para la mayoría de los cristianos la vida cotidiana es mediocre; con frecuencia es más bien miserable. Aun cuando ocurren bendiciones dignas de mencionarse, sólo ven las responsabilidades y problemas que seguramente seguirán. Pase lo que pase, no tienen la capacidad de deleitarse mucho en la vida.

Recuerdo haber escuchado a un pastor que tenía el siguiente punto de vista. Le decía a su congregación que los cristianos nunca deben esperar tener mayor felicidad que la de los incrédulos. En lo que a él concernía, la vida en este mundo era simplemente miserable, y cuanto antes uno lo admitiera, mejor. Su mensaje reflejaba más la terrible condición de su propia vida que las posibilidades que Cristo nos ofrece. Era un hombre atribulado y su teología era incapaz de ayudarle. No esperaba tener gozo en la vida, y aparentemente nunca lo tuvo. Muchos cristianos viven toda su vida negándose las alegrías que Dios concede.

Peor aun, la ausencia de un gozo exuberante eventualmente puede llevarnos a un pesimismo avasallante. Luego el pesimismo nos conduce rápidamente a una resignación en cuanto a temas religiosos, lo que a su vez conduce a una completa apatía por la causa de Cristo. En este estado, algunos creyentes desanimados incluso continúan el descenso hasta arribar a la apostasía total. La experiencia ocasional de gozo exuberante en Cristo no

es un lujo opcional, es parte vital de nuestra experiencia cristiana y nos empuja a seguir en el servicio de Cristo.

Es así que podemos hablar del gozo cristiano en por lo menos dos sentidos: una quieta confianza en la protección de Cristo, y un exuberante regocijo por sus maravillosas bendiciones. Ambas dimensiones de este gozo son preciosas e indispensables a la vida cristiana.



Menciona algunas razones por las que puedes confiar en la protección de Dios.

____

____



Piensa en algunas cosas que Dios te ha brindado a ti y/o a tu familia y que son motivo de gozo.

____

____

UN CAMINO HACIA LA DICHA

Hay muchas barreras que nos impiden experimentar la dicha cristiana. Las desilusiones traumáticas nos impiden deleitarnos plenamente en la gracia de Dios. Sentimientos de culpa, causados por el pecado, también empañan nuestra apreciación de las bendiciones de Dios. A veces los problemas de la vida nos acarrean tanta miseria, que pareciera que siempre estaremos bajo su carga. Aunque algunos grupos cristianos pretenden tener el secreto de la felicidad constante, lo que ofrecen son soluciones simplistas y de corto aliento. A pesar de la sinceridad de dichos intentos, no se obtienen los resultados esperados. La vida sigue arrojando obstáculos en nuestro camino. Todavía tenemos cargas que pesan sobre nuestros hombros. Todavía tenemos luchas. La única forma de estar del todo libres de dificultades sería separarnos completamente de la realidad. Siendo esto así, ¿cómo podemos llegar a tener gozo en nuestra vida? ¿Existe un camino al gozo?

Los Salmos están llenos de ejemplos de creyentes que usaron la oración como un camino al gozo. Como hemos visto en los capítulos anteriores, los salmistas expresan sus lamentos en la presencia de Dios, pero su franca exhibición de sentimientos negativos muchas veces les condujo a un redescubrimiento del gozo. Por ejemplo, el Salmo 59 comienza con una profunda desesperación:

«¡Mira cómo me acechan!
Hombres crueles conspiran contra mí
  sin que yo, señor, haya delinquido ni pecado.
Presurosos se disponen a atacarme
  sin que yo haya cometido mal alguno» (vv. 3-4).

Pero hacia el fin del Salmo emerge una actitud diferente:

«A ti, fortaleza mía, te cantaré salmos,
  pues tú, oh Dios, eres mi protector.
  ¡Tú eres el Dios que me ama!» (v. 17).

De igual manera el Salmo 13 comienza revelando un espíritu atribulado:

«¿Hasta cuándo he de estar angustiado
  y de sufrir cada día en mi corazón?
¿Hasta cuando el enemigo me seguirá dominando?» (v. 2).

Pero la misma oración termina con una gozosa proclamación de alabanza:

«Pero yo confío en tu gran amor;
  mi corazón se alegra en tu salvación.
Canto salmos al señor.
  ¡El señor ha sido bueno conmigo!» (vv. 5-6).

En los Salmos encontramos innumerables ejemplos de este patrón. Aunque la mayoría de los Salmos terminan en gozo, hay una excepción sobresaliente. El Salmo 88 comienza en tono totalmente negativo. Comienza con problemas:

«señor, Dios de mi salvación,
  día y noche clamo en presencia tuya» (v. 1).

Y termina de la misma manera:

«Me has quitado amigos y seres queridos;

ahora sólo tengo amistad con las tinieblas» (v. 18).

El Salmo 88 nos muestra que la oración no es una pildora mágica de gozo. No debemos pensar que hablar con Dios pondrá fin a nuestros lamentos en forma automática. Algunas tribulaciones nos acompañan por mucho tiempo. Incluso el apóstol Pablo tuvo que aprender a vivir con «una espina. . . clavada en el cuerpo», tal como lo dice:

> «Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo: Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad'» (2Co. 12:8-9).

Algunas formas de dificultad nos acompañan incluso hasta la muerte.

No obstante, la forma positiva en la que termina la mayoría de los Salmos, nos indica claramente que la oración puede ser un camino eficaz para descubrir el gozo. Los ejemplos de tantos Salmos nos enseñan que el gozo debe ser una meta que debemos luchar por alcanzar en oración. Nos aseguran que la oración realmente puede ayudarnos a vencer la carga de nuestros problemas.

El Salmo 73 relata la experiencia de un salmista. Nos cuenta de su búsqueda de entendimiento:

> «Sentí envidia de los arrogantes,
> al ver la prosperidad de esos malvados.
> Ellos no tienen ningún problema;
> su cuerpo está fuerte y saludable.
> Libres están de los afanes de todos;
> no les afectan los infortunios humanos.
> Por eso lucen su orgullo como un collar,
> y hacen gala de su violencia.
> ¡Están que revientan de malicia,
> y hasta se les ven sus malas intenciones!
> Son burlones, hablan con doblez,
> y arrogantes oprimen y amenazan.
> Con la boca increpan al cielo,
> con la lengua dominan la tierra.
> Por eso la gente acude a ellos
> y cree todo lo que afirman.
> Hasta dicen: '¿Cómo puede Dios saberlo?
> ¿Acaso el Altísimo tiene entendimiento? (vv.3-11)

A juzgar por lo que el salmista puede ver, los incrédulos viven en sus pecados, pero no sufren ningún problema. En palabras del salmista:

> «Así son los impíos;
> sin afanarse, aumentan sus riquezas» (v. 12).

Lo que observa le causa frustración:

> «Cuando traté de comprender todo esto,
> me resultó una carga insoportable» (v. 16).

Pero luego también cuenta cómo encontró una solución a su dilema:

> «hasta que entré en el santuario de Dios:
> allí comprendí cuál será el destino de los malvados» (v. 17).

El salmista no intentó solucionar el problema por su propia cuenta. Ni se limitó a discutir el asunto con sus amigos, como muchas veces lo hacemos nosotros. Más bien se acercó a Dios para resolver sus interrogantes. Entró al santuario, oró y encontró la respuesta. En adoración y oración sus ojos fueron abiertos a la realidad. Dios le recordó el destino final de los malvados y entonces su atribulado corazón encontró alivio.

En la actualidad también nosotros debemos buscar el gozo en la oración. Pablo le dice a los filipenses:

> «Alégrense siempre en el Señor. Insisto: ¡Alégrense!» (Fil. 4:4).

Pero note cuál es la forma que Pablo aconseja para lograr esa actitud de regocijo:

> «No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús» (Fil. 4:6-7).

Cuando estamos llenos de ansiedad o atribulados, debemos buscar a Dios y echar nuestras preocupaciones a sus pies. Si centramos nuestro corazón en la Palabra de Dios y nos abrimos al ministerio del Espíritu Santo, la oración puede convertirse en un maravilloso sendero hacia el gozo.

LA EXPRESIÓN DEL GOZO

La oración no es solamente un sendero hacia el gozo, sino también es una oportunidad para expresarlo. En las oraciones bíblicas encontramos tanto una dicha serena como un gozo exuberante. Así como los problemas ocupan una parte prominente de muchos Salmos, también lo hacen las expresiones de gozo. Es lamentable que hoy las oraciones de muchos creyentes no enfaticen el gozo. Grupos completos de creyentes pueden pasar largos períodos de oración casi sin dar expresiones de felicidad. En el mejor de los casos, al pasar expresamos nuestra gratitud con una o dos frases. Sin embargo, aun estos esfuerzos con frecuencia son tan limitados, que difícilmente se comparan con los ejemplos de regocijo que encontramos en la Biblia.

Una razón por la que descuidamos esta dimensión de la oración es que ponemos demasiado énfasis en nuestras preocupaciones y necesidades. Durante un breve tiempo serví como capellán de un hospital. Una de mis responsabilidades era estar en la capilla del hospital para ayudar a la concurrencia. No era extraño encontrar en la capilla gente pidiendo que Dios sane a algún ser querido. Cuando la situación era bastante desesperada pasaban horas allí. Sin embargo, nunca encontré a alguien expresando gozo delante de Dios por la recuperación de un paciente. Cuando un amigo enfermo se recupera simplemente decimos «¡Gloria a Dios!» y luego volvemos a nuestras tareas cotidianas. La triste realidad es que cuando oramos, ponemos más prioridad en nuestras necesidades que en la celebración. Por muy importantes que puedan ser nuestras peticiones, no debemos permitir que el gozo pierda su lugar en la oración.

Cuando le hablamos a Dios acerca de sus bendiciones, nuestras oraciones pueden llenarse tanto de un gozo sereno como de una dicha exuberante. Por un lado, el gozo sereno puede ser parte vital de nuestras oraciones. El salmista expresa esta actitud en el Salmo 131:

> «señor, mi corazón no es orgulloso,
> ni son altivos mis ojos;
> no busco grandezas desmedidas,
> ni proezas que excedan a mis fuerzas.

Todo lo contrario:

he calmado y aquietado mis ansias.
Soy como un niño recién amamantado en el regazo de su madre.
¡Mi alma es como un niño recién amamantado!

Israel, pon tu esperanza en el señor
desde ahora y para siempre».

En gratitud, por la bondad que Dios le ha mostrado, el salmista le habla al Señor acerca de su propio espíritu humilde y confiado. Notemos la cuidadosa contemplación de esta actitud a lo largo del Salmo. El salmista no la menciona de paso y rápidamente, más bien pinta un cautivante cuadro de su paz interior. Así como un niño amamantado descansa quietamente sobre el pecho de su madre, el salmista descansa en los brazos de Dios. En este momento no pide nada, sino que se relaja y se deleita en el hecho de conocer el amor de su Creador y Salvador.

De la misma manera, nosotros también podemos expresar nuestra percepción de la paz en Cristo. Podemos describir cómo un acontecimiento nos recuerda el amoroso cuidado de Dios. Podemos expresar el sentido intuitivo de la calidez y seguridad que Dios nos da en un mundo frío y amenazante. Como sea, será de gran beneficio para nosotros que nos concentremos en los detalles de estos asuntos. Así como los padres se deleitan en las palabras de amor que oyen decir a sus hijos, así Dios se goza escuchándonos hablar de la quieta dicha interior que poseemos en él.

Por el otro lado, cuando oramos a Dios también podemos expresar gozo exuberante. De muchas maneras, los Salmos exhiben este tipo de regocijo. Para ello se recurre a la ayuda de instrumentos musicales. La gente es invitada a cantar, a dar voces, a batir las palmas y a bailar. El entusiasmo es una de las características de todas estas celebraciones. Según las palabras del Salmo 9:1 a:

«Quiero alabarte, señor, con todo el corazón».

Con demasiada frecuencia los cristianos expresan sus actitudes positivas con voz monótona y aburrida, pero en otras circunstancias cuánto entusiasmo demostramos cuando estamos felices. Un hombre que acaba de ser padre le contará a sus amigos acerca de su bebé poniendo todo el entusiasmo del corazón en lo que dice. Un atleta que acaba de triunfar deja la cancha con las manos en alto y el corazón henchido por el entusiasmo de la

victoria. Pero pocas veces nos sentimos bien expresando el mismo entusiasmo en asuntos religiosos. Estamos acostumbrados al entusiasmo en contextos ordinarios, pero frecuentemente nos inhibimos cuando se trata de expresar sentimientos fuertemente positivos en asuntos referidos a Cristo. Si en los asuntos ordinarios de la vida podemos llegar a sentir tanto entusiasmo, ¡cuánto más entusiasmo deberíamos sentir al expresar nuestra dicha a Dios!

El gozo entusiasta en la oración plantea una pregunta importante. ¿Qué experiencias son las que nos causan este tipo de entusiasmo? Los salmistas encuentran su delicia en Dios, en la creación que los rodea y en sus propias vidas. *Primero,* el gozo nace al reflexionar en Dios. Su esplendor divino es el punto central del siguiente texto:

> «¡Alaba, alma mía, al señor!
> señor mi Dios, tú eres grandioso;
> te has revestido de gloria y de majestad» (Sal. 104:1).

Otro Salmo se centra en su amor:

> «¡Alaben al señor todas las naciones!
> ¡Exáltenlo todos los pueblos!
> ¡Grande es su amor por nosotros!
> ¡La fidelidad del señor es eterna!
> ¡Aleluya! ¡Alabado sea el señor!» (Sal. 117).

El hecho de pensar en lo maravilloso que es Dios, con frecuencia nos llena de gran felicidad, ya que este es el Dios que ha puesto su amor redentor en nosotros.

Segundo, los salmistas miran al mundo que los rodea y ven allí las bendiciones de Dios. De igual manera, hay muchas circunstancias que despiertan un desbordante gozo en el corazón del creyente. En el Salmo 104:24-25 leemos:

> «¡Oh señor, cuan numerosas son tus obras!
> ¡Todas ellas las hiciste con sabiduría!
> ¡Rebosa la tierra con todas tus criaturas!
> Allí está el mar, ancho e infinito,
> que abunda en animales, grandes y pequeños,
> cuyo número es imposible conocer».

La oración se llena de entusiasmo y felicidad, cuando meditamos en el

cuidado providencial que Dios tiene del mundo.



¿De que manera la oración nos permite encontrar el gozo?

____

____



Toma un tiempo antes de seguir para expresar en una oración escrita el gozo que nuestro Dios te ha dado.

____

____

____

____

____



Comparte con otra persona tus descubrimientos

Tercero, los salmistas expresan su dicha enumerando las formas en que Dios ha bendecido sus vidas personales. Un salmista dice:

> «¿Cómo puedo pagarle al señor
> por tanta bondad que me ha mostrado?
> ¡Tan sólo brindando con la copa de salvación
> e invocando el nombre del señor!
> ¡Tan sólo cumpliendo mis promesas al señor
> en presencia de todo su pueblo!» (Sal. 116:12-14).

El gozo entusiasta del cristiano aparece cuando consideramos las bendiciones que Dios nos ha dado en nuestras vidas personales. Su preocupación por cada detalle de nuestras necesidades y temores personales puede deleitar nuestros corazones.



Fuentes de gozo para la oración

La oración nos da la oportunidad de contarle a Dios acerca de nuestras dichas. Se nos llama a exhibir nuestra felicidad en él. Al hablar de las maravillas de Dios, del mundo que nos rodea y de nuestras vidas personales, tenemos la oportunidad de expresar entusiasmo y gozo en la oración (véase la ilustración).

En este capítulo, hemos enfocado el gozo en la oración. El quieto gozo interior y el júbilo exuberante; ambos son partes esenciales de nuestra experiencia cristiana. La oración tiene una doble relación con estas actitudes positivas. Por una parte, puede ser el canal para descubrir el gozo en medio de una vida atribulada. Por la otra, puede ser una oportunidad para celebrar nuestra felicidad en Cristo. De esta manera, el gozo en la oración puede ser una dimensión enriquecedora en la vida de todo cristiano.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿En qué dos sentidos podemos hablar del gozo cristiano? ¿Por qué es peligroso que un cristiano carezca de gozo?
2. ¿De qué manera puede la oración ser un camino hacia el gozo?

¿Cómo podemos orar transformando las preocupaciones en gozo? ¿Es necesario que siempre descubramos gozo en la oración?

3. ¿Por qué con frecuencia los cristianos no logran hacer del regocijo una parte importante de sus oraciones? ¿Cómo demuestran los ejemplos bíblicos que la celebración puede ser parte de la oración?

EJERCICIOS

1. Mencione dos bendiciones de Dios que le hayan proporcionado un quieto gozo interior. Identifique dos bendiciones de Dios que alguna vez le hayan desbordado de exuberante gozo.
2. Considere una de las bendiciones que le han llevado al gozo exuberante. Describa detalladamente cómo Dios le dio esa bendición. Describa también cómo se sintió usted y por qué.
3. Escriba una oración de seis a ocho oraciones gramaticales, enfocando uno de los grandes hechos que la mayoría de los cristianos consideran importante (p.ej., el nacimiento de Cristo, la resurrección, la provisión de alimento, etc.). En lo posible use la guía que sigue.

Bendito eres tú Señor ____
(Descripción)

____

Hacemos esta celebración en tu presencia porque tú has obrado milagros. Pensamos en ____
(escoja una bendición)

____

Y nuestros corazones están ____
(describa una reacción emocional)

____

Nosotros recordamos ____
(describa detalles de la bendición)

____

Estas cosas nos hacen sentir ______________________________
(describa una emoción)

____

Y nos regocijamos en tu presencia. Bendito eres tú oh Señor. Amén.

EJERCICIO AMPLIADO

Ore al menos tres veces esta semana, expresando gozo por bendiciones que el Señor le ha concedido. Tal vez quiera utilizar la guía del ejercicio 3.

Semana 9

En tiempos de necesidad

Cuando era niño sufría de asma. Disfrutaba la mayor parte del tiempo corriendo y jugando igual que los demás chicos, sin pensar jamás en mi salud. Pero ocasionalmente, cuando menos lo esperaba, me quedaba sin aliento. Durante horas gemía y tosía en mi lucha por aire. Cada gramo de energía lo gastaba en el esfuerzo por respirar lo suficiente para seguir vivo.

Incidentes de ese tipo nos hacen conscientes en una forma dramática de la realidad de nuestras necesidades. A veces nuestras necesidades son mayores; otras veces son relativamente pequeñas. A cada instante sentimos algún tipo de necesidad, sea grande o trivial. Por eso no es de sorprenderse que las peticiones ocupen un lugar tan prominente en nuestra comunicación con Dios. Por lo tanto, tenemos que mirar cuidadosamente nuestras actitudes. ¿Qué motivos debe haber detrás de nuestras peticiones? ¿.Qué estamos tratando de cambiar cuando pedimos cosas de Dios? ¿Cómo podemos esperar que Dios responda a nuestros pedidos?

NECESIDAD Y CODICIA

«¿Alguna vez vas a estar satisfecho?», le preguntó un amigo a su vecino gruñón. «Siempre quieres más y más. Creo que ya es tiempo que te des cuenta de lo bien que te va». Para muchos de nosotros estas son palabras conocidas. Si no las hemos oído dirigidas a nosotros mismos, las hemos pensado acerca de otra persona. Es un problema humano común; nos resulta difícil estar satisfechos con lo que tenemos. Vamos por la ciudad y nos decimos a nosotros mismos: «quisiera tener un auto como ese», o «qué bueno sería tener una casa tan grande como esa».

La generación que ahora comienza a ser adulta ha sido llamada la generación del «yo», y en muchos sentidos es una descripción adecuada. Desde que el pecado entró al mundo los humanos siempre tuvieron

problemas con el egoísmo. Pero en años recientes la codicia se ha difundido como un cáncer a cada parte concebible de nuestras vidas. Estamos tan preocupados con nuestro propio bienestar, que hemos terminado consumiéndonos a nosotros mismos. «Lo que es bueno para mí, eso es bueno».

Lamentablemente este principio también se ha apoderado de nuestras oraciones. Con frecuencia nos dirigimos a Dios con pedidos groseramente egoístas. A la luz de todo lo que hemos recibido de Dios, nuestras oraciones frecuentemente le deben sonar como el ingrato gemir de un niño en la juguetería. «Cómprame esto. Cómprame esto también, y esto también. ¿Por qué no me compras esto?» Después de que Dios nos ha dado tanto, nosotros seguimos pidiendo más.

Para evitar este grave error, tenemos que examinar nuestros motivos antes de hacer nuestras peticiones a Dios. Repetidas veces la Biblia nos dice que es correcto que pedimos lo que necesitamos. Como dijo Jesús:

> «Danos hoy nuestro pan cotidiano» (Mt. 6:11).

Sin embargo, no tenemos derecho a elevar peticiones motivadas por el egoísmo. Santiago nos prohíbe enfáticamente hacer peticiones basadas en la codicia:

> «Y cuando piden, no reciben porque piden con malas intenciones, para satisfacer sus propias pasiones» (Stg. 4:3).

Podemos traer todo tipo de necesidades legítimas a Dios, pero las peticiones centradas en nosotros mismos tienen que ser excluidos de la oración. Al examinar nuestras actitudes tenemos que asegurarnos de que nuestras peticiones provengan más de nuestras necesidades y menos de nuestra codicia.

Una forma eficaz de protegernos contra la codicia en la oración, es centrar nuestras peticiones dentro de un profundo sentido de satisfacción con las provisiones de Dios. El contentamiento extingue la codicia como el agua apaga el fuego. Pablo habla de este asunto en términos inequívocos:

> «Es cierto que con la verdadera religión se obtienen grandes ganancias, pero sólo si uno está satisfecho con lo que tiene. Porque nada trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos. Así que, si tenemos ropa y comida, contentémonos con eso. Los que quieren

> enriquecerse caen en la tentación y se vuelven esclavos de sus muchos deseos. Estos afanes insensatos y dañinos hunden a la gente en la ruina y en la destrucción. Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Por codiciarlo, algunos se han desviado de la fe y se han causado muchísimos sinsabores» (1 Ti. 6:6-10).

Estos versículos hacen un agudo contraste entre el espíritu satisfecho y el deseo compulsivo por las cosas de este mundo. Las personas que saben contentarse aprecian lo que tienen, mientras que otros son arrastrados por un deseo destructivo de tener más y más. Todos los días, los cristianos deben no sólo centrarse en lo que desean, sino que ver las muchas cosas buenas que Dios ya les ha provisto. Es un gran avance en el esfuerzo de evitar peticiones egocéntricas, cuando dedicamos tiempo en nuestra oración para hablar de las bendiciones que Dios ya nos ha concedido. Pablo exhortó a la iglesia primitiva en esta forma:

> «No se inquieten por nada: más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias» (Fil. 4:6).

Pablo no está enseñando que simplemente debemos decir «Gracias», antes de pedir algo. Su discernimiento es mucho más profundo. Nos recuerda que Dios ya nos ha bendecido ricamente. Al recordar sus bondades, nos será más fácil distinguir entre peticiones de necesidad y de codicia.



Es importante poder diferenciar entre lo que necesitamos y lo que codiciamos. Escribe una lista de lo que puede ser una necesidad y lo que puede ser simple codicia.

____________________________ ____________________________

____________________________ ____________________________

____________________________ ____________________________

BUSCANDO CAMBIOS

Cada vez que nos dirigimos a Dios para pedirle algo que necesitamos, en realidad le estamos pidiendo que dirija los acontecimientos del mundo. De una forma u otra, esta motivación plantea importantes interrogantes en cuanto a nuestras peticiones. ¿Tratamos de cambiar a Dios con nuestra

oración? ¿Tienen nuestras oraciones la intención de que Dios actúe en formas en que no pensaba actuar? ¿Si Dios es inmutable, por qué nos molestamos en orar?

Para contestar estas interrogantes tenemos que mirar a la oración desde dos perspectivas. En un sentido, ninguna petición puede cambiar a Dios. En otro sentido, sin embargo, Dios mismo ha mandado que oremos para que él actúe. Desafortunadamente muchos grupos cristianos tienden a enfatizar uno solo de estos dos puntos de vista, con la casi total exclusión del otro.

Por una parte, las Escrituras enseñan claramente que Dios tiene un plan global inmutable para su creación. Sus designios para la historia han sido establecidos y no pueden ser cambiados. En Efesios 1:11 leemos que Dios tiene un propósito que se extiende a toda la creación:

> «En Cristo también fuimos hechos herederos, pues fuimos predestinados según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad».

De la misma manera, Proverbios 16:4 afirma que en su soberanía, Dios ha ordenado un propósito para cada hecho de la historia:

> «Toda obra del señor tiene un propósito;
> ¡hasta el malvado fue hecho para el día del desastre!»

Además de esto, Dios no sólo le ha señalado su curso al mundo, sino que lo ha hecho en forma inmutable. En Isaías 46:9-10 leemos:

> «Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aun no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero».

Los planes y propósitos de Dios no están sujetos a aprobación. Sus decretos son firmes:

> «Pero si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar?
> Su alma deseó, e hizo.
> El, pues, acabará lo que ha determinado de mí;
> Y muchas cosas como estas hay en él» (Job 23:13-14).

Por eso, en este último sentido es necio pensar que la oración cambia a Dios. Tratar de cambiar los decretos eternos de Dios por medio de la

oración es como tratar de alcanzar la luna desde un trampolín; es imposible. Así como un trampolín no puede vencer la fuerza de gravedad de la tierra, así tampoco nuestras peticiones pueden interrumpir el plan que Dios tiene para el universo. Este hecho debería consolarnos en gran manera. Los decretos del Señor reflejan su sabiduría y su bondad. Cuando el mal produce estragos en nuestras vidas, podemos consolarnos sabiendo que nuestro santo Dios ha ordenado los acontecimientos de la historia. Como Señor de la creación, Dios tiene el poder para tomar el mal de esta vida y transformarlo en bien:

> «Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo a su propósito» (Ro. 8:28).

Afortunadamente, nada puede vulnerar la soberanía de Dios sobre el mundo. Por eso, en este sentido es imposible que la oración cambie a Dios.

Sin embargo, por otra parte, las Escrituras enseñan que Dios ha instituido la oración como un medio por el cual Dios es movido a la acción. Es preciso que entendamos correctamente esta dimensión de la oración. En primer lugar, el plan de Dios es tan abarcador que no solamente incluye los destinos finales de las cosas, sino que los procesos secundarios, los procesos de las criaturas por medio de las cuales aquellas metas son alcanzadas. Por ejemplo, Dios no se limita a ordenar que todos los días la luz alumbre en la tierra; también emplea al sol, a la luna, a las estrellas y a innumerables otros elementos a efectos de lograr esa meta. Dios no sólo determina que alguien se recupere de la enfermedad, sino que utiliza médicos y medicamentos para cumplir ese propósito. Como autor del libreto de la historia, Dios no sólo escribió el final del libro de la historia, también escribió cada palabra de cada página, de manera que todos los acontecimientos conducen al gran final.

Además, en esas páginas de la historia, Dios también escribió una parte para sí mismo. Dios está dramáticamente involucrado en el curso del mundo. Se deleita en dirigir y guiar personalmente los acontecimientos. No se reclina en su sillón para observar cómo el mundo se va por su propio camino; él mismo se involucra con sus criaturas, a veces lo hace de una forma, otras se involucra de otra forma. Permite que durante un tiempo ciertos patrones se desarrollen, y luego los revierte para lograr otra meta. Desde la perspectiva divina, el plan de Dios es claro y seguro, aun cuando

ante nosotros dicho plan se despliegue en formas que no comprendemos totalmente, ya que lo abordamos desde la limitada perspectiva humana.

Pero todavía surge la pregunta inevitable. ¿Por qué orar si Dios ya sabe y controla todo? Se puede hacer la misma pregunta con respecto a otras áreas de la vida. ¿Por qué ir al médico? ¿Por qué trabajar? ¿Por qué difundir el evangelio? La razón para hacer todas estas cosas es que Dios ha establecido que sus criaturas sean medios vitales para el logro de los propósitos divinos. Lo mismo vale para la oración. La oración es una de las muchas causas secundarias mediante las cuales Dios cumple su plan.

Es una lástima, sin embargo, que muchos cristianos tengan a la oración como una impotente actividad humana. «Si quieres lograr algo», solemos pensar, «deja de orar y ponte a trabajar». Por cierto, la oración y la acción deben mantenerse en equilibrio, lo que significa que debemos de dejar de considerar a la oración como simples pensamientos de buenos deseos. La comunicación con Dios es nuestra manera de acceder al poder del Señor del universo. Es algo que podemos usar para mover la historia hacia su fin en una forma más eficaz y dramática que cualquier otro esfuerzo humano. En su soberanía, Dios ha hecho que la oración sea un maravilloso medio por el cual podemos interactuar con él y moldear con eficacia el curso de la historia. Cuando traemos nuestras peticiones a Dios, nos acercamos a él sobre el plano de su involucramiento con causas secundarias. Buscamos cambiar el mundo invocando a aquel que activamente ordena el mundo día por día.

En una ocasión, durante el éxodo de Egipto, Moisés encaró una situación desesperada. Ea gente se había rebelado contra Dios, incitando su enojo a tal extremo que iba a destruir a la nación de Israel:

> «Dijo más Jehová a Moisés: Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz. Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo haré una nación grande» (Ex. 32:9-10).

Si cualquiera de nosotros hubiera estado en los zapatos de Moisés, probablemente se habría lavado las manos. «Después de todo», habría pensado, «¿podrá la oración cambiar esta situación?» Pero Moisés tenía mucha fe y un gran coraje. Por eso, elevó su corazón en oración tratando de disuadir a Dios de sus intenciones destructivas:

> «Entonces Moisés oró en presencia de Jehová su Dios, y dijo: Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tú furor contra tu pueblo, que tu sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepiéntete de este mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de que he hablado, y la tomarán por heredad para siempre» (Ex. 32:11-13).

En respuesta a la oración de su siervo, Dios cambió de parecer y tuvo misericordia del pueblo:

> «Entonces Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo» (Ex. 32:14).

Debemos recordar que Moisés no alteró los decretos eternos de Dios; su oración no tomó a Dios desprevenido, ni lo forzó a hacer algo que no había planeado hacer. Al contrario, este texto ilustra cómo Dios usa la oración como medio eficaz para el cumplimiento de sus propósitos. Dios ha decidido usar las peticiones de su pueblo como instrumentos de cambio. Ea oración es un poderoso esfuerzo humano que puede afectar significativamente, no solo las vidas de los individuos sino el curso mismo de la historia del mundo.



Escribe aquí tus comentarios sobre el balance entre oración y acción. ____

____

____

EXPECTATIVAS Y SOMETIMIENTO

¿Qué tipo de expectativas podemos anidar, cuando presentamos nuestras peticiones a Dios? ¿Nos dará lo que pedimos o no? En este asunto, las opiniones de los cristianos difieren. Algunos creyentes argumentan: «¡Dios quiere que usted tenga todo lo que desea! Cuando ore, simplemente crea de

todo corazón, y Dios hará llover sus bendiciones sobre usted». Pero otros cristianos ponen un requisito: «Confíe en la voluntad de Dios. No ore por lo que usted quiere, sino por la voluntad de Dios, y confíe que él hará lo que es mejor para usted».

Atormentados por estos dos puntos de vista, con frecuencia los cristianos se confunden sin saber qué hacer. ¿Debemos esperar que Dios responda a nuestras oraciones, o debemos someternos a que pase lo que pase? Como veremos, ambas posiciones esgrimen argumentos válidos. Cada perspectiva capta una dimensión de la posición bíblica. Sin embargo, ambos puntos de vista tienen también serios defectos.

Por una parte, tenemos que recordar siempre que la fe requiere una humilde confianza en Dios.

> «Pero él nos da mayor ayuda con su gracia. Por eso dice la Escritura:
>
> 'Dios resiste a los orgullosos,
> pero da gracia a los humildes'» (Stg. 4:6).

Renunciar a nuestros propios planes y aceptar el santo plan de Dios es un ingrediente esencial en el servicio a Dios. Resistir a Dios conduce a la destrucción, pero la confianza en él trae vida eterna. Es como dice el proverbio:

> «Confía en el señor de todo corazón,
> y no en tu propia inteligencia.
> Reconócelo en todos tus caminos,
> y él allanará tus sendas» (Pr. 3:5-6).

A veces los niños tratan de decirle a los padres cómo conducir el vehículo de la familia. «¿Por qué no doblas aquí, papá?» «Mamá, estaciónate allá». Normalmente nos sonreímos sabiendo que los pequeños saben poco de lo que es mejor en estos asuntos. Lo mejor para ellos es confiar en el juicio de sus padres. De la misma manera, nosotros debemos estar dispuestos a someternos a la voluntad de Dios, porque su sabiduría transciende con mucho el discernimiento humano. Nuestras propias esperanzas y planes con frecuencia nos llevan a una gran desilusión y nos sumergen en problemas, mientras que los designios de Dios son firmes y seguros.

A la luz de esto, no debe sorprendernos que Jesús haya enseñado a orar a sus discípulos diciendo:

> «venga tu reino,
> hágase tu voluntad,
> en la tierra como en el cielo» (Mt. 6:10).

Nuestro mayor deseo debería ser que se cumpla la voluntad de Dios en los asuntos de la humanidad, así como en el cielo se realiza con perfección. El ejemplo de la oración de Jesús en el huerto de Getsemaní también es instructivo:

> «Padre mío, si no es posible evitar que yo beba este trago amargo, hágase tu voluntad» (Mt. 26:42b).

Jesús sabía que el plan de Dios incluía su muerte y resurrección. Durante su vida lo había predicho muchas veces. En consecuencia, aunque su deseo personal en alguna medida se oponía a ellos, Jesús se entregó a sí mismo a hacer la voluntad del Padre. Como seguidores de Cristo, nosotros también tenemos que estar dispuestos a someter nuestros deseos personales a los planes de Dios.

Por otra parte, graves peligros acechan detrás de una actitud de renunciamiento total. La confianza en la providencia de Dios fácilmente puede conducir a un fatalismo pasivo. Si sólo nos concentramos en cómo nuestras circunstancias son bendecidas por la mano de la providencia divina, al poco tiempo tendremos pocos motivos para presentar nuestras peticiones a Dios. Ese fue precisamente el razonamiento de un niño que antes de dormirse oró así: «Dios, tú ya lo sabes todo, de modo que no hace falta pedirte que cuides de mí. Amén». En efecto, muchas veces los adultos oran en forma similar. Cuando alguien se enferma simplemente encomendamos el asunto a la voluntad de Dios, en vez de buscar en oración un cambio de la situación. Cuando se derrumba una familia, levantamos nuestras manos ante lo que parece inevitable, en vez de pedir a Dios que sane la herida y el dolor.

A pesar de la aparente piedad de tal resignación, con frecuencia estas actitudes son evidencia de fatalismo, no de fe. A medida que una actitud fatalista va creciendo en nuestro interior, la oración se vuelve menos y menos importante. Poner demasiado énfasis en el sometimiento puede crear un serio impedimento a nuestras oraciones. ¿Por qué pedir que las cosas sean diferentes, si ya tenemos lo que es mejor para nosotros? Por eso, tenemos que tener cuidado de no permitir que una sana confianza en la providencia de Dios nos aleje de una entusiasta participación en la oración.

Contrariamente a una actitud extrema de resignación, Jesús enseñó que la oración también implica una actitud expectante:

> «Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo la haré; así será glorificado el Padre en el Hijo. Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré»(Jn. 14:13-14).

Y lo mismo leemos en Juan 16:23. que dice:

> «En aquel día ya no me preguntarán nada. Ciertamente les aseguro que mi Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre».

Desafortunadamente, los creyentes muchas veces interpretan mal estos y otros pasajes similares (véase también Stg. 1:5; 1 Jn. 3:22). Muchos cristianos piensan que con sólo repetir la fórmula «en el nombre de Jesús», esto les asegura de que Dios concederá sus peticiones. Rehúsan someterse a tratamiento médico, porque han orado en el nombre de Jesús. Toman compromisos financieros precipitados, porque esperan que Dios responda favorablemente sus oraciones. Con todo, en el contexto de estos versículos. Jesús aclara que orar en su nombre es más que repetir una fórmula. Implica comunión con él. Una comunión en la que el creyente se entrega de todo corazón a Cristo y a sus propósitos:

> «Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, lo que quieran pedir se les concederá» (Jn. 15:7).

Orar en el nombre de Jesús es orar en armonía con él, buscando su intercesión y entregándose a él como Señor. Cristo no nos asegura que todas nuestras peticiones serán concedidas con sólo repetir una fórmula mágica. Más bien nos enseña que las peticiones que estén en armonía con su nombre, es decir, con su carácter santo como intercesor nuestro, estas serán concedidas por el Padre.



¿Cómo consideras que debe ser el balance entre expectativa y sometimiento?

____

____

A pesar de nuestras buenas intenciones y grandes esperanzas, muchas de las cosas que pedimos simplemente no se materializan. Quizá pidamos progreso en nuestra carrera laboral; o tal vez necesitemos alivio de problemas personales; o quizá busquemos ser sanados de nuestras aflicciones. Incluso podemos creer de todo corazón que Dios concederá estas peticiones. Sin embargo, a veces estas esperanzas no se cumplen. Dios decide decir no. Cuando eso ocurre, ¿cómo podemos evitar una severa desilusión? ¿Qué expectativas podemos alentar cuando oramos? ¿Debemos tener confianza cuando traemos nuestras peticiones a Dios?

En la oración, las expectativas operan en dos niveles básicos. Primero, siempre tenemos que mantener una confianza general en la bondad de Dios. En él no hay nada malo. En su pureza se deleita haciendo solamente el bien. Según las palabras del salmista:

> «Prueben y vean que el señor es bueno;
> dichosos los que en él se refugian» (Sal. 34:8).

Más aun, las Escrituras nos dicen que Dios muestra una bondad especial para con su pueblo.

«En verdad, ¡cuan bueno es Dios con Israel, con los puros de corazón» (Sal. 73:1).

El carácter de Dios establece un fundamento importante para nuestras esperanzas en la oración. Puesto que Dios es bueno, siempre podemos esperar que sus respuestas sean buenas.

Con frecuencia las Escrituras hacen peticiones específicas basadas en la bondad de Dios. Por ejemplo, en el Salmo 25:7 leemos:

> «olvida los pecados y transgresiones
> que cometí en mi juventud.
> Acuérdate de mí según tu gran amor,
> porque tú, señor, eres bueno».

En sus enseñanzas sobre la oración, Jesús apeló poderosamente a este tema:

> «Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán, llamen, y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre. ¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pescado, le da una serpiente? Pues si ustedes,

> aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!» (Mt. 7:7-11).

Si uno puede confiar de que padres humanos darán cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más podemos confiar de que el Padre celestial hará lo mismo? Padres humanos decentes nunca rehusarán hacerle el bien a sus hijos, mientras esté a su alcance. Pero para Dios todas las cosas están a su alcance, y solamente hará lo que es bueno para sus hijos. Según las palabras de Santiago:

> «Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras» (Stg. 1:17).

Con esta confianza, podemos traer nuestras peticiones delante de Dios con mucha seguridad. No tenemos por qué temer que nos dará piedras, cuando lo que le pedimos es pan. No nos engañará ni nos meterá en tentación. Podemos confiar que siempre responderá nuestras peticiones con bondad.

Con todo, es preciso agregar una palabra de cautela. Decir que Dios siempre hace lo que es bueno no significa que sus respuestas siempre nos parezcan buenas. Muchas veces las perfectas acciones de Dios puede parecemos malas desde nuestro limitado punto de vista humano. Una familia puede orar por la recuperación de un ser querido y, sin embargo, nunca ver su recuperación. Un grupo de cristianos puede orar pidiendo que el Señor les dé un líder fuerte, para luego descubrir que el que encontraron no estaba a la altura de sus expectativas. Una nación puede orar por paz, y entrar en guerra. Este tipo de cosas nos dejarán perplejos. «Si pedimos algo bueno, ¿por qué Dios no nos lo dio?»

En estas situaciones, tenemos que reconocer que las limitaciones y prejuicios humanos pueden empañar nuestra percepción a tal extremo, que ya no seamos capaces de ver la realidad tal como es. Conozco una familia que quería vivir en una vecindad particular, y no estaba contenta con que al principio Dios les diera casa en otra parte. Después de varios años, se dieron cuenta de que la casa que originalmente quisieron adquirir era mala. Muchas veces podemos ver fácilmente la bondad de Dios. En otras ocasiones tenemos que esperar mucho tiempo para discernir qué propósito santo tuvo

Dios en responder a nuestras oraciones tal como lo hizo. De hecho, en algunos casos tendremos que esperar hasta que nos encontremos con el Señor cara a cara, para recién apreciar la sabiduría de algunas de sus decisiones. Como sea, podemos estar seguros de que, de una manera u otra, Dios siempre responde con bondad a nuestras peticiones.

Por otra parte, la confianza en la oración puede asumir la forma de una certeza vigorosa de que ciertas cosas particulares nos serán dadas. En algún momento de la vida, la mayoría de los cristianos lo ha experimentado. Esta certeza nos puede llegar de muchas maneras. A veces encontraremos en la Biblia una promesa de Dios que parece satisfacer perfectamente nuestra necesidad; esto nos animará a creer que Dios favorecerá nuestra petición. En otras situaciones, nuestra confianza puede cimentarse en un análisis del mundo que nos rodea. Concluimos que Dios honrará nuestras peticiones por lo positivo que será el resultado. En otras ocasiones, intuimos que Dios nos responderá convencernos de que esperemos que Dios actúe en cierta manera. Cualquiera de estos factores o una combinación de ellos, a veces levantará nuestras expectativas cuando le hagamos peticiones específicas a Dios.

En la Biblia podemos encontrar amplio apoyo para la legitimidad de este tipo de expectativas. A través de los Salmos vemos que los salmistas iban a la presencia de Dios con una convicción firme de que él respondería sus oraciones. En el Salmo 17:6 leemos:

> «A ti clamo, oh Dios, porque tú me respondes;
> inclina a mí tu oído, y escucha mi oración».

En lo profundo de su corazón, el salmista tiene confianza de que Dios oirá su petición y la contestará. El Salmo 38:15 también expresa la misma confianza:

> «Yo, señor, espero en ti;
> tú, Señor y Dios mío, serás quien responda».

En el Salmo 27, el salmista encara problemas de rechazo y maltrato. Pero en el versículo 10 declara:

> «Aunque mi padre y mi madre me abandonen,
> el señor me recibirá en sus brazos».

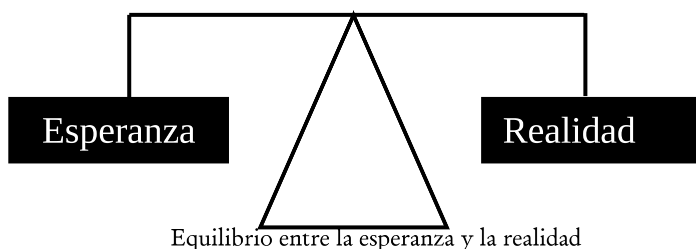
Estos ejemplos sólo representan unos cuantos ejemplos de toda la

esperanza y seguridad que una y otra vez encontramos en los Salmos. Textos como estos nos muestran que a veces los creyentes pueden llegar a la certeza de que Dios responderá sus oraciones.

No importa cuan maravillosas puedan llegar a ser estas experiencias, ellas podrían crear dos graves problemas. Primero, algunos cristianos creen que la oración es más una especie de magia que una comunicación con Dios. La magia cree que si uno recita la fórmula correcta y cree con todas sus fuerzas, entonces obligaremos a que los poderes del universo actúen según nuestro deseo. En forma similar, muchos creyentes creen que una fe ferviente puede controlar a Dios. Nada podría estar más lejos de la verdad. La Escritura deja en claro de que Dios es libre de actuar como se le antoje:

> «Nuestro Dios está en los cielos
> y puede hacer lo que le parezca» (Sal. 115:3).

Así que, la oración no tiene poder mágico para forzar a Dios a cumplir su palabra tal como nosotros lo esperamos. Al contrario, a lo largo de la historia Dios ha demostrado su libertad de actuar en formas inesperadas. Cuando oramos tenemos que estar seguros de respetar la libertad de Dios.



Equilibrio entre la esperanza y la realidad

El segundo problema surge de un exceso de confianza en uno mismo. Muchas veces creemos que nuestro entendimiento de la Biblia y del mundo que nos rodea es el correcto. Pensamos que nuestras convicciones intuitivas son las acertadas, cuando quizá no lo sean. Aunque esperemos de que Dios actúe en cierta manera, tenemos que estar dispuestos a ajustar nuestra evaluación a la luz de lo que haga. De igual modo, tenemos que estar dispuestos a cuestionar nuestras convicciones. Estas pueden venir del Espíritu Santo, *o* pueden ser tan sólo el reflejo de nuestros propios deseos. En otras palabras, tenemos que equilibrar expectativas con realidad. Si las obras de Dios no se conforman a nuestras expectativas, el problema no

radica en la integridad de Dios, sino en la confiabilidad de nuestros juicios (véase la ilustración).

En parte, la oración se nos ha dado para comunicarle a Dios nuestras necesidades. Cuando nos acercamos a Dios para pedirle algo, tenemos que evitar la codicia egoísta. También tenemos que acercarnos a Dios con el deseo de que nuestra oración cambie el mundo. Además, al orar tenemos que mantener el equilibrio entre una actitud de sometimiento a la voluntad de Dios y nuestras humildes expectativas basadas en su bondad. En todas estas formas, la oración puede ser un modo eficaz de traer nuestras necesidades a Dios.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿De qué manera puede la oración ser motivada por la codicia? ¿Cómo podemos evitar las oraciones egoístas?
2. Si el soberano plan de Dios no cambia, ¿para qué orar? ¿Realmente contesta Dios las oraciones?
3. ¿Cómo es que los cristianos deben mantener un equilibrio entre el sometimiento y las expectativas de que se hagan al orar? ¿Qué expectativas generales y particulares podemos tener al presentar nuestras peticiones a Dios?

EJERCICIOS

1. Enumere tres deseos de su corazón que provienen de sus necesidades y tres que vienen de la codicia. ¿En qué se diferencian?
2. Mencione un ejemplo de algo que esperó recibir de Dios, pero que él no se lo concedió. ¿Qué sabiduría divina espera usted discernir en la negación de lo que usted pidió?
3. Escriba una oración de cuatro o cinco oraciones gramaticales, centrándose en una necesidad (no una codicia) y en sus correspondientes expectativas. En lo posible utilice la guía que viene a continuación.

EJERCICIO AMPLIADO

Durante esta semana, ore tres veces a Dios que cambiar algo que usted estaba por aceptar con resignación. Hable con él en términos realistas acerca de las esperanzas que usted tiene de obtener respuesta.

TERCERA PARTE

Considerando nuestra comunicación

Semana 10

Forma y libertad en la oración

En los capítulos precedentes, hemos examinado los dos primeros elementos de la definición que dimos de la oración. Examinamos a Dios y al creyente. Descubrimos que para sacar fruto de la oración, era crucial estar conscientes de Dios y de nosotros mismos. Ahora es preciso que exploremos el tercer componente de la oración, a saber, que la oración requiere que aprendamos a expresarnos. En los capítulos que siguen vamos a considerar esta faceta planteando preguntas tales como: «¿Cómo he de hablar eficazmente con Dios?» «¿Existen formas para comunicar más plenamente a Dios nuestros pensamientos y actitudes?»

En cuanto a la oración, uno de los elementos fundamentales de una buena comunicación es un adecuado equilibrio entre forma y libertad. Pero definir cuál es el equilibrio adecuado enciende acaloradas controversias entre los creyentes. Uno dice: «Creo que no es sincero ponerse de pie y leer una oración. Se supone que la oración tiene que salir del corazón, no de una hoja de papel». Pero otro creyente responde: «Cuando me tomo el tiempo de planificar mis oraciones, estas son tanto mejores que tu palabrería carente de sentido».

Este tipo de controversia plantea un tema importante. ¿Cuánta planificación previa tenemos que brindarle al contenido y arreglo de nuestras oraciones? ¿Hemos de decir simplemente lo que nos viene a la mente, o debiéramos planificar lo que vamos a decir? En cierta medida, las respuestas a estas preguntas variarán de acuerdo a las personas y a las situaciones que se den, pero hay un principio que se puede aplicar a todos nosotros: en ambos casos los extremos son malos. Los extremos dañarán nuestras oraciones. Cuando se trata de nuestra comunicación con Dios, debemos buscar caminos para mantener un equilibrio entre forma y libertad.

LIBERTAD EN LA ORACIÓN

Muchos cristianos ponen el acento en el valor de la libertad en la oración. Aunque por lo general creen que ciertas directrices generales son útiles, en lo posible tratan de evitar las fórmulas y los patrones preconcebidos. Cuando hablan con Dios, le dan gran importancia a la espontaneidad y a la informalidad. Este concepto cuenta con mucho apoyo.

En primer lugar, Dios se nos ha revelado de tal manera que nos invita a hablarle a nivel informal. Con frecuencia la Biblia retrata a Dios como a nuestro Padre. Dicho retrato es crucial en el modelo de oración presentado por Jesús:

> «Padre nuestro que estás en el cielo,
> santificado sea tu nombre» (Mt. 6:9).

Si bien el título «Padre» implica autoridad, poder y respeto, también habla de la atención personal que Dios nos da como hijos suyos. Pablo dijo:

> «Ustedes ya son hijos. Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: '*¡Abba!* ¡Padre!'» (Gá. 4:6).

Aparte de esto, las Escrituras también enseñan que Dios es nuestro amigo. Santiago describe a Abraham diciendo:

> «Así se cumplió la Escritura que dice: 'Creyó Abraham a Dios, y ello se le tomó en cuenta como justicia', y fue llamado amigo de Dios» (Stg. 2:23).

La encarnación de Cristo es la demostración más dramática de que Dios quiere estar cerca de su pueblo. En este sentido Jesús mismo dijo:

> «Ya no los llamo siervos, porque el siervo no está al tanto de lo que hace su amo; los he llamado amigos, porque todo lo que a mi Padre le oí decir se lo he dado a conocer a ustedes» (Jn. 15:15).

Puesto que Dios ha revelado tener un íntimo interés en nosotros, a veces es correcto que le hablemos de manera informal y espontánea.

En ciertas ocasiones los niños se toman el tiempo para pensar lo que van a decirle a sus padres. A veces incluso van a su habitación para ensayar peticiones inusuales o anuncios importantes. Por ejemplo, la libreta de

calificaciones se entrega con frecuencia con introducciones y excusas cuidadosamente planeadas. Si bien esto ocurre en casos especiales, en hogares sanos no es esta la práctica general. Cuando en una familia el amor y los afectos son fuertes, los niños se sienten la libertad de hablar espontáneamente con mami y papi.

De igual modo, también hemos recibido mucha libertad para nuestra comunicación con Dios. Nuestro Padre celestial nos ha mostrado un íntimo amor más allá de toda medida. Gracias a esa relación, podemos hablar con él libre e informalmente. Cuando hablamos con alguien tan cercano a nosotros, ya no es necesaria la formalidad de un discurso. Nuestra intimidad con Dios es una base sólida para orar con libertad.

Además, nuestras oraciones informales no solamente están basadas en nuestra intimidad con Dios, sino que fortalecen nuestra relación personal con él. Con demasiada frecuencia el lenguaje formal de las oraciones tradicionales levanta una barrera entre los cristianos y Dios. El uso continuo del «usted» o de los rezos memorizados puede impedir una genuina comunicación. La pesada cadena que constituye el formalismo puede impedir que alguien experimente una relación significativa con Dios.

Gracias al Señor, una oración espontánea puede liberarnos de pesadas cadenas, y hacernos disfrutar de una fresca percepción de Dios. Muchos de los cristianos que conozco fueron criados en iglesias formales. La familiaridad constante les hizo perder de vista los muchos beneficios que les ofrecía su estilo tradicional de adorar. En la universidad comenzaron a asistir a una iglesia que informal. Como era de esperarse, en su nueva iglesia descubrieron un gozo más intenso en el culto y la oración. La oración informal y conversacional pronto se convirtió en una de sus actividades cristianas favoritas. Para muchas personas, una dieta constante de formalidad puede llegar a ser veneno espiritual. En tales casos la informalidad puede revivir nuestras almas y darnos una poderosa percepción de Dios como Padre y amigo.

No obstante, si bien la informalidad tiene muchas ventajas, también puede crear serios problemas. Dos dificultades son particularmente comunes. Primero, un énfasis marcado en la libertad nos conducirá inadvertidamente a otra forma de formalismo inerte. Cuando ponemos poca atención al contenido de nuestras oraciones, estas tenderán a volverse

insípidas y repetitivas por la mera fuerza del hábito. Caeremos en el tedio de patrones fijos, diciendo una y otra vez las mismas frases sin darnos cuenta de ello. Aun en el más informal de los contextos, muchas veces podemos anticipar casi palabra por palabra, lo que la gente va a orar. Esta capacidad de predicción no es el resultado de una cuidadosa adhesión a fórmulas prescritas, sino de hábitos inadvertidos.

En los albores del automovilismo, las angostas ruedas de los vehículos gradualmente cavaban profundas huellas en los barrosos caminos. Estas huellas, verdaderos canales, frecuentemente pasaban desapercibidos hasta que el conductor quería girar a la izquierda o derecha en un punto no acostumbrado.

La profundidad de las canaletas impedía dejar la huella que tantos otros conductores habían excavado.

Como en muchas áreas de la vida, también las prácticas religiosas se convierten en hábitos que son difíciles de romper, especialmente en lo concerniente a la oración. Considere la habitual línea inicial: «Padre celestial, gracias por. . . ». Dondequiera que vayamos oiremos que se ora de esta misma forma. Pero ¿cuántas veces realmente se da gracias de lo profundo del corazón cuando se usan estas palabras?

Muchos de los principales elementos de nuestras oraciones caen en esta categoría. Cuando no pensamos en lo que vamos a decir, simplemente repetimos una y otra vez las mismas frases ya carentes de sentido. La libertad en la oración también puede aprisionarnos dentro de hábitos que nos privan de la maravilla de hablar con Dios. En consecuencia, tenemos que cuidarnos de una informalidad que a su propio modo nos llevará al formalismo estéril.

Una segunda dificultad que surge del excesivo énfasis en la libertad, se manifiesta cuando se compara las oraciones que encontramos en la Biblia con las oraciones espontáneas de muchos cristianos. Aunque la Biblia contiene ejemplos de espontaneidad (p.ej., Neh. 2:4-5), esta no es la característica normal de las oraciones bíblicas. Los Salmos, por ejemplo, muestran una profunda preocupación por la estructura y el contenido de lo que se ora. La mayoría de los Salmos usan patrones recurrentes. Por ejemplo, los Salmos 4 y 5 siguen esencialmente el mismo bosquejo:

Estructura	Salmo 4	Salmo 5
Invocación	v. 1	vv. 1-3
Lamento	vv. 2-6a	vv. 4-7
Petición	v. 6b	vv. 8-10
Confianza	vv. 7-8	vv. 11-12

Ambos Salmos comienzan con una invocación, la cual viene seguida de lamento, petición y confianza. Estos dos Salmos son ejemplos de un extenso grupo llamado «Salmos de lamentación». En el Antiguo Testamento, cada vez que el pueblo de Dios sufría, usaba esta forma básica de oración. El modelo de tales oraciones era planificado de antemano y adaptado a las circunstancias del momento.

Una comparación entre el Salmo 30 y el 32 revelará otro tipo de estructura.

Estructura	Salmo 30	Salmo 32
Introducción	vv. 1-3	vv. 1-2
Llamado a la adoración	vv. 4-5	v. 11
Narración	vv. 6-12a	vv. 3-9
Futuro	v. 12b	v. 10

Estos Salmos comienzan con un resumen introductorio seguido por un llamado a la alabanza, la narración de algún hecho, y una mirada hacia el futuro. Los dos Salmos son ejemplos de otro extenso grupo, llamado «alabanzas narrativas». Este tipo de Salmo sigue un patrón preconcebido.

Los Salmos también enseñan que las oraciones pueden planearse hasta en su última letra. Las palabras de los Salmos han sido utilizadas muchas veces para situaciones especiales. Por ejemplo, cuando David finalizó los preparativos para el templo, oró diciendo:

> «Bendito seas tú, oh Jehová, Dios de Israel, nuestro padre, desde el siglo y hasta el siglo. Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos. Ahora pues, Dios

> nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre» (1 Cr. 29:10-13).

Esta oración es una combinación de citas de diferentes Salmos. De la misma manera, cuando Salomón estaba por concluir su oración dedicatoria del templo, citó una parte del Salmo 132:

> «Oh Jehová Dios, levántate ahora para habitar en tu reposo, tú y el arca de tu poder; oh Jehová Dios, sean vestidos de salvación tus sacerdotes, y tus santos se regocijen en tu bondad. Jehová Dios, no rechaces a tu ungido; acuérdate de tus misericordias para con David tu siervo» (2 Cr. 6:41-42).

También en el Nuevo Testamento, cuando Jesús agonizaba en la cruz, citó del Salmo 22:1:

> «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27:46).

En todos estos sucesos, las palabras de los Salmos fueron usadas como guías para la oración. No cabe ninguna duda que quienes oraban lo hacían con corazón genuino y sincero. Con todo, los que oraban conocían de antemano las palabras, las cuales eran adaptadas al momento de la oración.

En consecuencia, los cristianos no deben exagerar el valor de la libertad en la oración, ya que no sólo inhibe nuestra capacidad de romper hábitos inconscientes, sino que nos lleva a contradecir muchos modelos bíblicos de oración. Tener un deseo de libertad en la oración puede ser positivo, pero la libertad tiene que estar equilibrada con una adecuada apreciación de la forma.



Elige un salmo y escribe cual es la estructura que presenta

______________________________ ______________________________

______________________________ ______________________________

______________________________ ______________________________

______________________________ ______________________________

LA FORMA DE LA ORACIÓN

Así como algunos cristianos subrayan el valor de la libertad en la oración, otros creen que la preparación previa hace más fructífera la comunicación con Dios. Generalmente esta perspectiva se basa en la convicción de que Dios es tan excelso, que quienes desean hablar con él deben de prepararse cuidadosamente. Como Creador y Redentor nuestro, Dios merece ser tratado con el mayor respeto. Todo creyente sabe que Dios no ha de ser tomado a la ligera. Su majestad nos inspira reverencia:

> «Alaba, alma mía, al señor;
> alabe todo mi ser su santo nombre.
> Alaba, alma mía, al señor;
> y no olvides ninguno de sus beneficios.
> Él perdona todos tus pecados
> y sana todas tus dolencias;
> él rescata tu vida del sepulcro
> y te cubre de amor y compasión;
> él colma de bienes tu vida
> y te rejuvenece como a las águilas» (Sal. 103:1-5).

Incluso las inmaculadas criaturas del cielo son sobrecogidas por la santidad de Dios:

> «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria» (Is. 6:3).

Si bien Dios es nuestro amigo, también es nuestro Rey. Es el Señor de señores. Por ese motivo es del todo adecuado planificar anticipadamente nuestras oraciones.

En cierta ocasión se me llamó a testificar ante la comisión gubernamental de mi país. La comisión discutía si utilizaba o no los fondos del bienestar social para financiar abortos. Los hombres y las mujeres que integraban la comisión tenían una considerable influencia en la política del estado, y yo tuve la oportunidad de hablarles. Demás está decir que no me limité a ponerme de pie y decir lo que en ese momento se me ocurrió; me preparé de antemano. Organicé cuidadosamente mis pensamientos y escogí mis palabras con precisión. Traté de expresarme en la forma más clara y persuasiva posible.

Todos hemos pasado por algún momento en que debimos planificar bien lo que habríamos de decir. Si tenemos ese cuidado al dirigirnos ante seres humanos, cuánto más adecuado será pensar anticipadamente lo que vamos a decir, al dirigirnos a nuestro todopoderoso Dios. Por cierto, no es necesario que planifiquemos todas nuestras oraciones, pero cuando las circunstancias lo permitan deberíamos planificar nuestra comunicación con Dios.

Preparar de antemano nuestras oraciones tiene muchas ventajas. En primer lugar, el seguir un bosquejo preelaborado nos ayudará a mantener el equilibrio entre los elementos de la oración. Uno de los propósitos del Padrenuestro (Mt. 6:9-13), era asegurar el equilibrio entre todos los elementos legítimos de nuestra comunicación con Dios. Si tendemos a pasar todo el tiempo mencionando nuestras necesidades, recordamos las líneas iníciales de la oración de Jesús:

> «Padre nuestro que estás en el cielo,
> santificado sea tu nombre,
> venga tu reino,
> hágase tu voluntad
> en la tierra como en el cielo» (vv. 9-10).

Cuando pensamos que a Dios no le importa conocer nuestros anhelos, recordamos:

> «Danos hoy nuestro pan cotidiano» (v. 11).

Cuando dejamos de confesar nuestros pecados, otra parte del modelo nos recuerda que debemos hacerlo:

> «Perdónanos nuestras deudas,
> como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» (v-12).

Cuando olvidamos el futuro, la oración nos recuerda:

> «Y no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno» (v. 13).

El Padrenuestro nos demuestra que un bosquejo planificado puede producir una equilibrada comunicación con Dios.

En segundo lugar, no sólo es bueno tener un bosquejo, también es provechoso planificar las palabras mismas de la oración. La belleza y

profundidad de las oraciones de los Salmos los han convertido en un valioso tesoro para la iglesia. Los salmistas eran escritores consumados que consagraban sus habilidades al servicio a Dios, y sus oraciones fueron conservadas para que nosotros pudiésemos usarlas en nuestras propias vidas. Considere la belleza del Salmo 50:1-2:

> «Habla el señor, el Dios de dioses:
> convoca a la tierra de oriente a occidente.
> Dios resplandece desde Sión,
> la ciudad bella y perfecta».

Las palabras de otro Salmo demuestran un uso cuidadoso y creativo del lenguaje de la oración:

> «¡Cuan hermosas son tus moradas,
> Señor Todopoderoso!
> Anhelo con el alma los atrios del señor;
> casi agonizo por estar entre ellos.
> Con el corazón, con todo el cuerpo,
> canto alegre al Dios de la vida.
> Señor Todopoderoso, rey mío y Dios mío,
> aun el gorrión halla casa cerca de tus altares;
> también la golondrina hace allí su nido,
> para poner sus polluelos» (Sal. 84:1 -3).

Usar las palabras de los Salmos y otras oraciones de la Biblia puede enriquecer grandemente la belleza y el valor de nuestra comunicación con Dios.



Busque pasajes de la Biblia que le ayuden a expresar:

Gratitud: ________________________________

Confianza: ________________________________

Fe: ________________________________

Perdón: ________________________________

Aparte de las oraciones que encontramos en la Biblia, existen muchas otras colecciones de oraciones que nos pueden ser muy útiles. Aunque estas últimas no son divinamente inspiradas, nos pueden ayudar a expresarnos con más propiedad. Tengo varios amigos que crecieron en iglesias informales, por eso pueden apreciar la maravillosa dimensión que uno descubre en los libros de oración y en los himnarios. No hay forma de igualar el sentido de adoración y reverencia creado por las hermosas palabras y frases que se encuentran en dichas colecciones. Por cierto que al utilizar estos recursos, son los más grandes maestros y líderes de la iglesia los que nos guían en la oración. Así como cánticos bien compuestos pueden inspirar y elevar nuestros corazones, también las oraciones bien escritas pueden elevar nuestras almas a una comunicación más plena con Dios.

Son muchos los beneficios de las oraciones planificadas, pero también presentan una serie de peligros que deben ser evitados. Un problema común es la facilidad con que las oraciones escritas de antemano pueden ser leídas sin haber sinceridad en ello. Los cristianos saben cuan fácil es deslizarse por un ritual carente de sentido usando oraciones formales. ¿Cuántas veces piensan los niños en lo que dicen cuando repiten, «Cristo me ama, me ama a mí. . . »? El domingo por la mañana, los adultos caen fácilmente en la trampa de simplemente repetir el Padrenuestro. Estas tendencias nos dan una severa-advertencia. No importa cuan bella pueda ser la oración que se haya preparado, a menos que la persona que la pronuncia la haga suya, la oración carece de sentido. Las oraciones preparadas tienen que convertirse en oraciones de nuestro corazón.

Otro peligro importante conectado con las oraciones planificadas es que podrían ser incapaces de reflejar las necesidades inmediatas que padecemos. Hace muchos años, había preparado una oración de apertura para el culto dominical. La había escrito para expresar el gozo y la maravilla de adorar a Dios. Sin embargo, instantes antes de comenzar el culto, recibí la noticia de que un querido miembro de la iglesia había fallecido. A la luz de esta preocupación inmediata tuve que dejar de lado la oración que había compuesto. En su lugar oré por el dolor y la pena que sufría la iglesia en ese momento. Ante un cambio tan drástico de las circunstancias, hubiera sido un grave error continuar con lo que había planeado primero. Así ocurre cada vez que oramos. Las oraciones preparadas de antemano son valiosas, pero fácilmente pueden ser discordantes con lo que estamos viviendo en ese

momento.

Las diversas circunstancias por las que atraviesa el ser humano se reflejan en las diferentes oraciones contenidas en los Salmos. No existe una única forma o conjunto de palabras que puedan abarcar todas las circunstancias que atraviesa el pueblo de Dios. El Salmo 7, por ejemplo, tiene que ver con una falsa acusación:

> «Señor mi Dios, ¿qué es lo que he hecho?
> ¿qué mal he cometido?
> Si le he hecho daño a mi amigo,
> si he despojado sin razón al que me oprime,
> entonces que mi enemigo me persiga y me alcance;
> que me haga morder el polvo
> y arrastre mi honra por los suelos» (vv. 3-5a).

El Salmo 83 habla del ataque de los enemigos:

> «Y dicen: '¡Vengan, destruyamos su nación!
> ¡Que el nombre de Israel no vuelva a recordarse!'» (v. 4).

El Salmo 34 es una alabanza por un asunto personal:

> «Busqué al señor, y él me respondió;
> me libró de todos mis temores» (v. 4).

Mientras que el Salmo 124 es una celebración de importancia nacional:

> «Si el señor no hubiera estado de nuestra parte
> —que lo repita ahora Israel—,
> si el señor no hubiera estado de nuestra parte
> cuando todo el mundo se levantó contra nosotros,
> nos habrían tragado vivos
> al encenderse su furor contra nosotros» (vv. 1-3).

Cuando las palabras de otros no armonizaban con la situación por la que pasaban los creyentes de antaño, ellos no habrían estado conformes con repetirlas. Conocían la importancia de elevar oraciones relacionadas a las circunstancias que los rodeaban.

Lo mismo que la espontaneidad, la forma tiene ventajas y desventajas. Al utilizar oraciones preparadas de antemano, podemos lograr equilibrio y que nos expresemos bien al comunicarnos con Dios, lo cual le agradará mucho. Pero si no nos cuidamos de orar de corazón y a la luz de las circunstancias reales en que vivimos, corremos el peligro de ser fingidos e impertinentes.

Si tanto la forma como la espontaneidad tienen ventajas y desventajas, ¿cómo mejoraremos nuestra comunicación con Dios? En una palabra, la respuesta es la *variedad*. La mayoría de los cristianos, basados en su trasfondo y en sus experiencias presentes, tienden a pensar que un tipo de oración es mejor que otra. Desafortunadamente, estas preferencias personales pueden quedar fuera de control. Algunos cristianos se ríen de la oración de otro hermano por no estar a la altura del refinamiento de las oraciones que ellos escriben. Otros se burlan de los que leen sus oraciones de un libro. Debiéramos evitar estas actitudes.

Una de las mejores maneras de mantener a nuestras oraciones vibrantes y llenas de sentido consiste en variar entre la espontaneidad y la planificación. Algunas veces usemos oraciones escritas o escribamos nuestras propias oraciones. Pero otras veces tengamos la libertad de tener un encuentro espontáneo con Dios, sin olvidar que nos oye por que su gracia obra en nuestros corazones, no por la elocuencia de nuestras palabras. A medida que desarrollemos la capacidad de orar en ambas formas, descubriremos que nuestra comunicación con Dios crece en profundidad y asombro.



Los himnos en muchas ocasiones son oraciones a las que se les puso música. Elija dos fragmentos que puedan servirle cuando usted hace una oración para:

Alabar la obra de Dios ____________________________

____

____

Reconocer sus favores recibidos ____________________________

____

____

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Qué valor tiene la informalidad y la espontaneidad en la oración? ¿Qué peligros hay en este tipo de oración? ¿Cómo se pueden evitar estos peligros?
2. ¿Qué valor tiene la formalidad y la preparación en la oración? ¿Qué peligros hay en este tipo de oración? ¿Cómo podemos evitar estos peligros?
3. ¿Por qué es beneficioso variar nuestras oraciones entre planificación y espontaneidad?

EJERCICIOS

1. Haga una lista de tres situaciones en las que usted se sentiría con libertad de hablar espontáneamente. Luego mencione tres situaciones en las que cree necesario preparar lo que tendrá que decir. ¿Cuáles son las diferencias? ¿En qué sentido es la oración similar a estas situaciones diferentes?
2. En una forma espontánea desarrolle una descripción informal de la santidad de Dios. Luego lea el himno «Santo, Santo, Santo». Compare y contraste lo que elaboró de manera espontánea con lo que dice el himno. ¿Cuál es mejor? ¿Por qué?
3. Escriba una oración de cuatro o cinco oraciones gramaticales usando palabras de los Salmos o himnos bíblicos. En lo posible use la guía que sigue.

   Oh Dios, tu eres ________________________________
   (descripción de Dios basada en un himno o Salmo)

   ____

   Elevamos nuestra voz en alabanza ________________________________
   (inserte una sección del los Salmos 92, 100 0 150)

   ____

   Te alabamos por ________________________________
   (inserte otra sección del los Salmos 92, 100 0 150)

   ____

   Te alabamos porque ________________________________
   (descripción de Dios basada en un himno o Salmo)

   ____

Semana 11

Haciendo peticiones

Cuando era adolescente, uno de mis entretenimientos favoritos era escuchar radio. Había un programa que me gustaba mucho. Se llamaba «Línea de peticioness». Todos los martes y jueves en la noche sintonizaba la estación local de radio, para oír al locutor invitando a los oyentes a pedir sus canciones favoritas para dedicarlas a sus amigos. Una petición no duraba más que quince segundos, pero el programa era muy divertido, especialmente cuando un amigo dedicaba una canción a alguien conocido.

Los programas de petición son un buen entretenimiento, pero no sirven como modelo para la oración. Es lamentable que los cristianos oramos muchas veces como si estuviésemos usando la línea de peticiones para llamar a Dios. Sencillamente enumeramos ante Dios todas las cosas que queremos, y lo hacemos con la misma rapidez con que ellas nos vienen a la mente.

Cierta vez un joven pastor solicitó peticiones de oración durante el culto matutino del domingo. Esperaba que algunos de los miembros compartiesen sus necesidades de tal manera que las pudiera recordar en su oración pastoral. Pero para su gran sorpresa, los miembros de la congregación presentaron un pedido tras otro. Una y otra vez mencionaron necesidades y problemas. «Esto es maravilloso», pensó el pastor. Luego, mirando su reloj descubrió que solamente le quedaban dos minutos para orar por todas aquellas peticiones. Presa del pánico sólo atinó a leer con rapidez su lista: «Señor, protege a ... y bendice a ... y protege a ... y dale a ... y bendice a . .. ».

Con frecuencia, muchos de nosotros hacemos nuestras peticiones de la misma manera. En los grupos de oración pasamos tanto tiempo compartiendo peticiones los unos con los otros, que después tenemos que correr en lugar de orar. Incluso en nuestra vida privada, nuestras listas se hacen tan extensas, que no logramos dedicar mucho tiempo a cada petición. Nos sentimos tentados a hacer arrugar la lista, y decir: «Señor, tu conoces todas nuestras necesidades.

Por favor, ocúpate de ellas». Pero en la profundidad de nuestro interior sabemos que la oración tiene que ser algo más que el repaso de una larga lista de nombres y asuntos. ¿Existen formas mejores de comunicar nuestras necesidades a Dios? ¿Qué cosas podemos hacer en forma diferente?

URGENCIA PERSUASIVA

En primer lugar hemos de comprender que no hay nada malo con hacer numerosos peticiones breves en nuestra oración. Por ejemplo, el Padrenuestro contiene cinco peticiones en apenas cinco versículos (Mt. 6:9-13). La oración de Salomón en la dedicación del templo tiene una serie aun más extensa de peticiones (1 R. 8:22-53). Es totalmente aceptable pedir muchas cosas en oración. Sin embargo, si este enfoque domina nuestras oraciones a lo largo de un extenso período de tiempo, finalmente nos puede conducir a la negligencia de algunas otras dimensiones importantes de la comunicación eficaz con Dios. La Biblia ofrece alternativas útiles para la línea de pedidos en la oración.

La enseñanza de Jesús sobre la oración deja muy en claro que la oración puede ser mucho más urgente y persuasiva que las peticiones rápidas. En cierta ocasión, Jesús contó una parábola para ilustrar que la urgencia debería ser una dimensión vital de nuestras oraciones:

> «Supongamos —continúo— que uno de ustedes tiene un amigo, y a medianoche va y le dice: 'Amigo, préstame tres panes, pues se me ha presentado un amigo recién llegado de viaje, y no tengo nada que ofrecerle'. Y el que está adentro le contesta: 'No me molestes. Ya está cerrada la puerta, y mis hijos y yo estamos acostados. No puedo levantarme a darte nada'. Les digo que, aunque no se levante a darle pan por ser amigo suyo, sí se levantará por su impertinencia y le dará cuanto necesite» (Le. 11:5-8).

Jesús describe a un hombre que sin esperarlo, recibió visitas que se quedaron a pasar la noche. En medio de la noche, va a casa de su vecino para pedirle un poco de pan. La familia del vecino ya estaba acostada, así que no quería levantarse. Pero el hombre le presentó su petición con tal urgencia, que finalmente el vecino se levantó y le dio el pan que pedía. Luego Jesús concluye, diciendo:

> «Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá la

puerta. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre» (Le. 11:9-10).

Como lo demuestra el comentario final de Jesús, Dios está intensamente preocupado con las necesidades de sus hijos (Mt. 6:25-33). No obstante, la parábola nos enseña que tenemos la responsabilidad de orar con urgencia y persistencia.

Muchas oraciones de los Salmos confirman este punto de vista. Cuando los salmistas enfrentaban dificultades, tuvieron la precaución de expresar en oración sus intensos sentimientos. En el Salmo 69, encontramos la oración de alguien que ha sido juzgado falsamente. Él dice de sí mismo:

«¿Cómo voy a devolver lo que no he robado?» (v. 4b).

En medio de esta preocupante situación, sigue confiando en Dios. Está seguro del amor de Dios y de que Dios obrará en el instante preciso:

«Pero yo, señor, te imploro
en el tiempo de tu buena voluntad.
Por tu gran amor, oh Dios, respóndeme,
por tu fidelidad, sálvame» (v. 13).

Pero aun cuando confía, el salmista expresa que su petición tiene carácter de urgente. No se limita a decir simplemente: «Señor, por favor, ocúpate de mi problema». En cambio comunica los profundos anhelos que siente en esa situación. Note cuan dramática y urgentemente da a conocer su petición:

«Sácame del fango;
no permitas que me hunda.
Líbrame de los que me odian.
y de las aguas profundas» (v. 14).

De igual manera, en el Salmo 144:2 encontramos una expresión de confianza en el amor de Dios:

«Él es mi Dios amoroso, mi amparo,
mi más alto escondite, mi libertador,
mi escudo, en quien me refugio.
Él es quien pone los pueblos a mis pies».

A pesar de toda esta confianza, aquí también aparecen peticiones intensas:

> «Extiende tu mano desde las alturas
> y sálvame de las aguas tumultuosas;
> líbrame del poder de gente extraña» (Sal. 144:7).

Las páginas de los Salmos están llenas de peticiones urgentes. Los salmistas no se limitan a decir a Dios lo que necesitan en la forma más sucinta posible.

Más bien elaboran sus peticiones en forma dramática, demostrando la intensidad de sus sentimientos.

Jesús mismo es un modelo de urgencia en la oración. En el huerto de Getsemaní se dirigió repetidas veces a su Padre celestial para pedir de todo corazón. Lucas describe cuan intensamente presentaba sus peticiones al Padre:

> «Pero, como estaba angustiado, se puso a orar con más fervor, y su sudor era como gotas de sangre que caían a la tierra» (Le. 22:44).

Jesús no sólo nos enseñó a orar con un sentido de urgencia, sino que demostró lo que significa orar de esa manera.

En conversaciones comunes estamos acostumbrados a expresar nuestros deseos de manera intensa y persuasiva. Una noche recibí un llamado de amigos a quienes no había visto en dos años. Querían que los visitara. Yo estaba ansioso de verlos. Pero el viaje requería un vuelo a través del país y me tomaría varios días de mi recargada agenda. Al principio rechacé la invitación. Pero ellos insistieron: «Sencillamente tienes que venir. Tenemos algo muy importante para hablar contigo». Después de varias horas de conversación comprendí con cuánta urgencia querían verme. Respondí a su intenso deseo, tomé un avión y fui a visitarlos. En nuestras relaciones con la gente, sabemos cómo expresar eficazmente a otros nuestros urgentes deseos.

Es una lástima que no se pueda decir lo mismo de nuestras oraciones. Por lo general, encaramos situaciones que necesitan desesperadamente la intervención de Dios. Problemas de familia, enfermedad, hambre, por sólo mencionar algunos. ¿Pero cómo solemos manejar estas circunstancias? Con demasiada frecuencia oramos como que fuesen asuntos triviales para

nosotros. A los conflictos internacionales los ponemos en la misma categoría de unas buenas calificaciones en la escuela. Pasamos más tiempo orando por una insignificante promoción en el trabajo que por la grave enfermedad del vecino. Como resultado, nuestras peticiones muchas veces carecen de todo tono de urgencia. Aunque a veces una simple frase puede ser suficiente, debemos ser cuidadosos de no formular todas nuestras peticiones de esta manera. Siguiendo el ejemplo de Cristo y de los salmistas, debemos de aprender a comunicar nuestra urgencia a Dios.

FUNDAMENTANDO UNA CAUSA

En las conversaciones comunes, con frecuencia expresamos nuestra urgencia dando las razones por las cuales deberían ser contestadas nuestras peticiones. A veces incluso buscamos el consejo de otros y planificamos de antemano lo que queremos decir.

Se cuenta de dos muchachos que dominaban la comunicación a este nivel. Querían escalar un sendero de una montaña cercana a su hogar, pero temían que sus padres les dijeran que no. Entonces pasaron toda una mañana juntos haciendo una lista de razones para fundamentar por qué deberían darles permiso para escalar la montaña. Más tarde, ese mismo día, leyeron ante sus padres los veinticinco argumentos. Estos, al escuchar a los muchachos presentando respetuosa y fervientemente un argumento tras otros, fueron conmovidos y les otorgaron el permiso. Los muchachos querían ir por ese sendero, y pensaron cómo hacerlo; luego fundamentaron su pedido con razonamientos cuidadosamente elaborados.

De igual modo, Dios nos invita a que elaboraremos ante él nuestro argumento. En lugar de simplemente pedir lo más rápido posible, las cosas que necesitamos, las figuras bíblicas frecuentemente se tomaban el tiempo para elaborar razonamientos que fundamentaran sus peticiones. Considere el ejemplo de Abraham. Cuando supo que Dios destruiría a las ciudades de Sodoma y Gomorra, no se limitó a decir: «Señor, por favor, no destruyas las ciudades». Lo que hizo fue acompañar su petición con razonamientos persuasivos:

> «¿destruirás también y no perdonarás al lugar por amor a los cincuenta justos que estén dentro de él? Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo tratado como el

impío; nunca tal hagas. El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?» (Gn. 18:24b-25).

Abraham destacó el hecho de que Dios, como Juez de toda la tierra, no destruiría al justo juntamente con los malvados de esas ciudades. El patriarca elaboró un argumento de peso para apoyar su petición, y el Señor lo escuchó. Presentó su petición con humildad, pero también con la determinación de fundamentar su deseo lo mejor que podía. Su oración es un ejemplo para todos nosotros.

Muchos Salmos contienen este tipo de razonamiento. El Salmo 69, por ejemplo, presenta peticiones pero también ofrece razones que las apoyan. En los versículos 16-18 encontramos tres peticiones estrechamente ligadas, y cada una de ellas es acompañada por un argumento:

«Respóndeme, señor, por tu bondad y tu amor;
  por tu gran compasión, vuélvete a mí.
No escondas tu rostro de este siervo tuyo;
  respóndeme pronto, que estoy angustiado.
Ven a mi lado, y rescátame,
  redímeme, por causa de mis enemigos».

En primer lugar, el salmista le pidió a Dios que responda «por tu bondad y tu amor». La bondad y el amor de Dios constituían la base de su oración. Le pidió a Dios que responda rápidamente, «que estoy angustiado». La propia condición del salmista era otra sólida razón para su petición. También pidió ser redimido «por causa de mis enemigos». Los enemigos que lo rodeaban eran una buena causa para que Dios responda. Este tipo de apoyo que respalda las peticiones, aparece repetidas veces a lo largo de los Salmos. En efecto, es poco común encontrar a un salmista pidiendo algo sin ofrecer al menos una razón por la que se le debería conceder lo que pide.

Incluso las extensas lamentaciones que se encuentran en muchos Salmos, son en efecto, una forma de presentar un caso delante de Dios. En el Salmo 22:6-8 leemos:

«Pero yo, gusano soy y no hombre;
  la gente se burla de mí,
  el pueblo me desprecia.
Cuantos me ven, se ríen de mí;

lanzan insultos, meneando la cabeza:
'Éste confía en el Señor,
¡pues que el señor lo ponga a salvo!
Ya que en él se deleita,
¡que sea él quien lo libre!'» (vv. 6-8).

Estas palabras no sólo dan expresión a un espíritu atribulado, sino que ofrecen una razón por la cual Dios debería venir en auxilio del salmista. En efecto, está diciendo: «¿Vas a seguir permitiendo que gente malvada se burle de tu hijo y de tu palabra?» Cada vez que los salmistas expresan un lamento están demostrando su urgencia mediante la elaboración de un argumento convincente que respalda lo que piden.

En este punto debo agregar una palabra de cautela. Debemos cuidarnos de no transformar esta dimensión legítima de la oración en una ocasión para ser arrogantes delante de Dios. Cuando en oración elaboramos un argumento, no le estamos informando a Dios nada que él no sepa, ni le estamos torciendo el brazo para que haga algo que no quiere hacer. Al contrario, cuando nos volvemos a Dios en oración, debemos hacerlo como criaturas que están hablándole al Todopoderoso Creador del universo. El que ofrezcamos razones para nuestros peticiones no pone en duda su sabiduría o soberanía; simplemente demuestra la gran consideración que le tenemos.

Más aún, una vez que Dios ha obrado, tenemos que aceptar humildemente su santa y sabia decisión. Cuando el primer hijo de Betsabé estaba agonizante, David oró con todo fervor por él. Pero cuando el niño murió, David ofreció la siguiente explicación a sus siervos:

> «Viviendo aún el niño, yo ayunaba y lloraba, diciendo: ¿Quién sabe si Dios tendrá compasión de mí, y vivirá el niño? Mas ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas él no volverá a mí» (2 S. 12:22-23).

Llevando aun el luto de una dolorosa pérdida, David se inclinó humildemente ante la soberana voluntad de Dios. Lo mismo ocurrió cuando Pablo oró pidiendo alivio de un problema; siguió orando hasta que entendió cuál era la voluntad de Dios para él:

> «Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo: 'Te

> basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad'. Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo» (2 Co. 12:8-9).

Como David y Pablo, nosotros también deberíamos reconocer que la elaboración de un argumento en la presencia de Dios tiene que ser equilibrada por nuestro respeto a Dios como nuestro Señor soberano.

Aún así, sería difícil sobreestimar el valor que tiene el aprender a fundamentar las peticiones en oración. Es algo que puede transformar nuestras oraciones de diferentes maneras. Hay dos beneficios particularmente significativos. Primero, nos ofrece un medio para comunicarnos con Dios, cuando no sabemos bien qué decirle. Una noche recibí un mensaje que decía que a la hija de unos buenos amigos se le había diagnosticado meningitis espinal. Los médicos le daban poco tiempo de vida. De inmediato la iglesia organizó reuniones de oración por todas partes de la ciudad. Esa noche, cuando se reunió mi grupo, todos estaban perturbados. Nos mirábamos unos a otros sin saber qué hacer. Dios ya sabía que nosotros queríamos que la sanara. Cómo íbamos a orar cuando lo único que podíamos decir era: «¿Por favor, por favor, por favor... ?» ¿Qué palabras podían expresar nuestros sentimientos? Entonces alguien sugirió que le presentáramos a Dios todas las razones que pudiésemos imaginar para que él tuviese misericordia de la niña. La idea tuvo buena acogida y, entonces, todo el grupo comenzó a mencionar una razón tras otra. Al terminar la hora, todos sentíamos cierto alivio, sabiendo que nos habíamos comunicado con Dios de la mejor manera posible. Habíamos hecho lo mejor que pudimos para ofrecer oraciones persuasivas que era lo único que podíamos hacer en favor de la niña enferma. Felizmente, unas pocas semanas después Dios sanó milagrosamente a la pequeña, y actualmente vive una vida completamente normal. Ese acontecimiento me convenció de la importancia de fundamentar una causa delante de Dios. Es algo que nos permite expresarnos a nosotros mismos cuando simples peticiones parecen ser tan inadecuadas.

El fundamentar una causa también nos da la posibilidad de permanecer períodos más prolongados en oración fructífera. Muchos cristianos quisieran pasar más tiempo en oración, pero descubren que sus pensamientos se distraen y sus corazones se cansan después de apenas unos pocos minutos. Después de todo, ¿cuánto tiempo puede permanecer usted

presentando una petición tras otra sin caer en repeticiones carentes de sentido? Hay muchos factores que explican la capacidad que algunos cristianos tienen de orar más que otros. Indudablemente, algunos cristianos sencillamente tienen más capacidad para orar que otros, así como algunos tienen más capacidad para cantar o enseñar. Sin embargo, aprender a argumentar un caso puede contribuir significativamente a la capacidad de pasar períodos más prolongados en eficiente oración.

En una congregación en la que fui pastor, los líderes tenían la costumbre de reunirse cada tres meses para una prolongada sesión de oración. Se reunían el viernes en la noche y el sábado en la mañana. En esas ocasiones, lo normal era que nos centráramos en una o dos necesidades de la iglesia. Nos concentrábamos durante una, dos e incluso tres horas en unos pocos motivos de oración. Aquellos días aún están grabados en mi memoria como notables experiencias de oración. ¿Cómo pudimos orar tanto tiempo sin recurrir a listas de peticiones innumerables? ¿Cómo pudimos orar durante horas por un mismo motivo sin caer en vanas repeticiones? La respuesta es sencilla. Nos tomábamos tiempo para desarrollar y presentar extenso apoyo para nuestras peticiones. Nunca llegamos a aburrirnos o a cansarnos durante esas sesiones de oración. Nos comunicábamos eficazmente con Dios explicando y fundamentando nuestras peticiones.

Así es como los cristianos pueden demostrar urgencia en la oración. Cuando le presentamos nuestras peticiones a Dios, debiéramos llenar nuestras oraciones con extensos razonamientos y argumentos en favor de las peticiones. Cuando esto sea nuestra práctica regular, nuestra comunicación con Dios se beneficiará de innumerables maneras.



La argumentación solo la podemos hacer dentro de los horizontes que son legítimos dentro de la Palabra y del carácter de Dios.

Carácter de Dios	**Argumento**
____________________	______________________________
____________________	______________________________
____________________	______________________________

TIPOS DE ARGUMENTOS

¿Específicamente, qué clase de argumentos podemos presentarle a Dios? ¿De qué recursos persuasivos podemos valemos? ¿Cómo podemos ordenar esos pensamientos de manera que agraden a Dios? En muchos sentidos, las respuestas a estas preguntas variarán de acuerdo con cada individuo, y ningún esquema en particular será apto para todas las situaciones. De todas maneras, podemos hacer algunas observaciones generales que brindarán numerosas ideas útiles.

Podemos dividir nuestros argumentos en tres categorías. Primero, nuestras peticiones pueden ser respaldadas reflexionando en el pueblo de Dios. Segundo, podemos basar nuestras peticiones en el mundo que nos rodea. Tercero, podemos respaldar peticiones apelando al carácter de Dios y a la Palabra de Dios. Estas tres clases de argumentos: el pueblo de Dios, el mundo, y Dios y su palabra, son elementos básicos para fundamentar nuestras peticiones.

Éxodo 32 registra una oración que contiene estos tres elementos juntos. Habiendo visto el becerro de oro, Dios determina destruir a Israel, pero Moisés ofrece una urgente y persuasiva oración. Los elementos persuasivos de la oración de Moisés se concentran en tres cosas que le preocupaban. En primer lugar, Moisés reflexiona sobre el pueblo de Dios:

> «Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte?» (Ex. 32:1 Ib).

Las palabras cruciales de esta frase son «tu pueblo». Moisés sabía que a los ojos de Dios los israelitas no eran gente común. Eran la niña de sus ojos y los amaba mucho. Por tal motivo, Moisés pidió a Dios que los perdonara, apelando al carácter especial del pueblo de Dios. Así argumentó su causa.

Este es un tema que aparece a lo largo de toda la Biblia. En el Salmo 90:12, leemos:

> «Enséñanos a contar bien nuestros días,
> para que nuestro corazón adquiera sabiduría».

¿Por qué pide el salmista la capacidad de comprender lo breve que es la vida? Para que él y sus compañeros puedan ganar sabiduría. La plegaria por

aceptación y perdón que encontramos en el Salmo 69:17, también es respaldada apelando al pueblo de Dios:

> «No escondas tu rostro de este siervo tuyo;
> respóndeme pronto, que estoy angustiado».

El salmista señala su propia condición atribulada para respaldar su petición. Centrar la atención en nosotros y en otros como pueblo de Dios, puede ser una forma eficaz de establecer nuestra causa en oración.

El Éxodo nos informa que el segundo argumento que Moisés usó para su petición, consistió en llamar la atención al mundo que lo rodeaba:

> «¿Por que han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepiéntete de este mal contra tu pueblo» (Ex. 32:12).

Moisés tiene las cosas claras, si el pueblo de Dios es destruido por su mismo Dios, las consecuencias en cuanto a lo que pensaría el mundo serían contraproducentes. Los egipcios se burlarían y mofarían del Señor y de su pueblo. Moisés sabía que Dios no había librado a Israel sólo para dar a los egipcios la oportunidad de reírse de lo que Dios había hecho. Por el contrario, Dios había obrado señales y maravillas para su propia gloria. De manera que, Moisés apeló a los efectos contraproducentes que la destrucción de Israel causaría en el mundo que lo rodeaba.

Muchas veces los Salmos mencionan cosas que ocurren en el mundo como respaldo a las peticiones. En el Salmo 55 el salmista pide lo siguiente:

> «¡Destruyelos, Señor!
> ¡Confunde su lenguaje!» (Sal. 55:9a).

¿Pero, por qué habría de destruir Dios a los malvados? La respuesta es:

> «En la ciudad sólo veo contiendas y violencia;
> día y noche rondan por sus muros,
> y dentro de ella hay intrigas y maldad» (55:9b-10).

El salmista menciona las condiciones del mundo que lo rodea como base para su petición. En el Salmo 74:18 leemos lo mismo:

«Recuerda, señor, que tu enemigo se burla,
y que un pueblo insensato ofende tu nombre».

El salmista le ruega a Dios que lo escuche en base a lo que sus enemigos están haciendo. Otra vez, el respaldo de su petición lo deriva de condiciones externas. Cuando uno se centra en el mundo exterior, la oración puede tomar muchas formas. Cualquiera sea el caso, la mención del mundo que nos rodea también puede ser una forma significativa de elaborar un caso en la presencia de Dios.

Tercero, Moisés también apeló a Dios y a su palabra como base de su petición:

«Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de que he hablado, y la tomarán por heredad para siempre» (Ex. 32:13).

En su esfuerzo por respaldar su petición, Moisés recordó las promesas que Dios había hecho a los patriarcas. Sabía que Dios sería fiel a sus promesas. De manera que, Moisés citó la palabra de Dios como respaldo definitivo de su petición.

Este tipo de respaldo también lo encontramos en los Salmos. Muchas veces los salmistas piden que Dios los trate conforme a la fidelidad y misericordia de su pacto. El Salmo 74 eleva una súplica con términos indubitables:

«No entregues a las fieras

la vida de tu tórtola; no te olvides, ni ahora ni nunca,

de la vida de tus pobres. Toma en cuenta tu pacto.» (vv. 19-20a).

En el Salmo 119:149, leemos:

«Conforme a tu gran amor, escucha mi voz; conforme a tus juicios, señor, dame vida».

Y otra vez, en forma más osada el salmista dice,

«¿Dónde está, Señor, tu amor de antaño,

que en tu fidelidad juraste a David?» (Sal. 89:49).

Como hijos de Dios, al orar podemos apelar al carácter de Dios y a su palabra. Dios es fiel a su naturaleza y a sus promesas. Apelando a Dios y a su palabra podemos establecer una fuerte base que respalde nuestras peticiones.

En este capítulo hemos visto que a Dios hemos de ofrecerle peticiones urgentes y persuasivas. Podemos hacer que nuestras oraciones sean más convincentes fundamentando nuestra causa de tres maneras: (1) centrando la atención en el pueblo de Dios, (2) centrando la atención en el mundo que nos rodea y (3) centrando la atención en Dios y en su palabra.

Cuando Moisés hizo uso de estos recursos, recibió una maravillosa respuesta de Dios:

> «Entonces Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo» (Ex. 32:14).

A medida que hagamos uso creciente de estos medios divinamente ordenados, también hallaremos que nuestra comunicación con Dios será más eficiente.

PREGUNTAS DE REPASO

1. Mencione dos ejemplos bíblicos de oración que exhiban urgencia persuasiva. Describa de qué manera las oraciones modernas frecuentemente se apartan de estos modelos.

2. ¿Qué significa fundamentar una causa en oración? Cite algunos ejemplos bíblicos de esto. ¿Qué peligros debemos evitar en esta área?

3. ¿Cuáles son las tres fuentes principales de respaldo para nuestras oraciones?

EJERCICIOS

1. Escoja una petición que a menudo se menciona en oración, y anote cinco razones por las que usted piensa que debería concederse. Evalúe sus razones, basándose en Dios y en su palabra, en el mundo que le rodea y en el pueblo de Dios.

2. Escriba una oración de seis a ocho oraciones gramaticales, en la que usted presente una petición a Dios, respaldando lo que pide con por lo menos tres razones. En lo posible use la guía que sigue.

Oh ____
(nombre del título divino)

Venimos a ti para pedirte________________________________
(presente su petición)

____

____

____

Hacemos esta petición por causa de tu pueblo, pues _____________

____
(respalde su petición apelando al pueblo de Dios)

Te invocamos por causa del mundo que nos rodea. El mundo _______

____
(respalde su petición basándose en las circunstancias del mundo)

____

También hacemos esta petición basados en tú carácter. Tú eres ______

____
(respalde su petición basándose en el carácter de Dios o en su Palabra)

____

Escucha nuestra oración, oh Señor. Te honramos _______________

____
(nombre divino o título)

Por tu mano generosa. Amén

EJERCICIO AMPLIADO

Durante la próxima semana ore dos o tres veces pidiendo solamente una cosa. Tome la precaución de respaldar lo que pide con razonamientos persuasivos. Quizá le ayude la guía sugerida en el ejercicio 2.

Semana 12

Haciendo peticiones

Los pequeños tienen una asombrosa habilidad para hacer reír a los adultos. Su curiosidad insaciable, sus preguntas irreverentes, sus poses inesperadas, todo ello tiene un gran poder para deleitar. Pero a pesar de todo el gozo que traen, aun el más orgulloso de los padres tendrá que admitir que, por lo menos, de vez en cuando el halo se desvanece. Todos lo hemos visto. La tía Emilia le da un caramelo al pequeño Nelson, quien se lo arrebata de la mano. Del otro extremo de la habitación, la madre le ordena al pequeño: «Mi amor, déle gracias a la tía». Pero el niño no responde. La mamá repite: «De gracias, Nelsito» sin lograr reacción. Con el ceño fruncido, la madre se para delante de él, y le dice: «Dale gracias a tu tía o te vas castigado a tu dormitorio». Nelsito mira el dedo que señala en dirección al dormitorio. Duda por un momento y baja la mirada hacia el suelo. Luego, entre dientes fuerza un «gracias» apenas audible, y sale corriendo de la habitación. Para los niños no es natural mostrar gratitud. Tienen que aprender a hacerlo, y los padres pasan mucho tiempo enseñándoselo.

Aunque suene extraño, para los adultos tampoco es natural mostrar gratitud. La mayoría de los adultos han aprendido a ser lo suficientemente corteses como para agradecer a sus colegas y amigos los favores recibidos, pero cuando tenemos que expresar gratitud sincera y profunda, tendemos a incomodarnos. Si nos resulta difícil expresar gratitud a las personas que podemos ver y tocar, cuánto más difícil nos resulta expresar gratitud al Dios inmortal e invisible. La mayoría de los cristianos sabe que Dios merece nuestra gratitud. Reconocemos, al menos en forma intelectual, que todo lo que tiene valor para nosotros, lo hemos recibido de él, pero muchas veces no es tan fácil ser sinceramente agradecidos. Comunicar eficazmente nuestra gratitud a Dios es un arte digno de ser aprendido. En este capítulo vamos a explorar formas de expresar gratitud a Dios. ¿Acaso hay palabras que expresen eficazmente nuestra gratitud? ¿Cómo podemos comunicarle a Dios nuestra gratitud?

CAUSA Y PROPÓSITO DE LA GRATITUD

Son muchas las razones que nos llevan a decirnos «gracias» unos a otros. A veces sólo nos impulsa el hábito. Se cuenta la historia de una mujer que se las pasaba diciendo «gracias» cien veces al día, incluso cuando no lo sentía. Cada vez que alguien le ayudaba en forma mínima, ella lo agradecía profusamente. En una ocasión, un agente de policía la amonestó por haber excedido el límite de velocidad. Cuando le entregó la boleta con la correspondiente multa, ella respondió con una amplia sonrisa y un efusivo «gracias». Finalmente, cierto día, un compañero de oficina no aguantó más, y le dijo: «Por favor, ¿podrías dejar de decir gracias todo el día? Creo que voy a estallar si vuelves a decirlo». La joven suspiró profundamente, y respondió: «Supongo que me estoy pasando un poco de la raya. Haré lo mejor que pueda para controlarme. Muchas gracias». En ese instante un grito ensordecedor estalló en la oficina.

Es triste que también los creyentes a menudo expresen gratitud en la misma forma mecánica. Le damos gracias a Dios por simple hábito. En efecto, estamos tan acostumbrados a incluir una palabra de gratitud en la oración, que tendemos a descansar en frases acuñadas, como «gracias por las muchas cosas que nos has dado . . . », «gracias por este día . . . », «gracias por enviar a tu Hijo para salvarnos de nuestros pecados . . . ». Ninguna de estas expresiones es en sí inapropiada. Debemos dar gracias por estos maravillosos dones de Dios. Pero cuando estas palabras salen automáticamente a nuestros labios, dejan de reflejar las verdaderas actitudes de nuestro corazón.

Las Escrituras enseñan que en la oración, la acción de gracias debe expresar el profundo aprecio que tenemos por lo que Dios ha hecho por nosotros. Con frecuencia los cristianos se enredan tanto en los asuntos de esta vida, que la realidad de las bendiciones de Dios se borra de sus mentes. En algún momento de la vida, la mayoría de los padres ha sentido este tipo de negligencia de parte de sus hijos. Los padres trabajan duro, ahorran y hacen sacrificios para comprarles ropa y juguetes que luego quedan guardados en el ropero porque no se ajustan totalmente a la moda del momento. De igual manera, los creyentes con frecuencia dan por sentado los dones de Dios. En forma constante somos tentados a olvidar de que es Dios quien suple cada una de nuestras necesidades. De manera que, tenemos que hacer un esfuerzo especial para apreciar sus bendiciones. Es por eso que

Pablo dijo:

«den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús» (1 Ts. 5:18).

Dios no está lejos de nuestras vidas. Cuando algo bueno se cruza por nuestro camino, no debemos explicarlo en términos de causas naturales. Tenemos que apreciarlo como un regalo del mismo Creador.

Al comprender lo que significa ser agradecidos, también comenzamos a ver el propósito de la gratitud en oración. Las palabras iniciales del Salmo 30 ofrecen una clara declaración del propósito de dar gracias:

«Te exaltaré, señor, porque me levantaste,
porque no dejaste que mis enemigos se burlaran de mí» (v. 1).

El salmista ha recibido una bendición de Dios y su corazón está lleno de gratitud. En consecuencia, se dedica a exaltar a Dios mediante la oración. Por medio de sus palabras trata de hacer evidente la bondad de Dios. Oímos este mismo deseo de magnificar a Dios en el Salmo 34:1 -2:

«Bendeciré al señor en todo tiempo;
mis labios siempre lo alabarán.
Mi alma se gloría en el señor;
lo oirán los humildes y se alegrarán».

En este texto, el salmista da gracias con el fin de glorificar al Señor. Incluso invita a otros para que se le unan. Esta misma motivación subyace a las palabras iniciales del Padrenuestro:

«santificado sea tu nombre» (Mt. 6:9c).

Estos pasajes enseñan que uno de los fines principales que se buscan al dar gracias es exaltar a Dios por medio de nuestras palabras. Por la oración exhibimos el lugar especial y honorable que Dios ocupa en nuestros corazones en virtud de lo que él ha hecho.

Cuando serví como ministro de educación cristiana de mi iglesia local, tenía la costumbre de ofrecer una vez por año una cena de reconocimiento para los maestros. Aunque durante el año le daba gracias a cada uno de los maestros, el banquete era una forma especial de mostrarles mi gratitud. Llegaba muy temprano a la iglesia y pasaba la mayor parte del día

preparando la comida, y no permitía que los maestros me ayudaran en nada. Al llegar la noche les servía la comida a ellos y sus conyugues. No me daba todo ese trabajo porque me gustara tanto cocinar, sino que lo hacía para exaltarlos. Apreciaba tanto su espíritu de cooperación y su arduo trabajo, que quería demostrarles cuánto significaban para mí. Creo que en general captaron el mensaje.

Lo mismo hacemos cuando damos gracias por medio de la oración. La acción de gracias es una muestra de aprecio a Dios. No se trata de una oportunidad para recitar frases gastadas. No se trata de cumplir con una obligación porque tenemos miedo de aparecer como ingratos. La gratitud es un servicio que con intensidad se dirige hacia una persona. Expresamos gratitud a fin de tratar a Dios con el respecto y el honor que se merece por las cosas que ha hecho por nosotros. Desde las cosas más comunes hasta las más espectaculares. Dios siempre está preocupado por nuestras necesidades. De manera que servimos, por así decirlo, un banquete de palabras dirigidas a él. Él es nuestro huésped, y nosotros le servimos con muestras de aprecio y admiración.

PALABRAS DE GRATITUD

Uno de los problemas que muchos cristianos tienen al orar es que no encuentran palabras para expresar su aprecio a Dios. Si tomamos en cuenta los ejemplos de las personas que nos rodean, pensaremos que dar gracias es decir simplemente: «Muchas gracias» por esto o aquello, según la bendición específica que tengamos en mente. Este tipo de oración es sano y es aceptable cuando se ofrece con sinceridad. Pero esta forma de orar no es ni el comienzo de una oración que incorpore las muchas maneras en que podemos expresarle a Dios eficazmente nuestra gratitud. ¿Durante cuánto tiempo podemos decir simplemente: «Muchas gracias» sin caer en el tedio o la falta de sinceridad? ¿Qué expresiones alternativas nos pueden ayudar a comunicar la gratitud que tenemos en nuestros corazones? Abundan las respuestas a estas preguntas, pero hay una forma esencial de expresar gratitud, y ésta aparece una y otra vez en los Salmos.

Los salmistas básicamente mostraban su aprecio a Dios haciendo un relato detallado de lo que Dios había hecho por ellos. En efecto, en los Salmos la gratitud muchas veces toma la forma de historias. En el Salmo 30:6-10, encontramos al salmista ofreciendo un interesante relato de

acontecimientos recientes ocurridos en su vida:

«Cuando me sentí seguro, exclamé:
'Jamás seré conmovido'.
Tú, señor, en tu buena voluntad,
me afirmaste en elevado baluarte;
pero escondiste tu rostro,
y yo quedé confundido.
A ti clamo, señor soberano;
a ti me vuelvo suplicante.
¿Qué ganas tú con que yo muera,
con que descienda yo al sepulcro?
¿Acaso el polvo te alabará
o proclamará tu verdad?
Oye, señor; compadécete de mí.
¡Sé tú, señor, mi ayuda».

Nótese el detalle con el que el salmista describe su experiencia. Relata cómo se llenó de autosuficiencia por todas las bendiciones que recibía de Dios. Esto provocó que Dios le retirara su protección, y entonces surgieron todo tipo de problemas. En medio de sus problemas, el salmista clamó a Dios con oraciones convincentes, y el Señor le escuchó. Al reflexionar sobre estos acontecimientos, el salmista no se limita a dar un rápido: «Muchas gracias, Señor, por tu ayuda». Al contrario, expresa su gratitud contando detalladamente cómo Dios tuvo misericordia de él.

El Salmo 34 adopta un estilo semejante:

«Busqué al señor, y él me respondió;
me libró de todos mis temores.
Radiantes están los que a él acuden;
jamás su rostro se cubre de vergüenza.
Este pobre clamó, y el señor le oyó
y lo libró de todas sus angustias.
El ángel del señor acampa en torno a los que le temen;
a su lado está para librarlos» (vv. 4-7).

En el Salmo 18 encontramos otro relato de gratitud, pero en este caso con una variación importante. El salmista habla de los problemas que le

sobrevinieron y de cómo Dios contestó su oración:

«En mi angustia invoqué al señor;
clamé a mi Dios,
y él me escuchó desde su templo;
¡mi clamor llegó a sus oídos! (v. 6).

Además relaciona su experiencia a una historia bien conocida de las Escrituras. Encontró un paralelismo entre su propia liberación y la liberación de Israel en el Mar Rojo:

«La tierra tembló, se estremeció;
se sacudieron los cimientos de los montes;
¡retemblaron a causa de su enojo!
Por la nariz echaba humo,
por la boca, fuego consumidor;
¡lanzaba carbones encendidos! Rasgando el cielo, descendió,
pisando sobre oscuros nubarrones (vv. 7-9).

Al relacionar su propia vida a los acontecimientos del Mar Rojo, el salmista arroja luz sobre la magnificencia de lo que Dios había hecho por él. De manera que Dios actuó en el pasado, así actuó ahora en la vida del salmista. En este Salmo, se dedican no menos de cuarenta y dos versículos (Sal. 18:4-45) para contar y volver a contar la historia de las obras de Dios.

Cuando era pastor, tenía la costumbre de visitar a los miembros de mi iglesia cuando se les internaba en el hospital, y otra vez cuando regresaban a casa. Una vez en casa, al terminar la visita, solía pedirles que nos dirigieran en una oración. Por lo general, se limitaban a expresar una rápida palabra de gratitud, para después proseguir con una lista de necesidades: ayuda con el pago de las cuentas, paciencia con los hijos, más fuerza, etc. Sin embargo, recuerdo una visita excepcional. La madre de un miembro de la iglesia había regresado a casa, después de ser sometida a un tratamiento contra el cáncer. Siguiendo mi costumbre, la visité y le pedí que orase. Para mi sorpresa no oró como suelen orar otros. Más bien contó una historia. Habló del cuidado que Dios tuvo de ella cuando se descubrió su mal, contó del consuelo que recibió del Señor durante los tiempos de temor, y de la mano de Dios que la había sostenido durante el sufrimiento que había atravesado. Luego pasó a describir la clase de espíritu que tenían sus médicos, las oportunidades que

tuvo para compartir su fe, la alegría de volver a casa, y la maravillosa esperanza de haber conquistado la enfermedad. Por un momento también reflexionó en algunas de las historias del ministerio sanador de Jesús, historias que atesoraba. Después de contarle a Dios todos estos acontecimientos, simplemente terminó diciendo: «Amén>:

Me quedé boquiabierto. Había orado sin pedir ni una sola cosa. Su oración había sido exclusivamente una historia de lo que Dios había hecho en su vida. Ese día cambió drásticamente mi enfoque de la oración. A través del ejemplo de aquella mujer comencé a descubrir el gozo de expresar gratitud a Dios, contándole historias de mi propia vida y describiendo cómo ellas me recuerdan las poderosas obras de Dios registradas en la Biblia.

Todo creyente tiene una historia que contarle a Dios, puesto que él siempre hace milagros en favor de ellos. Puede ser el haber sanado de una enfermedad, la solución a un problema familiar, la liberación de alguna clase de problema que afecta a un amigo. Dios nos invita a acercarnos a él para contarle nuestra historia. Es verdad que él ya conoce la bendición que nos ha dado. No le informamos nada nuevo. Pero le contamos nuestra historia para darle la alegría de disfrutar de nuestra gratitud. Como Padre amoroso, Dios se deleita en gran manera escuchando las historias de gratitud de sus hijos.

Hace poco, realizamos una fiesta de cumpleaños para nuestra hija en la pista de patinaje. Un buen número de amigos vinieron a la fiesta y, obviamente, ella lo pasó muy bien. A la hora de irnos a dormir, me senté junto a ella y le pregunté si había disfrutado de la fiesta. «Claro», fue su respuesta. Pero yo quería oír más sobre cómo lo había pasado. Entonces le dije: «Cuéntame lo que más te gustó». Y sólo me respondió: «Me gustó todo». No sintiéndome satisfecho todavía, seguí insistiendo: «¿No me puedes contar un poco más?». Quería estar seguro de que ella había apreciado el esfuerzo que su madre y yo habíamos hecho. Pronto captó la idea y comenzó a contarme todo lo que había pasado esa tarde. Yo escuchaba sentado mientras ella me contaba una cosa tras otra. Quizá ella no se dio cuenta, pero durante todo ese tiempo mi hija estaba diciéndome «Muchas gracias». Fue una bendición para mí saber que la fiesta había significado mucho para ella.

De manera muy similar, con frecuencia los cristianos creen que una o dos palabras fugaces bastan para expresar su gratitud a Dios. Sin embargo, los

Salmos nos hacen ver de que Dios desea oír más de nosotros. Podemos expresar más plenamente nuestra gratitud contando las historias de su obra maravillosa en nuestras vidas. Cuando nos tomamos el tiempo para contarle a Dios la historia de lo que él ha hecho, lo estamos exaltando y dándole la gratitud que él merece.

LOS RESULTADOS DE LA GRATITUD

Habiendo considerado el propósito de la gratitud y una de las formas de expresarla, todavía podríamos preguntarnos qué resultados se desprenden de las acciones de gracias. ¿Cómo afecta nuestra vida el dar gracias a Dios? El dar gracias a Dios no sólo es una delicia para él, sino que es beneficioso para nosotros.

Tomarnos el tiempo para dar gracias en oración puede animarnos mucho cuando las cargas de la vida nos oprimen severamente. A veces el mal que a diario nos confronta termina por abrumarnos. El escenario internacional registra guerras y opresión. Nuestras ciudades están llenas de problemas y violencia. El comercio nos engaña. Nos encontramos con vecinos rudos y desconsiderados. Hasta en la iglesia, la conducta de algunos hermanos nos trae problemas. Además de esto, nos miramos a nosotros mismos y quedamos profundamente desilusionados. Nos frustra nuestra carencia de poder para vencer los problemas personales. Quedamos perplejos ante nuestra propia inclinación hacia el egoísmo. Vemos lo poco que hemos hecho con nuestras vidas y nos preguntamos adonde se ha ido todo el tiempo. Bajo el bombardeo constante de estos pensamientos, no es de asombrarse que los cristianos con frecuencia se sientan aplastados bajo la desilusión y el desaliento. Afortunadamente, el dar gracias en oración puede ser una forma eficaz de vencer esos sentimientos.

En los Salmos vemos que como consecuencia de la gratitud emerge una personalidad consistente. Invariablemente, los salmistas se fortalecen y animan grandemente por medio de la acción de gracias. En el Salmo 30, después de relatar su liberación, el salmista prosigue:

«Convertiste mi lamento en danza;
    me quitaste la ropa de luto
    y me vestiste de fiesta,
para que te cante y te glorifique,

y no me quede callado.

¡señor, mi Dios, siempre te daré gracias!» (vv. 11-12).

El salmista se alegra de que Dios haya revertido su situación. Su gozo es tremendo. No sólo se siente aliviado, sino también animado en lo profundo de su alma. El gozo rebalsa de tal manera su corazón, que no se puede estar quieto. Danza en presencia del Señor.

Otro Salmo deja ver que la gratitud puede producir un resultado levemente distinto. Después de relatar las bendiciones de Dios, el salmista se vuelve hacia quienes lo rodean y les dice:

«Prueben y vean que el señor es bueno;
dichosos los que en él se refugian.
Teman al señor, ustedes sus santos,
pues nada les falta a los que le temen.
Los leoncillos se debilitan y tienen hambre,
pero a los que buscan al señor nada les falta» (Sal. 34:8-10).

En el contexto original del Antiguo Testamento, estas palabras apuntan a una fiesta que el salmista había preparado para sus amigos. En aquellos días era común que los creyentes celebraran las bendiciones especiales de Dios alrededor de una comida. Al comer la buena comida que se les había preparado para ellos, los creyentes tenían la oportunidad de gustar y ver que el Señor es bueno (cf. v. 8). Al saborear la comida, podían contemplar de nuevo cuan bueno había sido Dios con su pueblo. Lo que siempre habían sabido como verdad teórica, ahora lo experimentaban en forma inmediata. Dios había mostrado su bondad.

Hace algunos años di una serie de conferencias en una convención de iglesias en México. En muchos sentidos fue una gran experiencia, pero me enfermé con lo que los mexicanos llaman «la enfermedad del turista». A efectos de poder cumplir con mis responsabilidades docentes, tuve que privarme de comer durante tres días. Demás está decir que al final de mi viaje me sentía totalmente fatigado. Mi actitud hacia la vida era negativa, me era difícil ver algo con ojos positivos. Camino al aeropuerto, pasé la noche en casa de unos amigos. La dueña de casa se dio cuenta de que estaba muy débil, de modo que insistió en que comiera algo. Al principio dudé, pero ante su insistencia decidí comer. Con el primer bocado de esa tortilla de

queso sentí que mis manos comenzaron a hormiguear. La adrenalina comenzó a fluir y repentinamente todo mi cuerpo volvió a la vida. Junto con mi cuerpo, también se levantó mi espíritu y toda mi disposición se convirtió en alegría. El desvanecimiento y la fatiga desaparecieron, y volví a ver la vida con ojos positivos.

La misma revitalización ocurre, cuando nos tomamos el tiempo para contarle a Dios historias de gratitud. Aunque nos sintamos exhaustos por los problemas que enfrentamos en este mundo, cuando relatamos las historias de la misericordia de Dios en nuestras vidas, nuestros corazones cansados se levantan y se fortalecen. De tanto en tanto, todo cristiano necesita esta clase de aliento.

¿Estás cansado? ¿Estás desalentado por cómo marcha tu vida? ¿Te parece que a veces la bondad de Dios es solamente un concepto teórico vacío? Expresar gratitud en oración puede ayudar. Contémosle a Dios nuestras historias de gratitud, pues así conoceremos en forma profunda y personal que Dios es bueno aquí y ahora. Nuestras almas pueden hallar el gozo y la paz de ver la mano amorosa y tierna de Dios obrando en nuestras vidas.

En este capítulo hemos analizado diversas dimensiones de la gratitud en la oración. Hemos considerado el propósito de dar gracias. También hemos aconsejado cómo contarle a Dios las historias de lo que él ha hecho por nosotros. El resultado de tales expresiones es una medida especial de fuerza y gozo en Cristo. La comunicación eficaz de gratitud a Dios es parte esencial de una fructífera vida de oración.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Cuál es la base y el propósito de mostrar gratitud a Dios en oración? ¿De qué manera nuestras oraciones carecen muchas veces de esta dimensión?

2. ¿Cómo pueden nuestras oraciones contener historias de gratitud?

3. ¿Qué resultados podemos esperar para nuestras vidas, cuando decidimos mostrar gratitud en la oración?

EJERCICIOS

1. Cuéntele a alguien una historia de varios acontecimientos que

demuestran las bendiciones de Dios en su vida. Piense de qué manera se puede relacionar esa historia a alguna historia bíblica.

2. Escriba una oración de seis a ocho oraciones gramaticales en la que le cuenta a Dios una historia de gratitud. Incluya también un resumen de algún acontecimiento bíblico que le recuerde su propia historia. En lo posible use la guía que sigue.

Señor, tú eres ____
(descripción de Dios)

____

Recordamos lo mucho que nos has bendecido. Tú has ____________

____
(cuente una historia de gratitud)

____

____

Estos hechos nos recuerdan que______________________________

____
(resuma una historia biblica que usted relaciona con su experiencia personal)

____

____

Te agradecemos de todo corazón por tu infinita misericordia. Amén.

EJERCICIO AMPLIADO

Durante esta semana ore al menos dos veces, incluyendo una historia de gratitud por las bendiciones de Dios. La guía del ejercicio 3 le puede ayudar.

Semana 13

Más allá de las palabras

La gente no se limita a las palabras cuando se comunican unos con otros. El tono de voz, nuestras expresiones faciales, y aún los movimientos del cuerpo comunican mensajes. Cierta vez una persona entró en mi oficina y sólo expresó que quería conversar un poco, pero pronto percibí que estaba muy atribulado. Mientras hablábamos de cosas superficiales, esta persona mantenía la vista en el suelo y se frotaba las manos. Cuando le pregunté qué le pasaba, reconoció estar profundamente atribulado. De inmediato nuestra charla se transformó en una discusión más bien extensa de algunos problemas muy significativos. La mayoría de nosotros hemos estado en situaciones similares. Escuchamos palabras que sólo comunican parte de lo que se nos quiere decir. También notamos otras señales que nos comunican cosas en una forma más eficaz que las palabras.

De la misma manera, comunicarnos con Dios implica mucho más que hilvanar palabras. Los cristianos muchas veces piensan que la oración es simplemente un asunto de usar la apropiada terminología y poner ideas premoldeadas en un formato verbal aceptable. Pero la comunicación por medio de la oración implica mucho más. Dios presta atención a la inflexión de nuestras voces, a nuestras expresiones, a nuestra postura, y a otras formas de lenguaje corporal. En ese capítulo vamos a explorar estas dimensiones no verbales de la oración. ¿De qué manera quiere Dios que le hablemos usando más que palabras?

LLORAR Y CANTAR

En las Escrituras vemos que al orar, la gente no tomaba una actitud distante hacia sus palabras. Sus oraciones eran profundamente personales y surgían de lo profundo de su ser. Por eso, muchas oraciones bíblicas exhiben sentimientos fuertes. Muchas veces estas actitudes se comunicaban por medio de palabras, como en la mayoría de nuestras oraciones modernas. Sin embargo, en algunas circunstancias no bastaban las palabras, sino que otros modos de lenguaje eran necesarios. Por ejemplo, muchas veces las oraciones

pueden incluir el llorar o el cantar.

El llorar en oración es una dimensión importante de muchos Salmos. Cuando en tiempos de angustia los salmistas se volvían a Dios, con frecuencia lloraban en oración. En el Salmo 39:12, leemos:

«Señor, escucha mi oración,
atiende a mi clamor;
no cierres tus oídos a mi llanto».

El salmista se angustia terriblemente, al enfrentar al mundo que le rodea. Su necesidad lo hace llorar amargamente delante de Dios. El Salmo 6 también nos ilustra el lugar apropiado que las lágrimas tienen en la oración. El salmista clama a Dios por ayuda, diciendo:

«Angustiada está mi alma;
¿hasta cuándo, señor, hasta cuándo?» (v. 3).

Las adversidades lo han afligido tanto, que termina diciendo:

«Cansado estoy de sollozar;
toda la noche inundo de lágrimas mi cama,
¡mi lecho empapo con mi llanto!
Desfallecen mis ojos por causa del dolor;
desfallecen por culpa de mis enemigos» (vv. 6-7).

A lo largo de toda la Biblia, el llanto es parte de la comunicación con Dios en tiempos de dolor y sufrimiento. Cuando el pueblo de Dios sufre mucho, llora delante de él. Al encarar obstáculos demasiado grandes para ellos, lloran. La expresión de tristeza e intensa necesidad por medio del llanto es parte vital de la oración.

Hace algunos años, trabajé con un grupo de cristianos, de los cuales muchos habían sido drogadictos. Los miembros del grupo tenían sus altibajos, pero hay un joven que se quedó grabado en mi memoria como ejemplo sobresaliente de una persona transformada radicalmente por Cristo. Al convertirse en cristiano, su vida cambió por completo y dejó del todo las drogas. Una tarde de domingo, aproximadamente un año después de su conversión, su madre nos llamó por teléfono. La mujer estaba fuera de sí. Al parecer el joven había tomado alguna droga y se había ido de la casa en un arrebato de violencia.

Las noticias nos golpearon fuerte. Nos apenaba que nuestro hermano hubiese tropezado y vuelto a su antigua vida. Pero otro elemento hacía la situación mucho más seria y más letal. Algunos días antes se nos informó que por la ciudad se había estado distribuyendo una mezcla deficiente de heroína. Se decía que un traficante había procesado la droga con un veneno. De inmediato nos llenamos de temor. ¿Qué si nuestro amigo había usado las drogas contaminadas?

Todos sabíamos que la situación estaba fuera de nuestro control, de modo que fuimos a Dios en oración. Al arrodillarnos le expresamos tan intensamente nuestros temores al Señor, que al poco tiempo todos estábamos llorando. A medida que aumentaban las lágrimas mermaban las palabras; lloramos amargamente.

Después de nuestro período de oración volví a casa, todavía triste y desilusionado por los acontecimientos del día. De pronto vi a nuestro amigo caminando por la berma de la autopista. Me detuve y lo hice subir al vehículo. Dios había contestado nuestras oraciones, puesto que no obtuvo la droga de la fuente contaminada. Después de algunos días ya estaba en camino a una plena recuperación. Durante ese tiempo de angustia nos comunicamos en oración con más que palabras. Abrimos nuestro corazón con llanto, y Dios escuchó nuestro clamor.

En muchas culturas modernas se le enseña a los niños que llorar es una señal de debilidad. «Los hombres no lloran», se nos dice. Uno de los efectos lamentables de esta perspectiva es la incomodidad que sentimos ante el llanto en la oración. En algunos círculos, se tiene tal prejuicio contra la expresión de las emociones que el llanto es considerado una falta de fe en Dios. No importa lo que se argumente, estas opiniones son contrarias a los ejemplos de oración que encontramos en la Biblia. Esto nos hace ver lo importante que es librarnos de los chalecos de fuerza impuestos por la cultura. Tenemos que aprender que a veces la única forma adecuada de expresar lo que siente nuestro corazón es bañando con lágrimas nuestras palabras.

Las Escrituras enseñan claramente que Dios da especial atención al llanto de sus hijos. Dios vio las lágrimas de Ezequías y dijo:

«Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano; al

tercer día subirás a la casa de Jehová» (2 R. 20:5b).

Podemos asegurar de que Dios nunca pasará por alto nuestras lágrimas:

«Toma en cuenta mis lamentos;
registra mi llanto en tu libro;
¿Acaso no lo tienes anotado?» (Sal. 56:8).

Así como los padres humanos se conmueven con las lágrimas de sus hijos, también Dios tiene misericordia de nosotros cuando lloramos en su presencia. Dios nos ha llamado a comunicarnos con él. Una dimensión vital de esta comunicación es la capacidad de llorar en oración.

Así como podemos expresar nuestro dolor mediante el llanto, también podemos comunicar nuestro gozo a Dios cantándole. Originalmente el pueblo de Dios cantaba o recitaba la mayoría de las oraciones que encontraba en los Salmos. Por ejemplo, en el Salmo 9:1-2, leemos:

«Quiero alabarte, señor, con todo el corazón,

y contar todas tus maravillas. Quiero alegrarme y regocijarme en ti,

y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo».

A la luz de esto, quedan claras las palabras de Santiago:

«¿Está afligido alguno entre ustedes? Que ore. ¿Está alguno de buen ánimo? Que cante alabanzas» (Stg. 5:13).

Cantar en oración es una parte vital de la comunicación con Dios.

Afortunadamente contamos con muchos buenos recursos para este aspecto de la oración. La mayoría de los himnarios cristianos contienen cánticos que fueron escritos como oraciones. Muchos himnos tradicionales se dirigen explícitamente a Dios, aunque los cristianos pocas veces los cantan con la intención consciente de comunicarse con Dios.

Me gusta hacer largas caminatas solo. Ellas me ofrecen un remedio a las distracciones y me dan una oportunidad de estar a solas con Dios. Poco después de mi conversión, una noche caminaba por uno de los senderos de una maravillosa cordillera. Allí pude ver una de las más hermosas puestas de sol que jamás había visto en mi vida. Parado allí ante la belleza del arte de

Dios, comencé a orar. Pero mi oración no consistió en meras palabras. Comencé a cantar el conocido himno «Santo, Santo, Santo». Al principio me sentí un poco extraño. Me incomodaba que alguien pudiese venir acercándose y oírme cantar para mí. Pero por primera vez comprendí que no cantaba para mí mismo. Mi canción era una oración de gratitud y alabanza dirigida a Dios. Así que, estuve allí completamente solo cantándole a Dios con toda mi voz. Al cantar pude comunicarme mucho mejor que todo lo que pudiera haber dicho con simples palabras. El elevar esa melodía hizo que el celo de mi corazón emergiera a la superficie. Ofrecer una canción a Dios en medio de la oración puede mejorar grandemente nuestra conversación con Dios.

El modo de hablar que adoptemos en la oración afectará en gran manera nuestra comunicación con Dios. En muchas situaciones las palabras no bastan. Con frecuencia hará falta que lloremos o cantemos en oración.

ARRODILLARSE Y LEVANTAR LAS MANOS

En años recientes, la investigación científica ha hecho notar cuan importante es el lenguaje corporal. Estos estudios han demostrado que la gente se comunica entre sí mediante expresiones faciales, gestos, posturas y movimientos corporales. A los consejeros y psicólogos se les entrena para distinguir los sutiles mensajes del lenguaje corporal. Con frecuencia, la forma en que la gente mira, se sienta o pone sus brazos, revela actitudes que jamás se podrían expresar con palabras. El lenguaje corporal es una dimensión importante de la comunicación con Dios. Aquí sólo prestaremos atención a dos de las más importantes maneras de comunicarnos con el cuerpo, a saber, el arrodillarse y el levantar las manos en oración.

El ponerse de rodillas era una costumbre común en el mundo antiguo. Se esperaba que gente de condición humilde se inclinara en presencia de la nobleza. El doblar la rodilla y el inclinar la cabeza eran expresiones de humildad y respeto hacia una persona de mayor rango. Todo el mundo sabía que rehusarse a hacerlo era una acción desafiante y rebelde.

El inclinarse ante los superiores era de tal manera parte de la cultura antigua, que no es de asombrarse que la Biblia subraye esta postura para la adoración y la oración. Dios es el monarca supremo, y nosotros somos sus humildes criaturas y siervos. A Dios nos acercamos con humildad y

reverencia. Es por eso que en el tan conocido llamado a la adoración, leemos:

> «Vengan, postrémonos reverentes,
> doblemos la rodilla
> ante el señor nuestro Hacedor» (Sal. 95:6).

Este texto asocia claramente la adoración con el ponerse de rodillas delante de Dios. ¿Por qué? Porque la adoración es asunto de reverenciar y honrar a Dios.

Notemos la postura que Salomón adopta cuando oró en la dedicación del templo:

> «Porque Salomón había hecho un estrado de bronce de cinco codos de largo, de cinco codos de ancho y de altura de tres codos, y lo había puesto en medio del atrio; y se puso sobre él, se arrodilló delante de toda la congregación de Israel, y extendió sus manos al cielo» (2 Cr. 6:13).

En el Salmo 44:25 encontramos una referencia explícita al ponerse de rodillas:

> «Estamos abatidos hasta el polvo;
> nuestro cuerpo se arrastra por el suelo».

Cuando los creyentes de antaño oraban a Dios, lo hacían conscientes de su condición de criaturas y de pecadores. De manera que, demostraban su humildad inclinándose al hacer sus plegarias.

El ejemplo del profeta Daniel subraya la importancia de arrodillarse delante de Dios. Los rivales políticos de Daniel habían convencido al rey Darío que promulgara un decreto que obligara a todos a orar sólo al rey, que era tenido como un dios (Dn. 6:1-9). Daniel podría haber ocultado fácilmente el hecho de que seguía orando a Dios. Podría haber elevado sus oraciones desde su corazón al caminar por la calle o estando sentado en su casa. Pero no, Daniel se puso de rodillas y oró como lo hacía siempre:

«Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes» (Dn. 6:10).

El profeta estaba tan convencido de la importancia de arrodillarse en humildad ante Dios, que lo hizo a pesar de poner su vida en peligro.

Estos ejemplos de las Escrituras están en agudo contraste con la práctica de muchos creyentes contemporáneos. Son muchas las iglesias cristianas y las organizaciones que rara vez, por no decir nunca, alientan a sus miembros a arrodillarse para la oración. Con frecuencia esta negligencia es una reacción a formas litúrgicas de adoración que exigen arrodillarse. Sin embargo, debemos tener cuidado de no reaccionar de más contra aquello que nos pueda parecer un ritual vacío. Arrodillarse e inclinarse en oración es un imperativo bíblico. Es algo que estimula la humildad y la reverencia en nuestros corazones y nos permite expresar esas actitudes a Dios.

Una vez me tocó visitar a un pastor local que tenía gran reputación como maestro de la Biblia. Conversamos unos momentos sobre mi conversión a Cristo y sobre los cambios que había experimentado mi vida. Al finalizar la conversación, me invitó a orar con él. Para mi sorpresa se levantó de su silla, se acercó a mí y se arrodilló con el rostro vuelto al piso. Lo primero que sentí fue un impacto negativo, pero me uní a él arrodillándome también. Aquí estaba un hombre que tenía muchos motivos para sentirse seguro, pero demostró un corazón lleno de reverencia hacia Dios inclinándose ante él en oración. El ejemplo que recibiese día jamás se podrá borrar de mi mente. Cada vez que me siento tentado a tomar la oración con liviandad, recuerdo a ese pastor. Al arrodillarnos en oración expresamos devoción y reverencia hacia Dios, y esa acción lo hace mejor que cualquier palabra que uno pudiera decir. Es una práctica que todos los cristianos debieran cultivar.

Otra forma prominente de lenguaje corporal que cuenta con el decidido apoyo de las Escrituras consiste en levantar las manos. Ya hemos visto cómo Salomón combinó el ponerse de rodillas delante de Dios con el levantar sus manos hacia el cielo (2 Cr. 6:13). Esta práctica no la manda solo el Antiguo Testamento, sino también el Nuevo Testamento:

> «Quiero, pues, que en todas partes los hombres levanten las manos al cielo con pureza de corazón, sin enojos ni contiendas» (1 Ti. 2:8).

Para muchos cristianos este ritual en la oración es todo un enigma. ¿Qué querían decir los creyentes de tiempos bíblicos cuando levantaban sus manos?

Por una parte, los Salmos indican que el levantar las manos hacia Dios en oración era una manera de expresar gran gozo. En el Salmo 63:3-4 leemos:

«Tu amor es mejor que la vida;
por eso mis labios te alabarán.
Te bendeciré mientras viva,
y alzando mis manos te invocaré».

Notemos el nivel de felicidad y entusiasmo que revelan estas pocas líneas. Las bendiciones de Dios desbordan de tal manera al salmista, que este proclama al amor de Dios como algo mejor que la vida misma. Para expresar esta actitud a Dios, dice que alabará a Dios (v. 3), que lo bendecirá (v. 4) y que lo invocará levantando sus manos (v. 4). El mismo tema aparece a lo largo de todos los Salmos. Considere el Salmo 134:2, por ejemplo:

«Eleven sus manos hacia el santuario,
y bendigan al señor».

Levantar las manos hacia Dios es la forma en que el salmista le comunica con entusiasmo sus alabanzas. Es como si tomásemos en las manos nuestra gratitud y las levantáramos como una ofrenda al cielo. La gratitud toca nuestros corazones y pone palabras en nuestros labios, pero esta actitud también la podemos comunicar mediante la expresión física de levantar nuestras manos hacia Dios.

Por otra parte, esta forma de lenguaje corporal en la oración también puede expresar una intensa necesidad. Según las palabras del salmista:

«A ti clamo, señor, roca mía;
no te desentiendas de mí,
porque si guardas silencio
ya puedo contarme entre los muertos.
Oye mi voz suplicante,
cuando a ti acudo en busca de ayuda,
cuando tiendo los brazos hacia tu lugar santísimo»
(Sal. 28:1-2).

Estas líneas dan evidencia de que el salmista está en gran necesidad. Si Dios no responde a su plegaria, pronto será hombre muerto (v. 1). Por eso clama por misericordia y acude a Dios levantando sus manos hacia el lugar de la santa presencia de Dios (v. 2).

Un cuadro similar se ve en el Salmo 143:6-7a:

«Hacia ti extiendo las manos;
me haces falta, como el agua a la tierra seca.

Respóndeme pronto, señor,
que el aliento se me escapa».

El salmista anhela la misericordia de Dios como la tierra seca ansia el agua. ¿Cómo expresa ese anhelo? No sólo con palabras. Su clamor es acompañado por manos levantadas. Así como las manos levantadas pueden ser señal de alabanza a Dios, también pueden ser la expresión física de corazones pidiendo ayuda. Levantamos nuestras manos al cielo con la esperanza de que Dios las llene con sus ricas bendiciones.

Habiendo visto que el arrodillarse y el levantar las manos son posturas para la oración que cuentan con apoyo bíblico, ahora nos toca evaluar la práctica de los creyentes de hoy. Puesto que muchas iglesias y organizaciones cristianas han descuidado estas prácticas, debemos comenzar reafirmando el valor del lenguaje corporal en la oración. Pero también debemos ser cautelosos. Cuando un grupo pequeño se entusiasma con esto de arrodillarse y levantar las manos en reuniones públicas de adoración, esto puede ser causar de severas discordias. Estos creyentes bien intencionados podrían perturbar las reuniones de adoración y crear todo tipo de problemas en la iglesia. En privado nunca debemos vacilar de hacer pleno uso de todo medio de comunicación con Dios. Pero si el arrodillarse o el levantar las manos en el servicio público de adoración perturba a los demás, entonces deberíamos limitar estas prácticas a nuestros momentos privados de oración. En la adoración corporativa, debemos preocuparnos no solamente de nuestra propia edificación, sino también de la edificación de todo el cuerpo. Los ejercicios espirituales no deben ser practicados en público, si sólo benefician a unos pocos. Tampoco debemos darnos libertades que interrumpan severamente las experiencias de adoración de otros. En base al respecto hacia nuestros hermanos y hermanas, debemos recordar las palabras de Pablo:

«Todo esto debe hacerse para la edificación de la iglesia» (1 Co. 14:26b).

Cualquiera sea el caso, los creyentes no deben descuidar totalmente estas formas físicas de comunicación con el Señor. Dios ha ordenado que, como

parte importante de la oración, nos arrodillemos y levantemos las manos. Al inclinarnos ante Dios, le expresamos nuestra humildad y reverencia. Al levantar nuestras manos, le damos alabanza o expresamos nuestra intensa necesidad. A medida que estos patrones se convierten en nuestra práctica, nos veremos avanzando hacia una eficiente comunicación con Dios.

EL AYUNO EN LA ORACIÓN

Cuando estudiaba en la universidad, trabajaba de noche como enfermero. Me sentaba toda la noche junto a un anciano que sufría de cáncer cerebral. Los seis meses que trabajé allí me hicieron amar al enfermo y a su esposa. Como él no tenían hijos, pronto comencé a tomar el papel de hijo. Una noche de invierno el hombre se debilitó al extremo. Su aliento se tornó errático hasta que de pronto se detuvo. Esa noche falleció a las tres de la mañana. Era la primera vez que veía morir a alguien. Recuerdo el temor, la pena y la angustia que se apoderaron de mí cuando iba a decirle a la esposa que su compañero de toda la vida había partido.

A medida que avanzaba el día, seguía sintiendo la pérdida. «Qué frágil y corta es la vida», me decía a mí mismo. Al día siguiente, ayudé en todo lo que pude. Pero el día del funeral comencé a sentirme mal. No sabía qué me pasaba, y entonces me di cuenta de que en mi dolor no había comido desde aquella angustiosa noche. Había estado tan preocupado por lo que había acontecido que dejé de comer. Por algún motivo el comer y el atravesar por esta clase de pérdida eran cosas que sencillamente no armonizaban.

Esta experiencia ilustra algunas de las ideas fundamentales del ayuno bíblico. En nuestro mundo moderno la gente ayuna por numerosos motivos. Algunos grupos afirman que abstenerse periódicamente de los alimentos incrementa la capacidad mental. Algunos ayunan para bajar rápidamente de peso. En la Biblia, sin embargo, el ayuno es un ritual religioso. Se trata de abstenerse voluntariamente de comer o beber con el propósito de expresar a Dios el intenso interés y preocupación que tenemos por un asunto.

El ayuno bíblico ocurre en muchos contextos diferentes. En la Biblia, la muerte de un ser querido era una ocasión para ayunar:

> «Entonces David, asiendo de sus vestidos, los rasgó; y lo mismo hicieron los hombres que estaban con él. Y lloraron y lamentaron y ayunaron

hasta la noche, por Saúl y por Jonatán su hijo, por el pueblo de Jehová y por la casa de Israel, porque habían caído a filo de espada» (2 S. 1:11-12).

Ante la muerte de un familiar o amigo, los personajes bíblicos expresaban su dolor y su necesidad de ser consolados por Dios, haciendo ayuno.

En segundo lugar, el ayuno servía para demostrar arrepentimiento de corazón por causa del pecado y el deseo urgente de recibir perdón. Después de escuchar la predicación de Jonás, la ciudad de Nínive respondió haciendo ayuno:

«Y los hombres de Nínive creyeron a Dios, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos» (Jon.3:5).

De igual forma, Esdras hizo ayuno por los pecados de Israel:

«Se levantó luego Esdras de delante de la casa de Dios, y se fue a la cámara de Johanán hijo de Eliasib; e ido allá, no comió pan ni bebió agua, porque se entristeció a causa del pecado de los del cautiverio» (Esd. 10:6).

Tercero, el pueblo de Dios ayunaba cuando se encontraba ante problemas o tareas que requerían una ayuda extraordinaria de parte de Dios. Cuando los invasores extranjeros amenazaron a Jerusalén, Josafat mandó hacer ayuno:

«Entonces él tuvo temor; y Josafat humilló su rostro para consultar a Jehová, e hizo pregonar ayuno a todo Judá» (2 Cr. 20:3).

De igual manera, cuando Ester decidió arriesgar su vida en favor de su pueblo, pidió que se hiciera ayuno:

«Vé y reúne a todos los judíos que se hallan en Susa, y ayunad por mí, y no comáis ni bebáis en tres días, noche y día; yo también con mis doncellas ayunaré igualmente, y entonces entraré a ver al rey, aunque no sea conforme a la ley; y si perezco, que perezca (Est. 4:16).

En todas estas ocasiones, el ayuno proveía la oportunidad para suplicar intensamente en oración.

Cuarto, el ayuno también se realizaba como parte de un auto examen y preparación para el encuentro con Dios:

«En el diez de este mes séptimo tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas; ninguna obra haréis» (Nm. 29:7).

El encontrarse con Dios era un suceso extraordinario que demandaba una profunda evaluación de uno mismo y un anhelo urgente de la bendición de Dios.

En toda esta diversidad de situaciones, el ayuno expresaba varias clases de intensa preocupación y devoción religiosa destinados a encontrar la bendición de Dios en tiempos de necesidad.

La iglesia de hoy tiene que encarar la terrible realidad de que hemos perdido el arte de ayunar. En el escenario global de la iglesia, sólo un puñado de denominaciones lo practica con cierta regularidad. Son pocas las personas que dejan tiempo para ayunar como parte normal de su desarrollo espiritual.

Esta negligencia trae terribles consecuencias. Nos hemos privado de maravillosas experiencias de oración. Por haber ignorado la práctica del ayuno, somos incapaces de angustiarnos en la presencia de Dios. Sufrimos más de lo necesario bajo la carga de pérdidas y tristezas. Sin el ayuno tendemos a expresar arrepentimiento de pecados graves diciendo oraciones superficiales que sólo se remiten a unas pocas frases. ¿Cómo podremos demostrar que realmente estamos apenados por flagrantes violaciones a la santa ley de Dios si dejamos de lado el ayuno? Además, hoy en día los cristianos carecen de medios para apartar períodos de tiempo para concentrarse intensamente en grandes necesidades. El ayuno ha sido provisto para tales momentos. En todos estos casos se han desvanecido valiosas dimensiones de la vida cristiana porque hemos olvidado cómo ayunar.

A lo largo de mis años como creyente, he servido a diversas organizaciones cristianas. En algún momento, cada organización tuvo que encarar problemas muy difíciles. A veces los problemas sobrepasaban la capacidad de los líderes. Se organizaron comisiones y pasamos horas discutiendo los asuntos. Pero rara vez alguien sugirió hacer ayuno. En efecto, de todas las organizaciones a las que he servido solamente una tenía la costumbre de tratar asuntos difíciles con oración y ayuno. Si los creyentes de la Biblia encontraban que el ayuno era algo valioso, ¿cómo es posible que los cristianos modernos sigan ignorándolo? Estoy convencido de que

muchas de las frustraciones que experimentamos como cristianos son el resultado de no aprovechar la práctica del ayuno.

Ante acontecimientos cruciales, deberíamos estar dispuestos a ayunar. Una vez, los discípulos de Juan el Bautista le preguntaron a Jesús acerca del estilo de vida de sus discípulos, y él respondió:

> «¿Acaso pueden estar de luto los invitados del novio mientras él está con ellos? Llegará el día en que se les quitará el novio; entonces sí ayunarán» (Mt. 9:15).

En términos inequívocos, Jesús dijo que después de su partida al cielo, sus discípulos ayunarían. Si queremos comunicarnos con Dios en términos que revelen profunda necesidad y clamor por él, tenemos que hacer del ayuno parte de nuestra vida. En el ayuno tenemos la oportunidad de comunicarle a Dios nuestro sentido más profundo e intenso de devoción.

En el presente capítulo, hemos visto que la comunicación por medio de la oración va mucho más allá de las palabras. Podemos expresarnos por medio del llanto o del canto. Podemos demostrar nuestras actitudes arrodillándonos o levantando nuestras manos. Podemos fortalecer nuestras oraciones por medio de la práctica del ayuno. Al hacer de estos elementos una parte vital de nuestras oraciones, nuestra comunicación con Dios será más eficaz y más satisfactoria que antes.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Por qué vacilamos muchas veces en llorar o cantar cuando oramos? ¿Cómo podemos sobreponernos a nuestras inhibiciones en estas áreas?
2. ¿Por qué es el lenguaje corporal una parte valiosa de la adoración? ¿Cuáles son las posiciones que la Biblia enseña para la oración? ¿Cómo podemos comenzar a usar lenguaje corporal al orar?
3. ¿Cuáles son los propósitos de la oración? ¿De qué manera puede ser fortalecida nuestra comunicación con Dios mediante el ayuno?

EJERCICIOS

1. Mencione un acontecimiento en su vida en el que usted lloró. Describa también un acontecimiento en el que usted se encontró cantando lleno de alegría. ¿Por qué en esas circunstancias las palabras resultaban

inadecuadas? ¿Cómo se puede aplicar esto a la oración?

2. Discuta los pro y los contra de las diversas posiciones para orar (de rodillas, levantando las manos, de pie, sentado, etc.). ¿En qué circunstancias podría usted arrodillarse o levantar las manos para expresar lo que está en su corazón?

3. Escriba una oración de cuatro a cinco oraciones gramaticales que sean apropiadas para orar de rodillas o con las manos alzadas. Si es posible, lea su oración en esa posición. En lo posible utilice la siguiente guía.

Oh ____

ahora te adoramos de rodillas (o alzando las manos). Nuestro cuerpo expresa lo que hay en nuestro corazón.

Tú mereces nuestra adoración porque ____________________

____
(describa alguna propiedad de Dios que despierta en usted una actitud de adoración)

____

____

Nos humillamos ante ti y reconocemos cuánto te necesitamos. Solamente tú puedes __________________________
(describa algunas necesidades que sólo Dios puede suplir)

____

____

Oye nuestra oración y míranos con misericordia ahora que te buscamos a ti, oh Señor, Amén.

EJERCICIO AMPLIADO

Durante esta semana ore tres veces puesto de rodillas; ore por algo que requiera un corazón humilde. Luego finalice su oración cantando un himno con las manos alzadas. También puede prepararse para uno de estos períodos de oración haciendo ayuno, absteniéndose de una o dos comidas.

Semana 14

Practicando la oración

El pequeño Alejandro quería jugar fútbol. Anhelaba llegar a ser un jugador profesional. «Soy lo suficientemente inteligente para lograrlo», pensó. En realidad Alejandro era más bien un tragalibros. Se la pasaba leyendo. Sabía exactamente qué tenía que hacer para llegar a ser un astro famoso, al menos eso era lo que creía. «Voy a sacar algunos libros de la biblioteca y a aprender todo lo referido a este juego», le dijo a su hermana, camino a la escuela. Varias semanas después llegó el primer día de selección. Después de los ejercicios de precalentamiento el entrenador gritó: «¡práctica de defensa!» Cuando le tocó a Alejandro marcar al muchacho que llevaba la pelota, hizo todo lo posible por quitársela. Una, dos, tres veces; el que llevaba la pelota esquivó los desesperados intentos de Alejandro. Finalmente el entrenador llamó a parte al chico y le dijo en voz baja: «Alejandro, realmente creo que no estás hecho para el fútbol». «Oh, sí,» respondió éste. «Pregúnteme lo que quiera acerca del fútbol, que le puedo contestar todo lo que me pregunte». El entrenador se puso de rodillas para estar a la misma altura del pequeño, le puso la mano sobre el hombro y le dijo: «Alejandro, en el fútbol no cuenta lo que sabes, sólo lo que *haces*».

La buena comunicación con Dios no es algo que se desarrolla leyendo. Uno puede leer mil libros sobre el tema sin mejorar en nada nuestra oración. Aprender a orar es como aprender a jugar al fútbol o a tocar el piano. Requiere práctica. Nuestra vida de oración se desarrollará en la medida en que nos tomemos el tiempo de poner por obra nuestras buenas intenciones.

Se puede practicar la oración de mil maneras. En mi propia experiencia, dos áreas en particular han sido especialmente importantes.

LA ORACIÓN PRIVADA

Un asunto que todos deben considera de inmenso valor es la oración en privado. Pocas cosas en la vida son tan preciosas como el tiempo dedicado a solas con Dios. Pero nada es tan fácil de ser pasado por alto. El ejemplo de

Daniel enseña que todos los días los creyentes deberían tener un tiempo de oración (Dn. 6:10). Sin embargo, muchos cristianos tienen que luchar para hacer de la oración diaria una parte de su vida. ¿Quién quiere quitar tiempo a un día ocupado, para algo tan aburrido como son la mayoría de nuestras devociones privadas? De manera que debemos buscar formas de vivificar nuestras oraciones privadas diarias.

A veces el concentrarse en uno o dos de los temas tratados en los capítulos precedentes nos dará la vitalidad que necesitamos. Un día trate de dedicar tiempo a considerar el carácter de Dios, otro día a sus obras. En vez de repasar siempre la misma lista, o de seguir los mismos patrones, una mañana llene sus oraciones de alabanzas. En otro momento sólo incluya lamentos. Cualquiera sea el caso, la práctica de concentrarse en las diferentes dimensiones de la oración, mejorará grandemente la diaria comunicación con Dios.

Por muy importante que sea la oración de todos los días, ocasionalmente también debiéramos pasar tiempos más prolongados a solas con Dios. El retiro de Jesús al desierto, preparándose para su ministerio, ilustra cómo periódicamente se apartaba para estar a solas con Dios (Mt. 4:1).

¿Cuándo fue la última vez que usted se tomó un día o dos para apartarse totalmente del mundo y estar a solas con Dios? Para muchos cristianos, semejante experiencia es inimaginable. ¿Pero qué cosa sería más razonable cuando hay decisiones difíciles que tomar? ¿Qué cosa podría ser más provechosa cuando estamos desalentados? ¿Qué cosa podría ser más esencial cuando la vida parece salirse de quicio? Los tiempos de retiro personal dedicados enteramente a Dios deberían ser una parte de la experiencia de todo creyente.

¿Pero cómo se puede pasar todo un día en oración? ¿Qué hace uno todo ese tiempo? Si ese tiempo ha sido bien planificado, un día de retiro y comunión con Dios puede ser una experiencia muy reconfortante. A muchos creyentes les resulta útil planificar un horario global para un día de oración. Una sugerencia consiste en trabajar con unidades de treinta minutos. Trate de pasar la primera media hora concentrándose en uno o varios de los elementos desarrollados en los capítulos precedentes (alabanza, lamentos, atributos de Dios, obras de Dios, etc.). Use el período que sigue para cantar himnos y salmos referidos al tema. El siguiente segmento de

treinta minutos úselo para leer las Escrituras. Finalmente, deje el último período para descansar o caminar. Después, el ciclo puede comenzar de nuevo.

Cualquiera sea el horario más conveniente para usted, en mi experiencia la planificación es crucial. Un horario de actividades hará del día una experiencia tan maravillosa que usted ni se dará cuenta cómo ha pasado el tiempo.

Éstas son solamente unas pocas ideas dignas de consideración. Los períodos regulares y especiales de comunicación privada con Dios son ricas oportunidades para que los hijos de Dios estén con su Padre celestial. Espero que usted renueve su vigor en la comunión regular y en períodos especiales de estar a solas con Dios.

LA ORACIÓN CORPORATIVA

Aunque la oración es una experiencia muy privada, también debemos compartirla en comunidad. Somos llamados a comunicarnos con Dios corporativa e individualmente. Como pueblo de Dios participamos de muchas asociaciones. Somos miembros de familias, de círculos de amigos, de denominaciones y de la iglesia visible en todo el mundo. En la Biblia, los creyentes oraban juntos. Desde grupos pequeños a grandes asambleas nacionales, la oración corporativa siempre ha sido vital al pueblo de Dios. Actualmente, muchos creyentes bien intencionados piensan que la oración es algo tan personal, que no tienen necesidad de participar de la oración pública. Esta perspectiva nos priva del acceso a una de las fuentes más ricas de aliento y fuerza disponible en la vida. Aunque los períodos regulares de oración corporativa son esenciales, fácilmente pierden su vitalidad. He estado en innumerables iglesias donde la reunión de oración se desarrolla en forma exacta semana tras semana. No es de asombrarse que la mayoría de los miembros no asista. El esplendor de la oración en grupo es reducido a la penosa experiencia de soportar la constante repetición de los mismos insípidos patrones.

¿Quiere usted vivificar sus períodos de oración corporativa? Una de las prácticas más útiles que he visto, consiste en planificar un énfasis especial para estas reuniones. En algunas ocasiones, el enfoque de toda la reunión puede ser alguna enfermedad específica o problema en la iglesia. En otro

momento, parecerá apropiado celebrar un día de fiesta mediante la oración. Este libro presenta muchos patrones y temas de atención diferentes, que pueden ser incorporados a las reuniones de oración.

Otra área que muchas organizaciones y grupos de la iglesia deben de tener en cuenta son los períodos especiales dedicados a la oración corporativa. En mi experiencia he visto que los retiros y reuniones para líderes pueden ser llamados «retiros de oración», pero normalmente se llenan de discusiones y planificación. Francamente me pregunto si no debiéramos dejar de planificar tanto y comenzar a orar más. Tenemos necesidad de llegar al punto en que los consistorios, comisiones y consejos directivos de las organizaciones cristianas dediquen uno o dos días al año para orar. Esta es la manera de inyectarle fuerza interior a un grupo. Esta es la manera de invocar la bendición duradera de Dios sobre nuestras organizaciones.

Sin embargo, la planificación es un factor importante. Cuando un grupo no está acostumbrado a orar en forma prolongada, la variedad es esencial. Ningún plan en particular va a ser adecuado para todas las organizaciones, pero debemos esforzarnos para que esas reuniones tengan vida. Una sugerencia consiste en que todo el grupo se reúna por 45 minutos, a fin de recibir breves instrucciones, cantar, orar al unísono y de prepararse en silencio. Habiéndoseles asignado motivos específicos, la gente se divide en grupos pequeños para otro período de 45 minutos. El siguiente período puede dedicarse al canto y a testimonios, seguido por un tiempo de descanso en quietud. Conforme lo permita el tiempo, este patrón se puede repetir una y otra vez.

Las reuniones de oración corporativa presentan numerosos desafíos. Si mejoramos estas reuniones mediante una cuidadosa preparación, ellas pueden convertirse en hebras esenciales de la trama de toda organización cristiana.

Debemos ir más allá de aprender acerca de la oración. Nada que no sea practicar la oración servirá. Hablar con Dios es una dimensión esencial de nuestra experiencia cristiana, tanto para individuos como para grupos.

Con estas pocas sugerencias hemos de cerrar este estudio sobre la oración. Comenzamos con un reconocimiento honesto de los problemas

que tenemos en esta área. Aunque solamente hemos comenzado a explorar este vasto tema, hemos visto numerosos medios por los cuales podemos mejorar nuestra comunicación con Dios. Que Dios le bendiga ricamente al seguir descubriendo lo que significa orar con los ojos abiertos.

APÉNDICE A

Nombres, títulos y metáforas aplicadas a Dios

Este apéndice contiene un número de nombres, títulos y metáforas referidos a Dios el Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que aparecen en la Biblia. Algunos han sido levemente parafraseados para facilitar el listado. La variedad que se exhibe debería alentarnos a dirigirnos a Dios de muchas maneras diferentes cuando oramos a él (véase el cap. 2).

DIOS EL PADRE

Abba, Padre—Mr. 14:36; Ro. 8:15: Gá. 4:6
Anciano de días—Dn. 7:9, 13, 22
Celoso—Ex. 20:5; 34:14; Dt. 4:24
Creador—Is. 27:1 1; 40:28
Creador de Israel—Is. 43:15
Dios—Gn. 1:1-2:3 («Elohim»)
Dios fiel—Dt. 7:9; 32:4
Dios nuestro Padre—Ef. 1:2
Dios Altísimo—Gn. 14:18-22; Sal. 78:56; Dn. 4:25; Nm. 24:16; Hch. 7:48
Dios Todopoderoso—Gn. 17:1-2; 48:3-4; 49:25; Sal. 91:1
Dios viviente—Dn. 6:20, 26; Mt. 16:16; Ro. 9:26
Dios de Abraham, Isaac y Jacob—Ex. 3:6, 16
Dios de esperanza—Ro. 15:13
Dios de Israel—Gn. 33:20
Dios de justicia—Mal. 2:17
Dios de paz—Heb. 13:20
Dios de toda consolación—2 Co. 1:3
Dios del cielo y de la tierra—Esd. 1:2; 5:11; Neh. 1:4; Ap. 11:13
Dios el Padre—2 Ti. 1:2; 2 P. 1:17
El Dios de Daniel—Dn. 6:26
El Dios de dioses—Dt. 10:17
El Dios de los ejércitos de Israel—1 S. 17:45
El Dios grande y temible—Neh. 1:5
El Dios que ve—Gn. 16:13

El Padre—Un. 1:2; 3:1; 4:14
El Poderoso de Jacob—Gn. 49:24
El Señor allí—Ez. 48:35
El Señor es mi estandarte—Ex. 17:15
El Señor es paz—Jue. 6:24
El Señor Juez de la tierra—Gn. 18:25; Sal. 94:2
El Señor mi Dios—Jos. 14:8; Esd. 7:28; Sal. 7:1; 18:28; 30:2; Zac. 14:5
El Señor mi pastor—Gn. 48:15; 49:24; Sal. 23
El Señor nuestro Dios—Dt. 1:6, 19, 20; 2:29, 33; 3:3; 4:7; 6:4
El Señor nuestro hacedor—Sal. 95:6
El Señor que sana—Ex. 15:26
El Señor que santifica—Ex. 31:13; Ev. 20:7-8; 21:8, 15, 23
El Señor de los ejércitos—1 S. 1:3; 4:4; 17:45; Is. 6:3; 47:4; Hag. 2:4, 6
Padre—Le. 11:2
Padre de consolación—2 Co. 1:3
Padre-Creador—Mal. 2:10
Padre de gloria—Ef. 1:17
Padre de las luces—Stg. 1:17
Padre de nuestros espíritus—Heb. 12:9
Padre justo—Jn. 17:25
Padre nuestro—Mt. 6:9
Padre Santo—Jn. 17:11
Primero y Último—Is. 48:12
Proveerá—Gn. 22:14
Redentor—Job 19:25; Is. 47:4
Rey—Sal. 10:16; 74:12; 84:3; Is. 43:15
Rey de gloria—Sal. 24:7-10
Rey de las naciones—Jer. 10:6-7
Rey de los siglos—Ap. 15:3
Rey del cielo—Dn. 4:37
Roca—Dt. 32:4, 15; Sal. 18:2
Roca de Israel—Gn. 49:24
Salvador—Os. 13:4
Santo—Is. 43:15; Hab. 3:3
Señor, Dios de los hebreos—Ex. 7:16
Señor, justicia nuestra—Jer. 23:5-6; 33:16
Señor de señores—Dt. 10:17

Señor de toda la tierra—Jos. 3:11, 13;Miq. 4:13; Zac. 6:5
Vuestro Padre—Mt. 5:16; Jn. 20:17
Yahweh—Gn. 4:26; Ex. 6:2-3; Nm. 14:18; Sal. 106:25. También: Señor, Jehová

DIOS EL HIJO

Abogado—1 Jn. 2:1-2
Alfa y Omega—Ap. 1:8; 22:13
Amigo—Mt. 11:19
Apóstol y sumo sacerdote—Heb. 3:1
Autor y consumador—Heb. 12:2
Autor de salvación—Heb. 2:10
Bienaventurado y solo Soberano—1 Ti. 6:15
Buen pastor—Jn. 10:11, 14
Cabeza de la Iglesia—Ef. 5:23; Col. 1:18-20
Camino—Jn. 14:6
Consejero maravilloso—Is. 9:6; vea también Is. 28:29
Consolación de Israel—Le. 2:25
Cordero—Ap. 5:6
Cordero de Dios—Jn. 1:36
Cristo Jesús nuestro Señor—2 Ti. 1:2
Cristo de Dios—Le. 9:20; 23:35
Cristo, el poder y la sabiduría de Dios—1 Co. 1:24
Cristo el Señor—Le. 2:11
Cuerno de salvación—Le. 1:69
Deseado de las naciones—Hag. 2:7
Don de Dios—Jn. 4:10
El Amén—Ap. 3:14
El Escogido—Is. 42:1; Le. 23:35
El Cristo—Jn. 7:41; Hch. 2:36
El Hijo de Dios—Mt. 8:29; Mr. 1:1; Le. 1:35; Jn. 10:36; Hch. 9:20
El postrer Adán—1 Co. 15:45
El principio—Col. 1:18
El profeta—Jn. 7:40
El Todopoderoso—Ap. 1:8; 15:3
Emanuel—Mt. 1:23; Is. 7:14
Esposo—Mt. 25:1-10; Mr. 2:19-20; Jn. 3:29

Escogido de Dios—Le. 23:35; 1 P. 2:4
Esperanza de gloria—Col. 1:27
Fiel y Verdadero—Ap. 19:11
Fuente—Zac. 13:1
Fundamento—1 Co. 3:11
Gloria de Israel—Le. 2:32
Guiador—Miq. 5:2; Mt. 2:6
Heredero de todas las cosas—Heb. 1:2
Hijo—Col. 1:13; Heb. 3:6
Hijo de Abraham—Mt. 1:1
Hijo de Dios—Mt. 8:29; 14:33; Jn. 10:36
Hijo del hombre—Mt. 8:20; Mr. 2:10; Jn. 1:51; 3:13
Hijo del Bendito—Mr. 14:61
Hijo del Padre—2 Jn. 3
Hijo del Dios viviente—Mt. 16:16
Hijo del Dios supremo—Mr. 5:7; Le. 8:28
Jesucristo—Mt. 1:1
Jesús—Mt. 1:21; Hch. 9:5; Heb. 2:9
Jesús de Nazaret—Mr. 1:24; Jn. 18:5,7; 19:19
Juez—Hch. 10:24
Juez justo—2 Ti. 4:8
Justo—Hch. 7:52; 1 Jn.2:l
La resurrección—Jn. 11:25
La Vida—Jn. 11:25; 14:6
León de la tribu de Judá—Ap. 5:5
Libertador—Ro. 11:26
Lucero de la mañana—2 P. 1:19; Ap. 22:16
Luz de los gentiles—Le. 2:32
Luz del mundo—Jn. 8:12; 9:5
Luz verdadera—Jn. 1:9
Maestro—Mt. 23:8; Jn. 13:14
Mediador—1 Ti. 2:5; Heb. 12:24
Médico—Le. 4:23
Mesías—Jn. 1:41; 4:25
Nuestra justicia—Jer. 23:6; 1 Co. 1:30
Nuestra pascua—1 Co. 5:7
Nuestra redención—1 Co. 1:30

Nuestra santidad—1 Co. 1:30
Padre eterno—Is. 9:6
Pan de Dios—Jn. 6:33
Pan de vida—Jn. 6:35
Pastor y obispo—1 P. 2:25
Piedra—Mt. 21:42; 1 P. 2:8
Piedra angular—Is. 28:16; 1 P. 2:6
Piedra probada—Is. 28:16
Piedra viva—I P. 2:4
Poderoso Dios—Is. 9:6
Precursor—Heb. 6:20
Primogénito—Heb. 1:6
Primogénito de los muertos—Col. l:18;Ap. 1:5
Primogénito entre muchos hermanos—Ro. 8:29
Primogénito de toda creación—Col. 1:15
Príncipe—Hch. 5:31
Príncipe de paz—Is. 9:6
Príncipe de la vida—Hch. 3:15
Principio de la creación de Dios—Ap. 3:14
Puerta—Jn. 10:7-9
Rabí—Mr. 10:51;Jn. 1:38,49
Raboni—Jn. 20:16
Raíz de David—Ap. 5:5
Raíz y linaje de David—Ap. 22:16
Redentor—Is. 44:24; Gá. 4:5
Renuevo justo—Jer. 23:5
Renuevo del Señor—Is. 4:20
Resplandor de la gloria de Dios—Heb. 1:3
Rey—Le. 19:38
Rey de reyes— 1 Ti. 6:15; Ap. 19:16
Roca—1 Co. 10:4
Sabiduría—ICo. 1:30
Salvador—Le. 2:11; Hch. 5:31; 1 Ti. 2:3; Tit 3:6
Santo—Hch. 2:27
Santo de Dios—Mr. 1:24; Le. 4:34; Jn. 6:69
Segundo Adán—1 Co. 15:47
Señor—Mt. 22:43-44; Mr. 1:3; Le. 7:13; Ro. 10:9; Fil. 2:11

Señor de gloria—1 Co. 2:8
Señor de los muertos y de los que viven—Ro. 14:9
Señor de señores—1 Ti. 6:15; Ap. 19:16
Señor del sábado—Mt. 12:8; Mr. 2:28
Señor y Salvador Jesucristo—2 P. 1:11; 2:20; 3:18
Siervo—Is. 52:13-15; Fil. 2:7
Siervo justo—Is. 53:11
Sol naciente—Le. 1:78
Sumo sacerdote—Heb. 3:1; 4:14; 7:26-27; 9:20
Testigo fiel y verdadero—Ap. 3:14
Unigénito—Jn. 1:14, 18; 3:16
Varadelsaí—Is. 11:1
Verbo—Jn. 1:1, 14
Verbo de Dios—Ap. 19:13
Verdad—Jn. 14:6
Verdadero Dios—1 Jn. 5:20
Vid verdadera—Jn. 15:1
Yo soy—Jn. 8:58

DIOS EL ESPÍRITU SANTO

Agua viva—Jn. 7:38-39
Buen Espíritu—Neh. 9:20
Consolador—Jn. 14:16, 26; 15:26; Ro. 8:26
Depósito—Ef. 1:13-14
Dios—Hch. 5:3-4
Espíritu—Nm. 11:17, 25, 26
Espíritu eterno—Heb. 9:14
Espíritu que nos ha dado—1 Jn. 3:24
Espíritu Santo—Mt. 1:18; Mr. 12:36; Jn. 1:33; Hch. 4:8; Ro. 15:16
Espíritu Santo de Dios—Ef. 4:30
Espíritu de adopción—Ro. 8:15
Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús—Ro. 8:11
Espíritu de conocimiento—Is. 11:2
Espíritu de consejo—Is. 11:2
Espíritu de Cristo—Ro. 8:9; 1 P. 1:11
Espíritu de Dios—Gn. 1:2; Job 33:4; Mt. 3:16; 12:28

Espíritu de entendimiento—Is. 11:2
Espíritu de fe—1 Co. 12:9; 2 Co. 4:13
Espíritu de fuego—Is. 4:4
Espíritu de gloria—1 P. 4:14
Espíritu de gracia y de oración—Zac. 12:10
Espíritu de Jesús—Hch. 16:7
Espíritu de Jesucristo—Fil. 1:19
Espíritu de juicio—Is. 4:4
Espíritu de la promesa—Ef. 1:13
Espíritu de nuestro Dios—1 Co. 6:11
Espíritu de poder—Is. 11:2
Espíritu de sabiduría—Is. 11:2
Espíritu de sabiduría y revelación—Ef. 1:17
Espíritu de santidad—Ro. 1:4
Espíritu de su Hijo—Gá. 4:6
Espíritu de temor de Dios—Is. 11:2
Espíritu de verdad—Jn. 14:17; 15:26; 16:13
Espíritu de vida—Ro. 8:2
Espíritu de vuestro Padre—Mt. 10:20
Espíritu del Dios viviente—2 Co. 3:3
Espíritu del Señor—Is. 11:2; Le. 4:18; Hch. 8:39; 2 Co. 3:17
Espíritu del Señor Dios—Is. 61:1
Espíritu intercede por nosotros—Ro. 8:26-27
Espíritu que es de Dios—1 Co. 2:12
Espíritu que escudriña todas las cosas—1 Co. 2:10
Poder del Altísimo—Le. 1:35
Promesa del Padre—Hch. 1:4; 2:33
Sello—Ef. 4:30
Señor—2 Co. 3:17-18
Siete espíritus—Ap. 1:4-5; 4:5; 5:6
Simiente de Dios—1 Jn. 3:9
Su Espíritu—Sal. 106:33; Ef. 3:16; 1 Jn. 4:13
Su Espíritu Santo—1 Ts. 4:8
Soplo del Omnipotente—Job 32:8; 33:4
Tu santo Espíritu—Sal. 51:11

APÉNDICE B

Los atributosde Dios

La siguiente lista de atributos divinos tiene el fin de ayudarnos a que en la oración nos centremos en el carácter de Dios. Muchas veces es útil leer el pasaje bíblico e incorporarlo a la oración. La lista es altamente selectiva, pero provee un número de perspectivas vitales referidas al carácter de Dios (véase la semana. 3).

ATRIBUTOS INCOMUNICABLES O CUALIDADES QUE SÓLO PERTENECEN A DIOS

Independiente:	«... puede hacer lo que le parezca» (Sal. 115:3; cf. Jn. 5:26; Ro. 11:35-36).
Infinito:	«. . . tú desde siempre has existido» (Sal. 93:2; cf. Sal. 33:11; 145:13;Heb. 1:8-12).
Eterno:	«. . . Jehová, Dios eterno» (Gn. 21:33; cf. Neh. 9:5-6; Jn. 8:58; Ap. 1:8).
Incomprensible:	«. . . Dios es grande, y nosotros no le conocemos» (Job 36:26; cf. Is. 40:18-26; Mt. 11:27; Ro. 11:33-34).
Supremo:	«. . . rey de reyes y señor de señores» (Ap. 19:16; cf. Col. 1:15-19; Ex. 15:1, ll,18;Ap. 19:11-16).
Soberano:	«haré todo lo que quiero... » (Is. 46:10; cf. Sal. 135:6; Dn. 4:35; Ef. 1:11).
Trascendente:	«al cual no alcanzamos.. . » (Job 37:23; cf. Ex. 33:20-23; Sal. 104:1-4; Is. 40:21-26; 1 Ti. 6:15-16).
Único:	«. .. no hay más que un solo Dios» (1 Co. 8:6; cf. Dt. 6:4; Is. 45:21-22; 1 Ti. 2:5).
Majestuoso:	«... la grandeza de tu poder... »(Ex. 15:7; cf. 15:6, 11; Job 37:22; Sal. 8:1,9; Jd. 25
Omnipresente:	«¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?» (Jer. 23:23-24; cf. 2 Cr. 2:6; Sal. 139:7-16; Hch. 17:27-28).
Omnisciente:	«porque solo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres» (1 R. 8:39; cf. Sal. 139:1-6; Pr. 3:19-20; 1

	Co. 2:10).
Todopoderoso:	«¿Hay para Dios alguna cosa difícil?» (Gn. 18: Í4; cf. 1 S. 2:6-7; Sal. 18:13-15; Ap. 19:6).
Inmutable:	«Pero tú eres siempre el mismo» (Sal. 102:27; cf. Mal. 3:6; Stg. 1:17; Heb. 13:8).

ATRIBUTOS COMUNICABLES O ATRIBUTOS DE DIOS QUE PUEDEN DARSE EN NOSOTROS POR LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Santidad:	«Santos, oh Dios, son tus caminos» (Sal. 77:13; cf. Is. 6:3; 57:15; 1 P. 1:15-16; Ap. 4:8).
Sabiduría:	«Para hacer maravilloso el consejo y engrandecer la sabiduría» (Is. 28:29; cf. Jer. 10:12; 1 Co. 1:30; Col. 2:2-3).
Veracidad:	«. . . Dios es veraz» (Jn. 3:33; cf. Nm. 23:19; Is. 45:19; Jn.14:6).
Amor:	«llena está la tierra de su amor» (Sal. 33:5, 18, 22; cf. Ex. 15:13; Sal. 13:5-6; 89:2; Ro. 8:38-39; Ef. 3:17-19; 5:1-2).
Bondad:	«. . . él es bueno» (2 Cr. 7:3; cf. Gn. 1:31; Sal. 119:68; 145:9; Mr. 10:18)
Fidelidad:	«Dios es Dios, Dios fiel» (Dt. 7:9; cf. Sal. 33:4; 100:5; 1 Co. 1:9; ITs. 5:24).
Misericordia:	«... sus misericordias son muchas» (2 S. 24:14; Neh. 9:31; Dn. 9:9; Lc. 1:50,54).
Benignidad:	«... las riquezas de su benignidad» (RV60, Ro. 2:4; cf. 2 S. 22:51; Is. 54:8; Jer. 9:24; Ro. 11:22).
Paciencia:	«...la paciencia de nuestro Señor» (2 P. 3:15;cf. Neh. 9:30; Ro. 3:25; 2 P. 3:9).
Justicia:	«Es justo.. . » (Dt. 32:4; cf. Job 37:23; Sal. 99:4; Le. 18:7-8).
Derecho:	«La justicia y el derecho son el fundamento de tu trono» (Sal. 89:14; cf.Is. 51:6; Jer. 23:5-6; 1 Co. 1:30
Ira	«Tu ira en verdad nos consume» (Sal. 90:7; cf. Dt. 29:28; Ls. 13:13; Ro. 1:18; 5:9; 9:22; Ap. 19:15).
Celoso	«Dios celoso es» (Ex. 34:14; cf. Dt. 4:24; Nah. 1:2; Zac. 8:2; 2 Co. 11:2).

Gracia	«¡Por gracia ustedes han sido salvados!» (Ef, 2:5; cf. Neh. 9:17; Ex. 36:6-7; Is. 26:10; 2 Ti. 1:19; Tit. 3:5-